

EN AMOR MANHATTAN



de la autora de la Saga *Un gintonic. por favor*
ESTRELLA CORREA

Copyright © 2020.Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

Ira Edición, septiembre 2020.

Título Original: Amor en Manhattan.

Diseño y Portada: Nina Minina.

Maquetación: Estrella Correa.

Corrección: Antonio Correa.

EN AMOR
MANHATTAN

ESTRELLA CORREA

Al destino.

SINOPSIS

Arizona Li, una chica de Alabama que se muda a Nueva York para terminar sus estudios de medicina y hacer la pasantía en uno de los mejores hospitales de Manhattan.

Maddox Lewis, un teniente del Ejército de Tierra de los Estados Unidos que solo busca en las mujeres buen sexo pasajero que le ayude a olvidar un pasado del que huye sin obtener éxito.

Un tipo que se cree duro, pero con el corazón más tierno.

Una chica dispuesta a darlo todo por el amor verdadero.

Y una artista de cine que será la brújula de sus destinos.

Nueva York, mucho amor, sexo y diversión.

¿Te lo vas a perder?

—Arizona, ¿lo llevas todo?

—Sí, mamá.

—¿El cepillo de dientes? ¿La pasta?

—Supongo que en Nueva York hay tiendas. —Pongo los ojos en blanco mientras meto mi camiseta preferida en la maleta.

—¿La bufanda que te hizo la abuela?

—Sí.

—¿Los calcetines de lana que te tejió?

—Sí.

—¿El espray de pimienta?

—¡Mamá! ¿De verdad crees que voy a necesitarlo?

—Nunca se sabe, cariño.

Camino hasta ella y la abrazo en medio de mi habitación color verde. Me ayuda a hacer la maleta porque en pocas horas cogeré un avión hacia mi nueva vida. No he salido de Alabama desde aquella vez que viajamos a Texas a casa de mi tía Enma.

Acabo de graduarme en Medicina en la universidad de la pequeña ciudad en la que vivo, Aurburn, y he conseguido que me acepten en un hospital de la Gran Manzana para hacer mis dos años de residencia. Cuando me llamaron me puse a llorar de la emoción. Lloré y salté abrazada a mi amiga Mely durante casi media hora. La echaré de menos. Ella se muda a Colorado a hacer unas prácticas de veterinaria.

—No va a pasarme nada, mamá —le aseguro.

—Pero mete el espray de pimienta en el bolso. Me quedará más tranquila.

—Vale. Pero promete que no llorarás cuando me vaya.

—No lo haré —habla sollozando. Mal empezamos.

Abrazo a mi hermano pequeño en una de las salas del aeropuerto. Tiene once añitos y, por supuesto, no fue un bebé buscado. Nos llevamos quince años. Llegó de rebote en una noche de lujuria de mis apasionados y aún jóvenes padres. Aun así, lo aceptamos, aunque yo le digo para cabrearlo que nos planteamos venderlo a un circo ambulante.

—Pórtate bien, enano. —Le revuelvo el pelo y se queja.

—No me llames enano.

—¿Y cómo debería llamarte, enano?

Refunfuña.

Le doy un fuerte beso en la mejilla.

—Te quiero, Eduard Li.

Camino hasta mi padre, que me rodea entre sus brazos, y me hundo en su pecho. Tengo unos padres bastante altos, rasgo físico que no he heredado. No me quejo de mi altura, mi metro sesenta de estatura compagina con mi cuerpo delgado pero con ciertas curvas. Tengo el pelo castaño y largo y unos ojos grandes envueltos en espesas pestañas. Una chica guapa según mi familia (pero me aman con todas sus fuerzas y sus opiniones no son muy objetivas).

—Papá, no llores tú también. Se supone que eres el fuerte de los cuatro.

—Eres mi niña. No puedo evitarlo.

—Te llamas Rocky, papá. Y Rocky jamás lloraría.

Se llama así, no es ninguna broma. Mi abuelo era un seguidor de las películas y quiso ponerle ese nombre a su hijo. No entiendo cómo mi abuela lo dejó hacer.

Se limpia una lágrima de su mejilla izquierda y me da un beso en la frente.

—¿Recuerdas todo lo que te he enseñado?

—Sí, papá.

Se refiere a las clases de defensa personal que me imparte desde que tengo doce años y empecé a salir con chicos, o él creía que pronto comenzaría a tener que lidiar con los chicos del pueblo. Vivimos en una casa a las afueras. Una especie de rancho pero con muy pocos animales: dos caballos, un perro, cinco gatos, una vaca y seis gallinas. Mis padres regentan una tienda de antigüedades en el centro de Auburn y, como puntualización, diré que mi primer beso no fue hasta los catorce, justo el día de mi cumpleaños. Mi padre fue demasiado previsor.

—Tengo que irme. —Agarro mi bolso y les digo adiós. Están llamándome para embarcar.

He de reconocer que casi me pongo a llorar también. Es lo más lógico. Mi familia es una de las cosas más importantes para mí; la otra es mi trabajo: absolutamente nada se interpondría entre estas dos cosas y yo. Son mis pilares básicos. Estas y comer golosinas; ¿mis favoritas? Las bañadas en azúcar. Me pirran.

Nueva York a vista de pájaro es un espectáculo digno de fotografiar, por eso, cojo mi móvil y hago más de veinte fotografías desde la ventanilla. Mi rostro muestra mi emoción más potente: felicidad absoluta, pero algo cambia en cuanto el avión hace un movimiento muy brusco; como un meneo inesperado, y grito.

—¡Ahhh! —Me aferro al asiento con los ojos apretados.

—Agarrarte así de fuerte no te va a salvar. Si esto se estrella contra el suelo, nos vamos todos al otro barrio —habla con tranquilidad una voz rota por el paso del tiempo.

Miro hacia el lado y me encuentro con una señora de unos ochenta años, con el pelo blanco pero muy bien peinado y recogido en un moño bajo, una dentadura perfecta y muchas arrugas. Se está comiendo una barrita energética.

—No me ayuda.

—Calma, niña. Es muy improbable que muramos hoy aquí. —Me agarra la mano que tengo más cerca de ella y me la aprieta con cariño. ¡Con cariño!

Vuelve a moverse el pájaro de hierro en el que viajamos a más de veinte mil pies de altura y grito de nuevo como un gallo al que lo acaban de desplumar.

—No pasa nada.

—Señora, con todos mis respetos, deje de decir que no pasa nada. Está claro que algo ocurre.

De pronto, descendemos no sé cuánto en un segundo y saltamos de los asientos un palmo.

—Soy muy joven para morir —susurro, una y otra vez.

—Al final vas a llevar razón —dice la mujer sentada a mi lado.

¿Al final voy a llevar razón? ¿En serio?

El comandante ordena por los altavoces que nos pongamos los cinturones de seguridad y no nos movamos de nuestros asientos. Me abrocho el mío con las manos temblando y rezo en voz alta tal y como me enseñó mi abuela. ¿Dónde está mi crucifijo? ¿Lo he metido en la maleta?

—¿Quieres un poco? —La señora del pelo blanco me ofrece lo que sea que bebe en una botellita de cristal. Le digo que no con un gesto de cabeza y sigo a lo mío—. Venga, niña. Si vamos a morir, hagámoslo a gusto —insiste.

Le quito la botella, me la llevo a la boca y termino en un segundo con lo que parece vodka. Un sabor amargo me envuelve la garganta y carraspeo.

—Está bueno, ¿eh? —Sonríe—. ¿De dónde eres?

—De... De... De Aurburn.

—Lo conozco. Un pueblo precioso. Tiene un parque natural muy bonito. ¿Cómo se llama...?
—Trata de recordarlo.

—Chewacla —apunto.

—Eso.

—Señora...

—Me llamo Eleanor, pero puedes llamarme Ele.

—Eleanor, sé que trata de entretenerme. Pero créame, no sirve de nada. No se me quita de la cabeza que vamos a morir espachurrados contra el suelo y no van a encontrar ni nuestros dientes.

—No vamos a morir, ¿sabes las pocas posibilidades que existen de morir en un accidente de avión?

El cacharro da otro salto y todas las mascarillas del techo salen disparadas hacia abajo. El comandante vuelve a hablar. Dice algo sobre la despresurización de la cabina y de que debemos ponérselas.

«De esta no salgo. De esta no salgo», susurro mientras los pasajeros gritan y todo se vuelve un caos.

—Huele a humo.

—¿Qué? —pregunto a Eleanor.

—La vista me falla desde hace unos años, pero tengo un olfato de perro rastreador. Algo se está quemando.

—Hubiera preferido no saberlo —le informo, sin acritud; el miedo no me deja reprocharle su sinceridad.

Notamos que el avión comienza a descender y no sé si me falta el aire o me ha tocado la única mascarilla que no funciona de toda la cabina. Hay que tener mala suerte. Levanto la mano como cuando estaba en el cole y quería llamar la atención, y espero a que un tripulante de cabina se apiade de mí y venga a atenderme.

—¿Qué haces, niña?

—Mi mascarilla no funciona.

—No la tienes bien puesta. —Me la coloca en buena posición y cojo aire.

Unos quince minutos más tarde, aunque a mí me han parecido doscientos años lunares, aterrizamos tras unos cuantos meneos y grandes sustos, gritos y ataques de ansiedad. Nos indican que salgamos por las puertas en orden y que saltamos hacia los toboganes de emergencia y nos tiremos por ellos. Desde arriba parece divertido, cuando llego abajo lo hago rodando y sin frenos. Me detiene las robustas manos de un tío muy alto y fuerte vestido de militar.

Madre mía, madre mía, madre mía. Beso el suelo que piso y prometo que jamás volveré a subir a ningún avión. Iré a todos sitios andando, aunque tenga que levitar sobre los océanos.

Solo escucho sonido de sirenas y fuertes murmullos, veo luces a mi alrededor y un montón de gente vestida con diferentes uniformes. ¿Cuándo se ha hecho de noche? ¿Estoy en Nueva York? ¿Estoy viva? ¿Esto es el cielo? ¿En el cielo hay ejército?

—Señorita, señorita, ¿se encuentra usted bien? —Alguien que me tiene asida por los brazos llama mi atención—. Señorita, ¿puede escucharme?

Mi mirada busca la suya y la encuentra clavada en la mía. Tiene los ojos claros, casi transparentes (no puedo definir el color) y la piel y el pelo moreno.

—Eh...

—¿Está usted bien?

Claro que sí, chico guapo.

—Creo... Creo que sí.

—Tengo que marcharme. Vaya hacia esa zona de allí y manténgase alejada del avión. —Me señala hacia la derecha y me dispongo a caminar en esa dirección, pero las piernas me fallan y me tambaleo. Él me agarra de la cintura y me pega a su cuerpo. ¡Vaya cuerpo! Duro como una piedra. Sé que no es momento de pensar en cuerpos esculturales como el David de Miguel Ángel, pero ya sé de primera mano que este no tiene nada que envidiarle, en todo caso sería al revés. Y digo de primera mano porque la mía, la derecha, en concreto, le palpa el vientre como si fuera ciega y tratara de leer un libro en braille—. Señorita, ¿seguro que está bien?

Tú sí que estás bien, morenazo.

—Estoy... Estoy bien, sí. Solo ha sido un mareo repentino. ¿Qué ha ocurrido?

—El avión ha tenido que hacer un aterrizaje de emergencia.

—¿En serio? ¡No me había dado cuenta! —grito, alzando las manos en un gesto exagerado. Él me mira con el ceño fruncido, pero se mantiene inalterable y en su sitio—. No me refiero a eso.

—No estoy autorizado a decírselo, señorita. Ahora vaya allí y espere con el resto de pasajeros.

No le ha hecho gracia mi broma, no.

—¿Hay...? ¿Hay algún herido? Soy médico, puedo ayudar.

—Se lo agradezco, pero debe hacer lo que le pido.

Se marcha sin ninguna explicación más y voy hasta los viajeros que se agolpan bajo una especie de carpa. Encuentro a Eleanor entre el barullo y me acerco a ella. Está sentada en una silla de acero y se toca el tobillo a la vez que hace una mueca de dolor con la cara.

—Eleanor, ¿está bien?

—Sí, niña. Pero creo que el tobillo se me ha doblado al rodar por ese tobogán de los diablos.

Me agacho delante de ella y lo inspecciono con cuidado.

—Ah... —se queja.

—Está roto. Tenemos que llevarte a una ambulancia. —Miro hacia ambos lados buscando una.

—Estoy bien. De verdad.

—Quédese aquí. Voy a buscar una silla de ruedas.

Salgo escopetada y me acerco a un pequeño hospital de campaña en medio de la pista. Trato de que alguien me haga caso, pero parecen muy ocupados observando unos papeles. Esto no es un hospital improvisado, sino más bien un puesto de operaciones.

—¿Puedo saber qué hace usted aquí? —El militar *buenorro* me descubre y, no entiendo por qué, está muy enfadado. Ladra como un pitbull.

—Mi amiga tiene un tobillo roto. Necesita ir al hospital.

—Ahora le atenderá un médico. No se preocupe...

—Tiene ochenta años y le duele muchísimo. Si bastara con un médico, le atendería yo. Tiene que ir a un hospital —le corto e insisto.

—A usted le cuesta acatar ordenes, ¿verdad?

—Y a usted parece que le pone darlas—susurro, pero por su cara y la reacción de sus hombros sé que me ha escuchado. Antes de que me detenga, aplaco los ánimos—. Solo quiero ayudar a una persona herida. Hice un juramento, igual que usted.

Él me mira con los ojos achinados desde lo alto y se lo piensa unos segundos.

—Está bien, lléveme con ella.

Llegamos hasta Eleanor, que casi grita de dolor.

—Señora, ¿está bien? —Le pregunta él.

—Ya le he dicho a la niña que estoy bien. He sobrevivido a demasiadas guerras. Una torcedura de tobillo no va a poder conmigo. —Le cuesta hablar.

—No es una torcedura. Está roto. Y si no me equivoco, la fractura es grave. Hay que llevarla al hospital enseguida —explico al militar.

Él se agacha, le pide que no se mueva y le informa de que la va a coger en brazos. La levanta con facilidad y camina con ella encima y conmigo a su lado hasta una ambulancia a bastantes metros.

Observo a Eleanor y noto que su cara ha cambiado a un color blanquecino y tiene el rostro contrito.

—Eleanor, Eleanor... Elenaor, ¿qué le ocurre?

—No puedo... No puedo respirar...

—¿Le duele el brazo?

Asiente con la cabeza.

—Está teniendo un infarto —dilucido e infirmo al hombre fuerte y guapo para que se dé prisa.

Llegamos a la ambulancia y no hay nadie alrededor. Metemos a la anciana en la parte trasera y el militar nos dice que va a buscar un médico autorizado. Idiota, yo soy médico, parece que no se ha enterado. Busco en los cajones nitroglicerina y un beta bloqueador. Le pregunto si tiene antecedentes de problemas cardiacos y si es alérgica o está tomando algún medicamento.

—Mi marido murió de un infarto, pero supongo... —Respira—. Supongo que no cuenta.

—No cuenta, no. —Me hace sonreír, pero solo dura un segundo.

—El conductor de la ambulancia ha desaparecido. —El militar llega corriendo hasta nosotras.

—Llévenos usted —le digo, mientras le pongo una vía a Eleanor.

—¿Qué hace? —Sube de un salto a la parte trasera de la ambulancia cuando me ve actuar y trata de detenerme.

—Soy médico, ya te lo he dicho. A Eleanor le está dando un infarto y no voy a dejar que se muera porque el conductor de esta ambulancia haya decidido escabullirse. ¿Sabe conducir? —Lo

miro con seriedad cuando le introduzco la medicación por vena.

—Sí.

—Pues arranque.

—¿Qué?!

—Yo soy médico y usted sabe conducir. ¿Qué no entiende? Eleanor necesita ir con urgencia a un hospital.

—No estamos autorizados.

—¿Es usted uno de esos que no rompen las normas?

Se lo piensa mucho.

—Está bien. —Me señala—. Que no se muera —ordena con voz ruda y autoritaria.

Sale de la ambulancia, cierra las puertas con rapidez, toma asiento tras el volante, arranca y acelera.

Yo me ocupo de estabilizar a Eleanor y de hacerle desaparecer el dolor de la pierna, aunque eso es ahora mismo lo que menos me preocupa.

La ambulancia se detiene quince minutos después. El militar abre las puertas y me ayuda a sacar a la anciana.

—Niña, niña —Eleanor me llama con una voz muy débil.

Acerco la cara a la de ella.

—¿Cuál es tu nombre?

—Me llamo Arizona.

—Gracias, Arizona —susurra.

El militar empuja la camilla hacia dentro de la sala de urgencias y un par de médicos se acercan con premura hasta nosotros. Me presento con rapidez y les explico lo que le ocurre y lo que le he suministrado de camino hacia aquí. Me dan las gracias y se la llevan con la misma rapidez con la que han venido.

Nos quedamos el hombre de uniforme de camuflaje y yo solos en el pasillo.

—Debo volver. Debería venir conmigo —manifiesta.

—No pienso marcharme de aquí hasta que Eleanor se ponga bien.

—Tiene que acompañarme. —Me agarra del brazo.

—No voy a ir. —Tiro y me suelto.

—¿Quiere que la detenga?

—¿Y por qué lo haría? No he hecho nada malo.

Se lleva la mano derecha a la nuca mientras la otra la mantiene en jarra.

—Está bien. Volveré en cuanto pueda. Tengo que devolver la ambulancia. —Cuadra los hombros y me señala—. No se mueva de aquí.

—No hace falta que vuelva.

—Yo también... —Relaja el cuerpo—. Yo también quiero saber que Eleanor se ha recuperado.

Me agrada su contestación.

—Me llamo Maddox. Teniente Maddox Lewis. —Me ofrece la mano para que se la estreche de una manera muy formal.

Me la quedo mirando durante unos segundos hasta que reacciono.

—Arizona Li. —Uno mi mano a la de él y la aprieta con fuerza.

—Tengo que irme, señorita Li. Volveré. —Asegura, y se marcha con prisa.

Espero a que la ambulancia en la que hemos venido desaparezca tras las puertas automáticas y tomo asiento en una de las salas de espera. Tras varias horas, me impaciento. Voy hasta la

ventanilla de admisión y pregunto por Eleanor. Ni siquiera sé su apellido. No me dan información por eso de la protección de datos que siempre me había parecido una buena ley (hasta ahora) y me enfado con la administrativa con cara de acelga.

—Por favor, es importante —insisto, cambiando de táctica y dando algo de pena.

—No puedo, señorita; lo siento.

—Yo también lo siento —susurro.

Me doy la vuelta para ir a hablar con el vigilante de seguridad y observo que tras las puertas amanece. Camino hasta él y le pido que me deje pasar, sin embargo, me informa de que si no tengo la autorización pertinente, no puedo cruzar la línea que hay pintada en el suelo. Hasta me la señala. De nada sirve decirle que soy médico y que he atendido a la paciente. Me pide mi acreditación y, ante la ausencia de la misma, me mira con muy mala cara (este es más del tipo nabo) y me pide con educación que salga fuera.

Me tapo la cara al salir a la calle y maldigo mi mala suerte. Balbuceo y doy patadas a una pared cuando una vez autoritaria y difícil de olvidar me pregunta qué ocurre.

Casi ha amanecido. El sol asoma por el horizonte de los grandes edificios, pero es su rostro lo único que le da un poco de luz a mi oscuro día. Espera, esto ha quedado demasiado empalagoso. No es que me haya enamorado de él como en esas novelas que me encanta leer y en las que los protagonistas se enamoran en cuanto sus miradas conectan por primera vez. No es por eso, no creo que pudiera enamorarme de una persona a la que parece que le cobran por sonreír, aunque sí podría dejarle que le diera vida a este cuerpecito, total, no hace falta que ría mientras nos acostamos. La frase tan empalagosa tiene más que ver con algo muy sencillo: para lo bueno y para lo malo, el teniente Maddox Lewis es la única persona que conozco en esta ciudad y que puede ayudarme con Eleanor.

Me giro hacia él y bufo.

—¿Estás bien? ¿Eleanor está bien?

—No me dan información sobre Eleanor porque no soy su familia ni trabajo en este maldito hospital. ¡Por Dios! ¡Ni siquiera sé su apellido! ¡Casi no la conozco!

Maddox arruga el entrecejo y me pide que me explique.

—Nos conocimos durante el vuelo. Estaba sentada a mi lado. —Hago aspavientos con las manos—. Y yo... Yo no sé cómo puedo verla.

Me agarra de la mano, tira de mí y me lleva hasta el interior de la sala de urgencias. Nos detenemos frente al mostrador de admisión y la cara de acelga se queda embobada en el portento de hombre que me lleva de la mano.

—Soy el teniente Lewis Santos. Una mujer llamada Eleanor, de unos ochenta años de edad ingresó con un ataque al corazón a las dos horas y cincuenta y cinco minutos de la madrugada en este hospital. Necesito que me dé su nombre completo y sus apellidos, además de toda la información necesaria para encontrarla lo antes posible.

—Sí, señor —contesta sin pestañear.

Tras varias gestiones en el ordenador que tiene delante, nos indica que está en la UCI y que se encuentra estable pero vigilada.

—Perfecto, gracias —responde rudo pero educado.

Sigue agarrando mi mano y vuelve a tirar de mí hasta el vigilante de seguridad, que se aparta para que pasemos y, osada de mí, le saca la lengua en un reproche muy infantil.

Caminamos por un pasillo muy largo cogidos de la mano hasta que me quejo de que me lleve arrastrando y me planto con fuerza en el suelo.

—¿Qué hace? —Frunce el ceño. Le van a salir unas arrugas de la leche como siga así.

—No es necesario que me arrastre por el hospital. Sé andar. —Doy un tirón y me suelto.

—Camina muy despacio.

—¿Qué? ¿Y cómo sabe eso?

Se lo piensa y contesta por peteneras:

—Mi intención no era esa. Lo siento mucho. —Parece sincero.

—¿Y cuál era?

—Encontrar a Eleanor lo antes posible.

Me percató de lo irremediadamente atractivo que es. Labios gruesos, ojos grandes y verdes muy claros, nariz pronunciada pero acorde con su mandíbula cuadrada y el resto de sus facciones, muy masculinas y sexis.

Se ve que me quedo embobada y él trata de que me mueva.

—¿Quieres encontrarla o no?

—¡Claro!

—Pues muévase —exhorta.

Lo sigo hasta la sala de cuidados intensivos y le pregunta a una enfermera por la señora Eleanor Harris. Caigo en la cuenta de que ese nombre me suena mucho, como si lo reconociera, pero debe ser porque lo he escuchado hace unos minutos en ventanilla.

La profesional sanitaria lo mira de arriba abajo y se percata del uniforme. «Le queda bien, sí, pero es bastante estúpido», pienso.

—Está en UCI cinco, pero no pueden entrar a verla. Pueden esperar en esa sala y les avisaremos en cuanto esté despierta —nos comunica antes de irse.

—Vamos. —Maddox me señala la habitación que nos acaban de indicar y tomamos asiento uno al lado del otro.

Lleva unos pantalones anchos y una cazadora de estampado militar en colores marrones de diferentes tonalidades y unas botas negras muy grandes con cordones del mismo color. Echo la cabeza hacia atrás y suspiro.

—¿Quiere algo?

—No —susurro—. Solo estoy cansada.

—Le traeré algo de beber. ¿Café?

—Gracias. —Cierro los ojos y me digo que debo tener paciencia. Quiero ver a Eleanor y saber que está fuera de peligro, aunque sé que las siguientes cuarenta y ocho horas a un infarto son cruciales.

Escucho algo de murmullos tras la puerta abierta y ruedas que arrollan el suelo.

—No sabía si quería azúcar. Le he puesto un poco. —Maddox toma asiento a mi lado y me da la taza de cartón y plástico.

—Gracias.

Él no contesta y le da un sorbo al suyo.

—Espero que esté bien. No soportaría no haberla ayudado —expreso.

—Ha hecho todo lo que ha podido.

—Ya... —Miro fijamente al suelo y Maddox me agarra de la mano que tengo libre, captando toda mi atención.

—¡Eh! Se pondrá bien.—La aprieta.

—Eres muy amable. —El calor de su piel me reconforta.

—Solo hago lo que tengo que hacer. —Me suelta y siento su falta. Tal vez sea porque estoy en una ciudad nueva, en circunstancias excepcionales y he pasado una situación de estrés muy grande con el accidente de avión, pero le agradezco el cariñoso gesto—. ¿De dónde es?

—Puedes tutearme.

—No nos conocemos —contesta con seriedad.

—Claro que sí. Yo soy Arizona. Tú eres Maddox.

Respira y repite.

—¿De dónde eres, Arizona?

—Así está mejor. —Asiento— ¿No parezco de Nueva York?

—Ni siquiera de los alrededores.

—Soy de Alabama. Acabo de mudarme.

—Una llegada por todo lo alto.

—Nunca mejor dicho.

La pequeña televisión que tenemos en frente colgada en la pared y sin sonido, pone imágenes del accidente y caigo en que mis padres deben estar de los nervios. Mi teléfono suena antes de que lo saque de mi bolso.

Me levanto y me retiro de mi nuevo amigo unos metros.

—¡Arizona! ¿Estás bien? —grita mi madre al otro lado de la línea.

—Sí, sí. Estoy bien. Ahora estoy en el hospital...

—¿En el hospital? —Me interrumpe—. ¿Qué te ha ocurrido? En el matinal han dicho que solo hay heridos leves y ataques de ansiedad.

—No. No es por mí. Es una historia muy larga, os la contaré luego. Ahora no es buen momento.

—De acuerdo, cariño, pero, espera; tu padre quiere hablar contigo.

Le pasa el teléfono.

—¿Qué pasa, cariño?

—Estoy bien, papá.

—En las noticias dicen que ha sido un ataque terrorista. Han encontrado una bomba en el avión —apunta nervioso.

Miro a Maddox, que no pierde de vista la televisión.

¿Una bomba? ¿He subido a un avión que llevaba una bomba?

Me despido de Rocky y les prometo que me cuidaré. Volveré a telefonarles cuando esté instalada en mi piso alquilado de Manhattan.

—Dicen que fue una bomba. —Me posiciono de pie frente a Maddox. Él sigue callado—. ¿No piensas decírmelo?

—No estoy autorizado para hablar contigo de ello.

—Vaya rollo tenéis todo con las autorizaciones. Dime la verdad. —Señalo la pantalla del televisor, en la que se puede leer que ha sido un ataque terrorista.

—Eso es solo periodismo sensacionalista.

—¿En serio? —Pongo los brazos en jarra—. Algo muy raro ha ocurrido allí arriba y casi morimos cientos de personas. No me digas que no estoy autorizada para saber por qué casi estoy a estas horas criando malvas. —Me mira fijamente en el mutismo más extremo—. Está bien. —Me doy por vencida y me acomodo en la silla más alejada a la de él, me coloco los auriculares, los conecto a mi Smartphone y pongo algo de música. Necesito relajarme. Me quedo dormida dos canciones después.

MADDOX

Me resulta muy intrigante esta mujer. Solo sé de ella que se llama Arizona pero es de Alabama. Acaba de mudarse a Nueva York y es una médica muy atrevida, tanto que ha osado desafiarme, a mí y a la ley, para salvarle la vida a una desconocida. Además es muy guapa. Tiene esa belleza natural y sencilla que tanto me ha atraído siempre. No me van esas mujeres artificiales con grandes y redondeados pechos operados que me asaltan en los bares y a las que, por cierto, me acabo tirando. Lo reconozco, todas esas modelos con las que salgo me la ponen dura, pero no lo bastante como para quedar con ellas una segunda vez. Será por eso que tengo tan mala fama entre el sector femenino de Nueva York. Soy así. Me enamoré una vez y me rompieron el corazón. No pienso volver a pasar por eso otra vez. No me fueron infiel ni la mujer que amaba me engañó, fue mucho más doloroso que todo eso.

Observo a la chica de Alabama dormir después de una trifulca dialéctica porque no he querido decirle qué es lo que ha ocurrido realmente durante su vuelo; pero es cierto, no estoy autorizado y, aunque lo estuviera, jamás pondría en riesgo la vida de una civil. Sí, ha sido un ataque terrorista; y sí, mientras menos sepa ella o cualquiera mejor. Por suerte, hemos podido evitar que la bomba principal hiciera explosión desde una frecuencia remota y solo ha habido algún problema con las pequeñas bombas trampas adosadas a ella. Esas sí que han explotado haciendo desestabilizarse el avión.

Arizona mantiene la cabeza erguida a duras penas y voy hasta ella para tomar asiento a su lado y colocarle la mejilla sobre mi hombro. No se queja, solo suelta un gemidito y se acomoda sobre mi pecho. Durante más de una hora la tengo así, totalmente dormida y tranquila sobre mí.

—¿Familiares de la señora Eleanor Harris?

—Sí —afirmo, sin dar más explicaciones.

—La señora Harris está bien y despierta. Pueden pasar a verla.

—Gracias.

La doctora se va y trato de despertar a Arizona.

—Arizona, Arizona, despierta. —Le doy toquitos en el hombro hasta que reacciona.

—¿Qué...? —Abre los ojos desorientada—. ¿Qué... haces tan... tan... tan cerca de mí?

—Eleanor se ha despertado. Podemos entrar a verla.

Se incorpora y bosteza.

Entramos en el box cinco y Eleanor nos recibe con una sonrisa cansada.

—Dios mío, ¿qué hacéis aquí? —nos pregunta con una indiscutible alegría por vernos.

—Queríamos asegurarnos de que estabas bien —le contesta ella.

—Seguiré dando guerra. Estate segura de ello.

Le agarra de la mano y Arizona se acerca y la rodea con los brazos y mucho cariño.

—Chico, ven. Tengo que agradecerlos a los dos.

—No ha sido nada —declaro.

—Me habéis salvado la vida. Os lo debo todo. Gracias.

—No nos debes nada, Eleanor. Verte así nos reconforta. —Miro a la anciana con cariño.

—Disculpen. No pueden estar aquí más de dos minutos. La señora Harris necesita descansar. —La enfermera que nos dijo que esperaríamos fuera nos apremia.

—¿Necesitas algo? Puedo llamar a algún familiar. —Arizona se interesa.

—No quiero molestar a nadie.

—Eleanor, por favor. Hágalo por mí.

—Tengo una sobrina... Puede que ella pueda venir.

—¿Tiene su número de teléfono?

—Tengo una tarjeta en mi bolso. ¿Puedes acercármelo, grandullón? —Me mira.

Se lo doy y ella lo abre.

—Aquí está. —La encuentra y la saca—. Se llama Mary. —Se la enseña a Arizona y ella la observa.

—Está bien. Voy a llamarla.

Salimos del box como nos han pedido amablemente y nos disponemos a contactar con ella. El teléfono de Arizona se queda sin batería y yo saco el mío.

—Yo la llamaré. —Marco el número de teléfono que ella me dicta en voz alta y, cinco tonos después, contestan al otro lado.

—¿Sí? ¿Hola? ¿En qué puedo ayudarle?

—Disculpe, ¿es usted...? —Agarro a Arizona de la muñeca y leo el nombre en la tarjeta que ella tiene agarrada con los dedos—. ¿Mary Harris Perkinson?

—Sí, soy yo, ¿qué desea? Hoy estoy muy ocupada. Si quiere que le enseñe alguna casa, tendrá que ser la semana que viene.

—La llamo en nombre de Eleanor Harris. Verá, no se preocupe, está bien, pero está en el hospital y necesita su ayuda.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Ha tenido un infarto.

—Y dice que está bien. —No parece muy afectada.

—Sí, está bien. ¿Sería usted tan amable de venir cuanto antes? Estamos en el Presbyterian Hospital.

—¿Está ahí con usted?

—No, ahora mismo está sola.

—¿Y con quién hablo?

—Soy un amigo de su tía. —Se hace un silencio tras la línea—. ¿Sigue ahí, señorita Harris?

—Sí, sí. Mire. Estoy muy ocupada. Dígame que le enviaré a alguien lo antes posible.

—No me entiende.

—Es usted quien no lo entiende. Estoy muy ocupada. Le he dicho que enviaré a alguien en cuanto pueda. —Cuelga.

Por mi boca salen un par de blasfemias ante la mirada atónita de Arizona.

—¿Qué ha ocurrido?

—Será malnacida... —mascullo.

—¿Qué te ha dicho?

—Me ha colgado.

—Pero, ¿va a venir?

—No.

—¿Cómo que no? ¡Eleanor la necesita!

—Dice que mandará a alguien lo antes posible.

—¿A quién?

—No lo sé. Desde luego le importa muy poco lo que le pasea su tía.

Arizona se cubre el rostro con las manos y repite una y otra vez cómo puede haber gente sin el más mínimo escrúpulo. Le agarro los dedos y se los aparto de la cara.

—Encontraremos una solución —le aseguro.

—¿Cuál? Tengo que marcharme. Necesito dormir y darme una ducha antes de presentarme por primera vez en mi puesto de trabajo.

—¿Cuándo tienes que estar allí?

—Mañana a las seis de la mañana. Además, mi casero debe estar esperándome desde anoche. Debe creer que lo he dejado tirado. Como me quede sin casa... —Se masajea el tabique de la nariz—. Vaya desastre...

—Vete —le pido.

—¿Qué? —Me mira con los ojos abiertos.

—Yo me quedaré con Eleanor hasta esta tarde. Tú puedes venir a verla esta noche cuando hayas dormido un rato y te hayas instalado. Supongo que su sobrina enviará a alguien mañana por la mañana como muy tarde.

—¿Harías eso?

—Por supuesto.

Ella sonrío de oreja a oreja y me da un inesperado abrazo. Es pequeña y huele muy bien. Me saca una gran sonrisa y, no entiendo por qué, mi corazón se sobresalta.

Me mira y agranda la sonrisa.

—Gracias, gracias, gracias. —Se aparta—. Voy a entrar a despedirme de Eleanor y me voy. Gracias por habernos ayudado.

—Es mi deber. —Sonrío yo también. Me ha hecho gracia su reacción.

—Sí, ya. Gracias de todas formas. Ha sido un placer conocerte. —Me ofrece la mano y yo se la estrecho, tal y como hicimos la primera vez—¿Sabes? Deberías sonreír más. Le sienta muy bien, teniente Lewis.

Tardo un poco en soltarle la mano. Tiene la piel muy suave y muy caliente. Tras un tiempo prudente, la dejo marchar y la veo alejarse por el pasillo.

Adiós, chica de Alabama.

Consigo dar con mi casero que, amablemente, me lleva hasta el apartamento, me lo enseña y me da las llaves. Se preocupa por mi estado de salud cuando le cuento por qué no pude venir anoche y me regala una cesta de naranjas de un árbol que tiene en su patio. Me hace saber que vive en el bajo y que todo el edificio es suyo.

—La zona de lavandería está en el sótano, tiene que llevar su propio jabón. Está prohibido subir a la terraza. Necesita unos arreglos para cumplir con la normativa y el ayuntamiento aún no me ha dado los permisos. Creo que eso es todo. Espero que sea de su agrado.

—Es fantástico. Muchas gracias.

Lo inspecciono más a fondo cuando se marcha y cierra la puerta. Es bonito y sencillo: paredes blancas, suelos de madera clara y sofá gris. Simple, solo falta convertirlo en un hogar; un lugar al que querer volver después de guardias de veinticuatro horas. Compraré algunos muebles y lo convertiré en un pequeño apartamento muy acogedor. Cuando veo la ducha me dan unas ganas horribles de meterme bajo el chorro de agua caliente, pero caigo en la cuenta de que no tengo ni toallas para secarme ni ropa para vestirme después.

Voy hasta mi bolso, que dejé en el salón, cojo mi móvil y llamo al aeropuerto. Dos horas de solicitudes después, consigo que me envíen mi maleta a mi dirección actual. Prometen que estará aquí mañana por la tarde a lo más tardar.

Bajo a una tienda cercana y compro lo básico: ropa interior, unas mallas, unos vaqueros, una camiseta, cepillo de dientes, pasta, gel y algo para comer. Con esto bastará. No voy a presentarme mañana en el hospital Monte Sinaí con ropa sucia o en mal estado. ¡Me echarían!

Por la noche, cojo un taxi y me voy a ver a Eleanor. Mientras subo en el ascensor, un gusanillo me pica en la garganta y noto las ganas de que Maddox siga aquí. No sé la razón, pero me gustaría verlo una vez más. Me desilusiono al entrar en la habitación de la señora Harris y no encontrarlo, sin embargo, verla comiendo y con ese color rosado en las mejillas, me emociona.

—¿Otra vez estás aquí, niña? —Sonríe.

—Le he traído un regalo.

Saco de mi bolso una barrita energética, como la que le vi en el avión, y se la enseño.

—Eres un ángel caído del cielo. —La coge, aparta el plato de sopa, la abre y le da un mordisco—. Esto es lo mejor que se ha inventado. Me encanta el arroz inflado con chocolate.

—¿Se encuentra usted bien?

—Estoy bien, deja de preocuparte. El teniente Lewis me ha cuidado extraordinariamente. Y deja de tratarme de usted, ya te lo he dicho.

—Mañana vendrá alguien y se encargará de usted... de ti —rectifico—. Hablamos con su... tu sobrina.

—Ya me lo ha dicho el teniente. Mary siempre está muy ocupada —habla con ironía—. Y vosotros, ¿habéis quedado para salir?

—¿Nosotros?

—El teniente y tú. Podríais salir a cenar. Aprovechad ahora que sois jóvenes.

—No, no. Maddox y yo no vamos a tener ese tipo de relación. Ni esa ni ninguna —aclaro, para que no quepa duda.

—¿Eso crees? —Asiento—. ¿Y tú qué crees, teniente? —Pregunta a alguien detrás de mí.

Tierra trágame y quémame con tu núcleo. ¿Está detrás de mí? ¿En serio? ¿Ha escuchado lo que acabo de decir?

Él camina hasta detenerse a mi lado y le contesta:

—Arizona lleva razón. Jamás tendremos ningún tipo de relación. —Le da una botella de agua—. Tome, he tenido que subir dos plantas para encontrarla. Siento haber tardado.

—No importa. Gracias. Y ahora... —Finge que está muy cansada. Incluso abre la boca y bosteza—. ¿Podríaís dejarme sola? Tengo mucho sueño. Y vosotros tendréis hambre. Es hora de cenar. Hay un restaurante griego muy bueno por aquí cerca. Decid que vais de mi parte, os darán la mejor mesa. —Me guiña un ojo y se hace la dormida.

—Mañana volveré, Eleanor. Llámame si necesitas algo. Aquí te dejo mi número de teléfono. —Lo escribo en una servilleta de papel con el nombre del hospital que hay sobre la mesita y me despido de ella con un beso.

Maddox y yo salimos de la habitación y caminamos juntos hasta el ascensor. Bajamos en silencio y salimos a la calle sin decir ni una palabra. Me giro hacia él, él lo hace hacia mí y nos quedamos mirándonos. Lleva las manos metidas en los bolsillos de la chaqueta que llevaba anoche y esta mañana.

—¿No has dormido?

Niega con la cabeza y hace una mueca con los labios.

—¿Cuántas horas llevas sin dormir?

—No las he contado, pero no han sido tantas. Estoy seguro.

—Ni siquiera te has cambiado de ropa desde..., desde lo del avión.

—No tiene importancia.

Vuelve el silencio.

—Será mejor que me vaya. Mañana tengo que levantarme muy temprano —manifiesto.

—Tú primer día en el hospital —recuerda.

—Sí, eso.

Silencio.

—¿Quieres que te lleve? Tengo el coche aquí al lado. —Se ofrece.

—No, gracias. Cogeré un taxi. —Señalo la parada, donde hay varios en fila y doy un paso hacia atrás.

Él asiente y comienza a girarse para marcharse.

—Maddox. —Lo llamo y me mira—. Gracias.

Alza el brazo, me enseña una media sonrisa y hace una pequeña reverencia con la cabeza.

Lo veo perderse entre una fila de coches mientras subo al taxi y le doy la dirección de mi nueva casa.

Adiós, teniente.

Me doy una ducha, me visto y salgo corriendo en busca de un taxi que me lleve al Monte Sinaí. Compro un café para llevar en un puesto que encuentro justo frente al hospital y me lo bebo de cuatro sorbos. Me quemo la lengua y maldigo. Si mi señora madre me escuchara, me metía un calcetín en la boca. Ya lo hizo una vez, las señoritas de Alabama no dicen palabras malsonantes. Voy hasta recepción y pregunto por el médico que me han asignado para realizar la residencia.

—El Doctor Davis le espera en la sala seis.

—¿Puede decirme cómo llegar?

Me mira de arriba abajo y chasquea con la lengua, como si estuviera harta de explicarlo. Solo le he preguntado una vez.

—Antes tiene que ir a vestuario a cambiarse. Aquí tiene la llave de su taquilla. Está todo dentro. Si necesita otra talla, llame a lavandería y se la facilitarán. —Pone una llave muy pequeña sobre el mostrador y me la quedo mirando—. Como no se dé prisa, va a llegar tarde, y al doctor Davis no le gusta la impuntualidad.

No he parado de correr desde que llegué a esta ciudad.

—Los vestuarios están en el sótano. —Indica, ante mi cara de boba y antes de que le lance la pregunta.

Vuelo por las escaleras y bajo los escalones de tres en tres. En el último tramo tropiezo y casi estampo los dientes contra la pared, pero es un hombre con bata blanca el que me detiene con su torso. En serio, nunca he sido una patosa. Vale que no animaba al equipo de fútbol en la universidad ni formaba parte de ningún grupo de gimnasia, pero me movía mucho en bicicleta por el campus y el pueblo y nunca me he caído.

Conozco la vestimenta del hospital. Este hombre es médico con total seguridad.

—¿Adónde va con tanta prisa? —pregunta, mientras me separo de él y le pido disculpas.

—No quiero llegar tarde

—Va a matarse, o va a matar a alguien.

—Estamos en el mejor lugar para tener un accidente —bromeo, pero no ríe, y me explico—. Por eso de que esto es un hospital y hay muchos médicos.

—La he entendido perfectamente.

—Bueno, me marchó. El doctor Davis me espera. Siento lo que ha ocurrido.

—Tenga más cuidado.

Me alejo de él preguntándome por qué me choco con todo bicho viviente de esta ciudad, y con bicho me refiero a hombres guapos y atractivos, porque si el militar era guapo, este no tiene nada que envidiarle.

Entro en el vestuario y doy los buenos días a las tres personas que hay allí. Dos chicos y una chica más o menos de mi edad.

—Hola, ¿eres Arizona? —me pregunta ella.

Asiento con la cabeza muy despacio. ¿Cómo lo sabe?

—Tu nombre está ahí. —Me señala una lista colgada en un panel de pared—. Eres la única que faltaba. Yo soy Erika. —Me da la mano cuando termina de colarse la camiseta azul por la cabeza. Lleva un sujetador muy básico pero muy bonito, por cierto.

—Soy Andrew. Andrew Johnson. —Se presenta un chico rubio, de piel muy blanca y ojos

muy claros.

—¿Como el presidente?

Él se encoge de hombros y sonríe. Termina de subirse los pantalones y cierra su taquilla.

—Yo soy Taylor García. —El tercero me da la mano muy amistoso—. Será mejor que te cambies. Tenemos que irnos.

Subimos las escaleras en la que casi dejo los piños unos minutos antes y me dejo llevar hasta la sala en la que se nos ha citado. Cuando entramos, tres personas nos esperan ya dentro. Uno de ellos es el médico con el que he frenado bajando los escalones de tres en tres.

La directora del prestigioso centro médico se presenta. Se llama Victoria Lennon, bastante alta y de complexión media. Nos deja claro que está disponible para todos nosotros, pero que no puede perder el tiempo. Se despide dos minutos después de comenzar a hablar.

—Les dejo con sus tutores. El doctor Kasey Davis y la doctora Grace Kane.

Vale, el saco de boxeo que salvó mi dentadura de una muerte asegurada es el doctor Davis. Tengo que dejar de tropezarme con todo el mundo, sobre todo con la parte del mundo que va a formar parte de mi vida, aunque sea laboral.

La doctora Kane nos da la bienvenida y nos explica cómo va a ir todo. Estaremos con los dos doctores la mayor parte del tiempo y dependiendo de lo que se presente, iremos con uno o con otro.

—Sobran las presentaciones, sabemos perfectamente quiénes son, por eso están aquí. Ahora sígamos, observen y aprendan —termina el señor Davis.

La mañana pasa volando. No paramos ni para desayunar. A las doce de la mañana llevamos siete horas viendo pacientes y escuchando diagnósticos. Me emociona estar aquí, pero necesito algo de beber, un poco de agua por lo menos o me voy a caer redonda al suelo.

—Pueden ir a almorzar. Tienen una hora —nos informa la doctora Kane, con la que trabajamos desde hace dos horas—. Hay una cafetería en el hospital, pero pueden salir fuera si lo prefieren. —Se va con prisas y nos miramos.

—Con que tengan sillas me conformo —dice Erika.

—Lo mismo digo, hermana. —Andrew le choca la mano y sonreímos.

Nos comemos unas ensaladas y unos *bagels* con queso sentados en la terraza de una cafetería que frecuenta mucho personal sanitario. Hacemos alusión a este último hecho y fantaseamos con ser grandes cirujanos en un futuro. Quiero especializarme en cirugía cardiovascular, aunque tengo que seguir estudiando mucho para ello.

Vuelvo a casa a eso de las seis de la tarde. El primer día me queda bastante claro que las jornadas laborales van a ser interminables aunque disfrute mucho con lo que hago. Me llevo una alegría cuando bajo del ascensor y veo mi maleta en la puerta de mi apartamento. La meto dentro, la dejo en el salón y voy al dormitorio a por la llave. Trato de introducirla varias veces en el candado, pero no cabe. Cojo un cuchillo e intento abrirla. Nada. Busco algo para golpearla sin encontrar un artilugio que me sirva, así que llamo a mi casero por si pudiera ayudarme. Se presenta con un martillo igualito al de Thor y rompe el candado de un solo golpe. Casi agujerea el suelo y podemos saludar al vecino de abajo. Este hombre es un flipado.

—Gracias.

—No hay de qué.

—¿Le debo algo?

—¿Tiene tabaco?

—Eh... No.

—Pues cómpreme cuando salga. Negro —apunta.

Cierra la puerta y desaparece.

Qué tipo más raro.

¡Qué bien! ¡Ya tengo mi ropa! ¡Ya tengo mi ropa! Salto de alegría mirando mi preciada maleta y deseando ponerme una de mis bragas de algodón.

Me doy cuenta de que algo no va bien en cuanto observo dentro y algo brilla cegándome por completo. Yo no metí ninguna estrella a punto de explotar. Cuando recupero la visión, llevo las manos hasta el objeto, lo cojo, lo alzo y lo observo. Son unas esposas con adornos de swarovski rosas y blancos. No recuerdo haber guardado esto, ni siquiera haberlo comprado alguna vez. Lo dejo a un lado y me centro en la ropa. Tampoco recuerdo haber comprado un top de licra negro ni unos pantalones de cuero rojo. Tampoco es mío el sujetador amarillo ni las medias de redecilla. Tangas comestibles, dos masturbadores, un pene del tamaño de la Torre Eiffel y tres cajas de preservativos de la talla XXL. Esto es lo que hay en la maleta, ¡pero nada de mis bragas de algodón, de los calcetines que me tejíó mi abuela y de su bufanda! ¡Esta no es mi maleta! ¿Dónde está mi maleta? ¡Quiero mi maleta!

Llamo al aeropuerto y me informan de que debo poner una reclamación, pero que mejor vaya en persona. Le doy mis datos, le digo que no podré trasladarme hasta allí hasta la próxima semana y que necesito hacer las gestiones por teléfono. Tras varias llamadas, me informan de que mi maleta está en algún lugar de Asia y de que no me aseguran su recuperación, pero que no me preocupe porque el seguro de la aerolínea se hace cargo de su valor. ¿Su valor? Claro que me preocupo; mi abuela tejíó esos calcetines con mucho cariño.

—¿Y si llevaba el reloj de oro macizo que mi abuelo me dio en su lecho de muerte?

—¿Lo llevaba, señorita?

—No... —Yo lo que quiero son mis bragas calentitas.

—Haga una lista y estime su valor. Puede enviar todos los datos a esta dirección de email.

—Lo apunto y le doy las gracias.

—De nada. Si no le importa, ahora le harán una encuesta de cómo la hemos tratado, solo tiene que contestar sí a todo.

—De acuerdo. —Cuelgo antes de escuchar la primera pregunta. Yo lo único que quiero es mi maleta y no me la van a devolver.

Espero que alguien aproveche mi ropa interior, vaya donde vaya.

Tres días tardo en aclimatarme por completo a mi casa nueva y al trabajo. Incluso me da tiempo a pasarme a ver a Eleanor y a enfadarme con su sobrina porque no se ha dignado a pasar a visitarla. Envié a alguien al día siguiente de hablar con ella por teléfono y no ha vuelto a dar señales de vida. La señora Harris la disculpa, pero yo sé que lo hace por educación y por respeto, algo que no conoce la tal Mary.

No pregunto por Maddox aunque tengo curiosidad por saber qué ha sido de él y si se ha preocupado por ella. Las buenas noticias llegan una semana más tarde: a Eleanor le dan el alta. Me llama para decírmelo.

—Niña, no es necesario que vengas. No se me ha olvidado cómo se camina.

—Lo sé, pero me quedo más tranquila. Además mañana es mi día libre y no tengo nada que hacer. Será un placer pasar el día contigo.

Cuelgo cuando veo venir hasta mí al doctor Davis. Un hombre de unos treinta largos, alto, pelo castaño, ojos oscuros... Muy guapo.

Voy hasta él y camino a su lado, tratando de seguirle el ritmo, ya que no se ha detenido ni un poquito.

—Buenas tardes, doctor Davis. Me gustaría preguntarle algo.

—Diga.

—Verá. Una amiga necesita mi ayuda y me preguntaba si podría darme mañana el día libre.

—No.

—Ni siquiera se lo ha pensado.

—No necesito pensarlo, señorita Li. Estamos todos muy ocupados.

—Pero lo necesito.

Se detiene de golpe y yo me freno. Me mira frente a frente.

—¿Es una cuestión de vida o muerte?

—No...

—Pues la respuesta sigue siendo la misma. —Vuelve a andar—. La necesito mañana por la mañana conmigo en el quirófano doce para una cirugía coronaria.

—¿A mí? ¿En serio? —No me lo creo.

—Estese preparada a las siete menos cuarto. No llegue tarde y no salte los escalones de tres en tres. —Desaparece por la esquina y yo me quedo con los ojos y la boca abierta. ¡Voy a asistir en mi primera cirugía a corazón abierto! Doy palmitas.

—¿Y esa fiesta? —me pregunta Taylor cuando llega a mí.

—Voy a acompañar al doctor Davis en una cirugía.

—Qué suerte. Yo acabo de hacer una colonoscopia. —Me enseña las manos.

—¿Y el enfermero?

—Lo tienes delante.

Nos reímos y salimos a comer con Erika y Andrew.

Llamo a Eleanor y le informo de que no voy a poder acompañarla mañana hasta su casa, pero que iré en cuanto salga del hospital y le prepararé la cena. Me da la dirección, la apunto en un papel y la meto en el bolso camino de mi apartamento.

- Me hubiera gustado ayudarla.
- Sé llegar a mi casa, dulce niña.
- Lo sé, pero lo lamento mucho.
- ¿Quieres hacerme feliz?
- Claro. —Sonrío.
- Tráete mañana un poco de vino. Celebraremos mi vuelta.
- Ele, no puedes beber. Te ha dado un ataque al corazón.
- Una copita no hace daño.

El viernes me levanto con un subidón de adrenalina que casi voy corriendo hasta el hospital. Estoy emocionada con la cirugía que, por cierto, es todo un éxito y el personal felicita al doctor Davis por el trabajo de precisión realizado. Es un gran profesional. Me da la enhorabuena por haber mantenido la calma durante las cuatro horas que ha durado la operación y me explica por qué ha modificado el procedimiento al final de la misma. Me quedo embobada escuchándolo y no es por su indiscutible atractivo, sino más bien por el manejo del tema y la inteligencia que demuestra. Mis compañeros también me dan la enhorabuena por el resultado y vamos a celebrarlo con un café a la máquina de *vending* que hay en uno de los pasillos. Todo un fiestón.

No compro la botella de vino camino de casa de Eleanor. No quiero parecer una maleducada, pero tiene que entender que no puede beber ningún tipo de alcohol bajo ningún concepto. Sí me hago con una lasaña de verduras y pescado asado en una tienda de comida para llevar. Me sorprende cuando el taxista me deja en la puerta del edificio en Greenwich Village. Es precioso, de ladrillos rojos y ventanas verdes. La calle es un bosque de frondosos árboles con hojas amarillas y maceteros cargados de flores en las aceras. Subo la escalera de piedra que me lleva a una puerta de madera oscura y llamo al portero automático. Tras avisar a Eleanor de que soy yo, la puerta se abre. Me encuentro a un hombre tras un mostrador que me pregunta si soy Arizona Li.

—Sí. Soy yo.

—La señora Harris la está esperando. Es el ático. Ahí está el ascensor. —Señala al final del pasillo.

Llamo a la puerta B y espero a que me abran.

Tardan tanto en abrir la puerta que sopeso si me he equivocado de letra. Miro la identificación y observo que sí, es el B. Tiene que ser aquí. Unos segundos después, Eleanor aparece al otro lado con una sonrisa.

—Niña. Perdona que haya tardado en llegar hasta aquí. Este piso es demasiado grande.

—No te preocupes. Solo pensé que tal vez me había equivocado.

—Pasa, pasa; no te quedes ahí. —Cruzo la puerta y me percató de que es cierto. El apartamento es enorme, solo el vestíbulo tiene más metros que el salón del piso que he alquilado. Paredes rojas repletas de cuadros y espejos dorados—. ¿Por qué vienes con tan poca ropa? Pronto nevará.

Llevo el abrigo con el que salté del avión, recto, de color burdeos y doble botonadura, un pantalón vaquero, una sudadera rosa y unos mocasines de cuero negro.

—Tienes una casa preciosa. —El salón lo adornan tres sofás claros formando una u y muchísimas fotos colgadas de las paredes. Cortinas muy largas y grandes lámparas de lágrimas de cristal.

—Gracias, niña.

—¿Dónde puedo dejar la cena?

—Vamos a la cocina. —Camina despacio hasta allí y me indica que lo deje todo sobre la encimera de mármol marrón, a conjunto con el color de la madera de los muebles.

—¿Dónde quieres cenar? Prepararé la mesa.

—No hay prisa. Aún no tengo hambre. Saca la botella de vino y nos tomamos una copita.

—No la he traído, Eleanor. No puedes beber alcohol.

—Eres una aguafiestas. —Levanta la mano y va hasta el frigorífico. Coge un par de latas de soda y me ofrece una—. ¿Prefieres una cerveza? Si hubieras traído vino...

—Esto está bien. —Ignoro la directa que me ha lanzado.

—Vamos al salón. Pongamos algo de música.

—¿Tiene un tocadiscos? —Voy hasta él y lo admiro.

—Me lo regaló mi cuarto marido en nuestro primer aniversario de boda.

—¿Te has casado cuatro veces?

—Seis, cariño. No cuajaba ninguno. ¿Te gusta Elvis?

—¿Lo dice en serio? ¡Me encanta!

—El Rey era un buen hombre, además de un gran artista.

—¿Lo conoció?

Descuelga un marco de foto de la pared que tiene al lado y me lo enseña.

Son ella y el mismísimo Elvis Presley en lo que parece una fiesta en algún salón lujoso.

—Estábamos en Las Vegas. Mi primer marido, Arturo, era nuestro representante.

Observo a Eleanor en la foto, el pelo largo y moreno, nariz respingona, grandes ojos claros... ¡La reconozco enseguida!

—Eres Madame Harris Star —digo, con asombro.

—Lo fui hace mucho tiempo.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—Bah, esa mujer no soy yo, aunque me siguen gustando las fiestas.

Madame Harris Star fue una actriz de cine y televisión muy exitosa de los años cincuenta y sesenta. Aún reponen algunas de sus series y películas. Es una de las grandes de aquella época.

—¿Y Elvis era su amigo?

—Más que amigo, pequeña. —Me guiña un ojo y coloca el disco de vinilo, que comienza a sonar: *Suspicious Minds Live in Las Vegas*.

Eleanor baila a un ritmo cadencioso mientras yo observo las demás fotografías que cuelgan de la pared. Conozco a casi todos los que salen en ellas.

—Muchos de esos han muerto ya —comenta—. Otros están a punto de palmarla. —Ríe—. Baila conmigo, niña. Tenemos que celebrar que no morimos en ese avión.

Río yo también. Me agarra de la mano y damos vueltas muy despacio y cantamos toda la canción. Cuando empieza otra melodía del Rey del Rock suena el timbre de la puerta. Eleanor se detiene y me pide que vaya a abrir.

—Ve a abrir tú, niña, yo estoy ya muy mayor y cansada para caminar tanto.

¿Cansada? Si movía su cuerpo como un gusano hasta hace dos segundos.

—¿Espera a alguien?

Me ignora, sonrío y toma asiento en uno de los sofás.

Ando hasta la puerta y la abro con cautela. Detrás, un imponente teniente Maddox Lewis con chaqueta de cuero negra, pantalones vaqueros grises y camiseta blanca. Lleva el pelo despeinado y la barba ha empezado a asomar. Si con uniforme estaba de infarto, con ropa de calle me dan ganas de desnudarlo a zarpazos, tumbarlo sobre el suelo y cabalgarlo hasta que, ahora sí, me den cuatro paros cardíacos y me quede pajarito. No soy virgen, aunque mi familia crea que a mis veinticinco años siga sin haber probado hombre. Mi abuela, me sentó en una silla el día de mi séptimo cumpleaños y me contó una historia rocambolesca sobre una flor. Comparó mi sexo con una margarita que hay que cuidar y regar desde lejos, sin manosearla. «Nadie ha de tocarla hasta el día de tu boda. Ese será el momento en el que se la entregarás a tu marido», me dijo.

—Abu, ¿y si a mi marido no le gustan las flores? —pregunté, muy inocente.

—Le gustará. Por eso no te preocupes. Pero tienes que cuidarla o se secará y no la podrá tocar.

Durante varios años creí en su historia y me imaginaba en mi boda dándole una margarita a mi marido y regándola con él todos los días. Pero pasé a secundaria y los ojos se me abrieron, además de las piernas en el instituto, donde me acosté con dos chicos. Seguí mancillando mi flor en la universidad, fuera y dentro de ella y aquí sigue mi margarita: vivita y coleando, con todas sus hojitas; más viva que nunca.

A lo que íbamos, que me lío.

Maddox frente a mí y yo mirándolo.

—Buenas noches, ¿llego tarde? —pregunta, con una mano metida en el bolsillo.

—Eh...

Levanta la otra mano y me enseña una bolsa de papel marrón.

—Traigo vino.

Voy a preguntarle quién le ha invitado, pero está bastante claro que Eleanor tiene un plan para nosotros.

—Ele no dijo que tendríamos compañía.

—¿No estás de acuerdo?

—Es su casa. Si ella quiere verte, yo no tengo nada que decir.

Abro la puerta del todo y le digo que pase.

—A mí me encanta la compañía —susurra, cuando su hombro casi roza el mío y su olor me

seduce por dentro.

Cierro de un pequeño portazo, con los ojos en blanco y maldiciendo para mis adentros. Pero qué guapo que es, Dios. Me muerdo un carrillo.

Llego al salón y Maddox le está dando un abrazo a Eleanor. Qué escena tan bonita y conmovedora. Charlan durante unos minutos mientras los observo hasta que Ele se dirige a mí y me pide que acompañe al teniente a la cocina y pongamos la mesa en el salón comedor que está al otro lado.

—Ahora voy yo. Tengo que hacer una cosilla en mi dormitorio. Ofrécele algo de beber a Maddox. Seguro que tiene sed. —Desaparece por el pasillo, dejándonos solos.

Él se quita la chaqueta y la cuelga sobre el respaldo de una de las cuatro sillas que rodean una mesa redonda con un florero muy grande en medio.

—¿Y la cocina?

—¿Y esos brazos?

—Por aquí. —Le indico que me siga.

Camina detrás de mí, demasiado cerca y eso me pone muy nerviosa.

Me giro al llegar al centro de la cocina y le pregunto qué quiere beber, pero casi tropiezo con su marcado torso dentro de una camiseta Levi's.

—¿Te importaría no seguirme tan de cerca? —Lo aparto con la mano, que cobra vida propia y se posa sobre su pecho.

Está duro, sí.

—Vas demasiado despacio.

—Eso no es cierto. No hago otra cosa que correr desde que llegué a Nueva York.

Cruza los brazos, apoya la cintura en el filo de la encimera y me pide que me explique.

—Me ha ocurrido de todo. Salí del avión rodando y me choqué contigo, a Ele le da un infarto y tuvimos que llevarla al hospital. Volví a casa sin ropa, mi maleta está en algún lugar de Asia, lo único que tengo en casa son ligas, pantalones de cuero, juguetes eróticos y tres cajas de preservativos de la talla XXL...

Suelta una carcajada.

—¡Qué me dices!

—Tuve que bajar a comprar de todo, ¡no tenía ni los calcetines que me tejió mi abuela! He estado del trabajo a casa y de casa a acompañar a Eleanor. Mi primer día en el hospital también tropecé con el que iba a ser mi jefe y...

—¿Hay más?

—Vengo hasta aquí para pasar una noche tranquila y... —Me doy cuenta de lo que voy a decir y me detengo. A ti te lo cuento: Y me encuentro con él que me pone muy nerviosa.

—¿Y...? —Él me anima para que concluya la historia de mis primeros días en la ciudad.

—Y..., nada. Ahí termina todo. Fin.

—Ahí no termina.

—Por supuesto que sí.

—Y me encuentras a mí.

—No me molesta que estés aquí.

—Pero tampoco te agrada.

—Eso no es cierto. —Abro el frigorífico y me escondo con la puerta. Aprieto los ojos durante unos segundos y vuelvo a relajar el rostro antes de mirarlo de nuevo con una sonrisa forzada—. ¿Cerveza? —Se la enseño.

Se incorpora hacia delante, da dos pasos y me la quita de las manos. La abre y le da un

trago.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —Levanta una ceja.

Asiento, aunque sé que voy a arrepentirme de esto.

—¿Ligas, pantalones de cuero, juguetes eróticos y tres cajas de preservativos de la talla XXL? ¿A qué te dedicas realmente? —Ríe.

—¡No son mis cosas!

—¡Pero están en tu casa!

—¡¡Por error!!

Se troncha de la risa.

Mira qué gracioso. Cuando lo conocí me pareció que le cobraban por sonreír de lo que le costaba, y ahora se parte.

—¿Y de quiénes son?

—¡No lo sé! —Alzo las manos.

—No me queda muy claro.

¡Se ríe de mí!

—¡Oh! ¡Déjalo! —Busco los cubiertos y los platos en varios armarios y los llevo hasta la mesa del comedor que ya tiene el mantel sobrepuesto. Él viene detrás con las servilletas, la botella de vino que ha traído y unos panecillos que había sobre la encimera en una bandeja.

—Me gustan estas servilletas. —Las coloca y yo pongo los cubiertos encima, hecho que nos obliga a estar demasiado juntos—. Hueles muy bien —dice como si tal cosa junto a mi pelo.

—Es jabón. No me he puesto perfume. —Le señalo con el mentón que se retire unos palmos—. Y..., ¿te importa?

—Eres bastante quisquillosa.

—Oye, no me conoces.

—Sé que eres de Alabama pero que te llamas Arizona.

—Eso no me define.

—No, eso no; pero que te jugaras tu permiso para poder ejercer la medicina robando una ambulancia para ayudar a una persona que no conocías, sí.

—¿Robando?

—Sí. Y me hiciste cómplice de tu delito.

—Perdona, pero creo que ya eres mayorcito. Y, yo tampoco te conozco mucho, pero diría que a ti ninguna mujer te obliga a hacer nada que no quieras hacer.

—No creas. Las mujeres hacen conmigo lo que quieren... —Me regala una sonrisa ladeada.

—Ya...

—¿No me crees?

No contesto y él contraataca.

—Venga, pídemelo lo que quieras y lo haré.

Se me pasa por la cabeza pedirle que se vaya, pero no me parece justo. Es el invitado de Eleanor y, que a mí me ponga muy nerviosa su presencia, no es un motivo válido para echarlo a patatas (aunque a mí me parezca que sí). También me ronda la mente solicitarle que se quite la camiseta, pero deshecho la idea cuando mi dignidad me da un toquecito en la frente.

Nos miramos fijamente durante un puñado de segundos. Me reta. Lo reto. ¿Le pido lo que quiera? Tal vez en otra ocasión.

—Qué bonita habéis dejado la mesa. —Eleanor nos interrumpe y los dos damos un paso atrás.

—Voy a traer la cena —informo, y me voy a la cocina.

Maddox ayuda a la señora Harris a tomar asiento y le sirve un poco de vino en una copa.

—No, no, no, no. —Corro hasta ella y trato de detenerla cuando veo que se lo lleva a la boca—. No puedes beber alcohol. Ya lo hemos hablado.

—Un poco no la va a matar —manifiesta Maddox.

—Eso mismo opino yo. Y si me muero... ¡Por Dios! ¡Tengo ochenta y nueve años!

—Le ha dado un infarto. —Recuerdo al militar.

—Y le va a dar otro si no dejas de gritar.

—¡Eres un irresponsable! —Le apunto con el dedo.

—Y tú bastante gritona.

—¡¿Yo, gritona?!

—Chicos, me encanta ver cómo os enamoráis delante de mí, pero tengo hambre y es tarde. Las personas de mi edad necesitamos cenar temprano.

—Tienes razón, Eleanor, lo siento mucho —se lamenta él.

—Sí, es cierto. Lo sentimos mucho.

—No lo sintáis y acomodaos a mi lado. Vamos a cenar y después escucharemos algo de música.

Recogemos la mesa y la cocina entre Maddox y yo, mientras, Eleanor pone algo de música en la sala de estar. En esta ocasión opta por David Bowie, y su voz llega hasta nosotros desde la lejanía entremezclándose con el sonido de los cubiertos y la vajilla que fregamos a mano porque Ele no es partidaria de los lavavajillas. Él friega y enjuaga y yo seco y coloco en un silencio elegido por los dos.

—La cena estaba buena. ¿Has cocinado tú? —Él lo rompe.

—Me gustaría decirte que sí, pero no tengo tiempo para cocinar. He descubierto un sitio muy recomendable que pone comida para llevar.

—No tienes tiempo para hacer mucho.

—No me quejo. Hago lo que me gusta durante gran parte del día.

—Sé de lo que hablas. —Me pasa un plato y me mira—. Puedo llevarme en una misión una semana y cuando llego a casa hasta añoro volver.

Mira, tenemos algo en común. La pasión por el trabajo.

Sonríó y él me pregunta a qué se debe mi sonrisa.

—Es agradable encontrar a alguien que comparta el amor por el trabajo.

—¿Te parezco agradable?

—No he dicho eso. No te emociones. Es solo que... Bueno, mi última pareja me dejó porque no le dedicaba mucho tiempo a nuestra relación.

—Ese tío era un cobarde.

—¿Quién dice que era un hombre?

Se encoge de hombros y sonrío. Yo lo hago con él y terminamos el trabajo entre algunas bromas. Al salir de la cocina, la percepción que tenía del teniente ha cambiado sustancialmente.

A petición de la anfitriona, preparo un poco de té y nos lo tomamos hablando de las películas que Ele protagonizó. Nos cuenta secretos de bambalinas y me sorprende la cantidad de amantes famosos que ha tenido.

—¿Cuál de sus bodas fue más especial? —pregunto.

—Todas fueron especiales, niña, pero a mi último marido fue al que más amé.

—¿Cuánto estuvisteis casado?

—Seis meses.

—¿Solo medio año? —Alzo las cejas, sorprendida.

Maddox nos observa sentado junto a mí en el sofá. Ele ha optado por uno de los individuales.

—¿Crees que porque duró poco fue menos intenso? Ese hombre era de todo menos tranquilo. Cualquier cosa la hacía con el corazón y luchaba hasta desfallecer.

—¿Cómo se llamaba?

—Elijah. Era un hombre de los pies a la cabeza.

—¿Y cómo se conocieron?

—Se encargaba de las luces en una de las últimas películas que rodé. ¿Cómo se llamaba? El amor es para siempre. Sí, esa. —Se da toquécitos en la sien—. Esta cabeza... Un día me invitó a cenar al salir de un rodaje y desde entonces no nos volvimos a separar. Murió dos años después de un ataque al corazón.

—Lo siento mucho, Ele...

—Estoy bien. Hace mucho de eso. Pero no lo he olvidado. Elijah me acompaña cada día. Por eso nunca me siento sola. Cuando el amor es de verdad nunca desaparece. Ni la muerte acaba con él.

Nos quedamos en silencio unos segundos hasta que Maddox le da también las condolencias y le pregunta si no volvió a enamorarse nunca.

Lo miro asombrada porque él pregunte eso.

—Tuve otros amantes. Pero mi corazón estaba ocupado y nadie me parecía lo suficientemente bueno como para habitar su lugar. Aún estoy enamorada de Elijah y sé que me esperará en la otra vida. —Habla con añoranza y entiendo por qué no temía que el avión se desplomara sobre la tierra. Le da igual morir porque está segura de que verá a Elijah cuando eso ocurra.

—Eso es muy bonito, Ele, pero muy triste al mismo tiempo —comento, con voz apagada.

—No lo he contado para ponerte triste. Fueron los dos años más felices de mi vida y, si volviera atrás, me volvería a casar con él. Fue un regalo que agradezco. Es mejor conocer el amor aunque te lo arrebaten pronto, a no sentirlo nunca.

Ayudo a Eleanor a acostarse y me despido de ella hasta otro día. Maddox se está poniendo la chaqueta de cuero en el salón con ese movimiento tan sensual que lo caracteriza. Es hipnotizador. Parpadeo varias veces y voy hasta mi abrigo, colgado muy cerca de él.

—¿Nos vamos?

Abre la puerta del piso y la cierra cuando yo la cruzo. Bajamos en el ascensor y me doy cuenta de que parece preocupado. El ceño fruncido y la mandíbula apretada me han dado las primeras pistas.

—¿Estás bien?

—Estaba pensado... —Alza el mentón y me mira—. Eleanor no debería estar sola. Necesita a alguien que la cuide todos los días.

Suspiro.

—Lo sé.

—Deberíamos ir a hablar con su sobrina.

Abro los ojos al escuchar su proposición.

—Piénsalo. Es su único familiar vivo y debería responsabilizarse de ella. Si la dichosa Mary no tiene tiempo para cumplir con su deber, le correspondería buscar a alguien que le hiciera la vida más fácil a su tía.

La idea cada vez me parece menos descabellada.

—¿Y cómo la encontramos?

—Tenemos su tarjeta.

—¿Te la quedaste?

Niega levemente con la cabeza y sonrío. Da dos pasos muy despacio hasta mí y puedo oler su perfume desde donde me encuentro, a pocos centímetros de su cuerpo. No entiendo qué hace, pero me pongo muy nerviosa y el corazón se me acelera. ¿Qué hace este hombre? ¿A qué viene esto ahora? ¿Va a besarme? ¿Quiero que lo haga? Trago con dificultad y abro unos milímetros la boca. Observo su mano que, a una lentitud pasmosa, se dirige hasta mi cintura, sin embargo..., antes de llegar a tocarme, la introduce en el bolsillo derecho de mi abrigo y saca la tarjeta para ponerla entre nosotros y enseñármela.

—¿Cómo sabías que estaba ahí?

—Ví cómo la guardabas.

- Eres muy observador.
- Me han adiestrado para serlo.
- Una caja de sorpresas...

MADDOX

En la calle hace un frío de mil demonios. Me abrocho la chaqueta e introduzco las manos en los bolsillos. Pronto empezará a nevar. Me encanta esta calle. Los árboles la convierten en un lugar de cuento, de esos con final feliz, y a la mente se me viene la sonrisa de Rachel y su voz diciéndome que todo saldrá bien.

—Pues ya concretamos el día para visitar a Mary —dice Arizona, casi tiritando, a mi lado.

La miro y la imagen de Rachel desaparece de mi cabeza. Se disuelve como el humo y me centro.

—No voy a dejar que te vayas a casa andando. Yo te llevo.

—No voy a ir andando. Cojo un taxi y Santas Pascuas.

—Insisto. Está a punto de nevar y tendrás que ir hasta la avenida para encontrar uno libre.

Se frota las manos una con la otra para tratar de templarlas mientras le hablo y, en una acción involuntaria, me acerco a ella, se las envuelvo con las mías, las llevo hasta mi boca y exhalo suavemente mi aliento sobre ellas. Arizona se queda mirándome sin inmutarse y me deja hacer.

—¿Mejor? —pregunto.

Ella asiente con la cabeza y se suelta muy poco a poco.

—Vamos, mi coche está aparcado ahí. —Señalo la carretera y camino a su lado.

Pongo la calefacción y suelta un gemido de satisfacción cuando en el interior comienza a subir la temperatura considerablemente.

La miro y sonrío. Llevaba razón cuando el primer día que nos conocimos me preguntó si me cobraban por sonreír. No soy de esos tipos que lo hacen a menudo. Al menos desde que todo sucedió. Antes sí solía reír, incluso a carcajadas, pero, aunque me diga que lo tengo superado, algo dentro de mí murió aquel día.

—¿Me indicas el camino?

—Lo haría si lo supiera —suelta, resuelta.

Me río. ¿Ves? Ella lo hace fácil.

—Cierto. Casi se me olvida que acabas de llegar a la gran ciudad. Al menos, sabrás la dirección.

Me la dicta de un tirón. Como esa lección que no consigues entender y te has aprendido de memoria.

Conduzco hasta allí sin prisas. No quiero tener que despedirme de ella aún. Y confieso que doy un rodeo para alargar el paseo. Detengo el coche frente a su edificio poco minutos después.

—¿Te apetece un café? Puedo aparcar y... hay una cafetería cerca.

—No puedo. El despertador suena a las cinco de la mañana.

—¿Tan temprano?

—¿A qué hora te levantas tú?

—Mañana no pienso hacerlo hasta las nueve.

—Suertudo. —Me da un golpecito en el brazo—. ¿No tienes que trabajar? No sé... Hacer lo que hace un teniente.

—Tengo el día libre. Investigaré a Mary y... —Me toco la nuca y dudo—. ¿Te parece si te

recojo por la tarde y vamos a visitarla?

—Ni siquiera sabemos si vive cerca.

—Su acento era de Nueva York.

—No sé a qué hora saldré mañana del hospital...

—Llámame cuando vayas a terminar y te recojo allí. —No acepta e insisto con disimulo en plan «no lo hago por verte, sino más bien por Eleanor»—. Ele necesita a alguien a su lado. No podemos posponerlo más tiempo.

Se lo piensa. Y mientras lo hace, se muerde el labio inferior, se mesa el pelo y suspira. Me doy cuenta entonces de las ganas que tengo de ser yo quien mordiera ese labio.

—Vale. Está bien. Llevas razón.

—Nos vemos mañana. —Casi le pido que salga del coche asustado por las imprevistas ganas de besarla.

—No sabes dónde trabajo. Ni siquiera tienes mi teléfono.

—Eh... —Alzo una ceja y ella me imita.

—¿Lo sabes?

—He investigado.

—¿Me has investigado? ¿Por qué? —Está sorprendida, pero no enfadada. Es más, parece divertirse.

—Ibas en ese avión. Eras una terrorista en potencia.

Suelta una carcajada y se tapa la boca.

—¡Eso no es cierto! ¿Yo una terrorista?

Me encojo de hombros y me hago el digno, como si realmente lo hubiera hecho por mi país.

—Sabes muchas cosas de mí. Demasiadas.

—Nunca se sabe demasiado de alguien.

—No es justo. No estamos en igualdad de condiciones.

—Para saber, solo tienes que preguntar —aseguro, pero hay cosas de las que no soy capaz de hablar.

—Lo haré, pero hoy no. Es tarde. —Agarra la manilla y se dispone a abrir—. Gracias por traerme. Ha sido... —Lo piensa.

—Agradable. —Termino por ella. Mejor agradable que pesado, aburrido o nada reseñable.

Observo cómo se pierde dentro del edificio y espero hasta que la puerta se cierra y está a salvo. La profesión la llevo por dentro y me es imposible no preocuparme por la gente, incluso la que no conozco de nada, pero... Arizona no es... Bah. Me toco los ojos. Ni siquiera sé lo que es. Me dispongo a acelerar, sin embargo, algo me lleva a sacar el móvil del bolsillo de mi chaqueta y escribirle un mensaje:

«Ahora ya sabes mi número. Espero que lo marques a menudo».

Pulso enviar, lo tiro en el asiento que antes ocupaba ella y acelero hasta llegar a mi apartamento, darme una ducha y tirarme sobre la cama con los ojos mirando el techo. Sé lo que va a ocurrir durante toda la noche y no me emociona. El insomnio que padezco desde hace cinco años no logro solucionarlo con nada. He probado todo tipo de tratamientos. No porque piense que las drogas legales son una buena opción, sino porque era eso o mi Comandante me mandaba a casita con una baja indefinida. Ahora finjo que duermo como un bebé y, por fortuna, mi falta de sueño no ha tenido consecuencias en mi trabajo.

Doy vueltas en la cama, refunfuño, golpeo la almohada, me levanto, voy hasta la cocina, bebo agua, camino por mi piso, miro por la ventana, vuelvo a mi dormitorio y dejo caer la espalda

sobre el colchón. Antes de cerrar los ojos casi al amanecer, veo su rostro tal y como lo vi por última vez. Sonriéndome desde la puerta.

Taylor me salva la vida por segunda vez esta mañana trayéndome café en uno de los descansos. Las primeras horas del turno han sido muy estresantes y las que vienen no presagian en absoluto ni la más mínima tranquilidad.

—Gracias. —Apoyo la cabeza en la pared y cierro los ojos—. Eres el ser más atento de este hospital.

—No me cuesta traer dos en vez de uno. Además, reconozco a un adicto a leguas. Mueres por este elixir. —Levanta su vaso de plástico y sonrío—. Los enganchados al café nos reconocemos. ¿Cuánto llevas metida en esta droga?

—Lo cierto es que me he aficionado cuando he llegado aquí. Antes me gustaba, pero no lo bebía a litros.

—Nueva York te empuja hasta las cloacas para después escupirte sobre el asfalto. O te acostumbras, o mueres aplastada, comida por las ratas o atropellada por algún taxi amarillo.

—Me gustan los taxis amarillos. —Le doy un sorbo—. Te llevan a adonde quieras.

—No te creas. Hay lugares de la ciudad vetados para ellos —afirma con voz intrigante.

—Eso suena a historia de gánsteres. Me encantaría escucharla, pero... —Miro el reloj—. Tenemos que volver. El doctor Davis nos espera en diagnóstico.

—Me gustaría poder decirle que se saque el palo del culo.

—¿A Kasey? —Abro los ojos y la boca y me río.

—Kasey Davis me saca de quicio.

Tiramos las tacitas en una papelera que hay en la esquina del pasillo.

—Pero si es agradable.

—Siempre que agradable sea sinónimo de engreído.

Suelto una carcajada.

—No es engreído. Solo sabe lo bien que se le da esto y lo respetado que es. Se puede ser agradable y engreído.

—¿En qué mundo? —Alza una ceja.

—En el de los médicos que salvan vidas.

—Contra eso no me queda más que cerrar el pico.

Volvemos a reírnos.

Pasamos la tarde entre pacientes y corriendo de habitación en habitación. Hoy no asisto en ninguna operación, pero hasta el trabajo más pesado me reconforta. Llamo a Maddox justo después de comer. Cuando descuelga, lo imagino serio, con el uniforme y unas gafas de sol que le quedan de vicio. Cierto que hoy estaba de descanso, pero las fantasías son propias y en la mía aparece tal y como lo vi el día que lo conocí.

—¿Has podido averiguar algo?

—Tus dudas me hieren —responde, y ahora sí reconozco que sus labios dibujan una pequeña, muy pequeña, sonrisa tras la línea.

—¿Y dónde vive Mary, Sherlock?

—Al norte de la ciudad. Podemos ir y volver si no salimos muy tarde.

—¿Y cómo sabes que estará en su casa?

—Eh... —Escucho un ruido y me aparto el teléfono de la oreja.

—¿Maddox?

—Perdona. Sí. Te lo cuento luego, ¿de acuerdo? Ahora tengo algo que hacer.

—Terminaré a las cinco.

—Allí estaré.

Me doy una ducha en los vestuarios y me pongo la ropa de calle. Taylor llama mi atención cuando estoy a punto de abandonar la habitación.

—Arizona, ¿te apetece salir a cenar?

Lo pienso. Lo pienso demasiado quiero decir. Tanto que él lo percibe como una negativa edulcorada. Y no es así.

—No puedo.

—Oh, vaya. —Se toca el cuello nervioso—. No esperaba...

—No, no, no. No quiero decir que no quiera. Quiero decir que no puedo. Eso, lo que he dicho. Exactamente eso.

—Yo... Eh...

—No puedo. Tengo que hacer algo, pero me encantaría quedar contigo otro día. Si tú estás de acuerdo, claro.

Sonríe y asiente.

—Me encantaría. ¿Te parece el viernes?

—El viernes es perfecto.

Aguanta la puerta que yo sostenía abierta y me pide que salga.

—Te acompaño fuera. Yo también tengo unas ganas horribles de salir de aquí —bromea.

—Ya, imagino tu sufrimiento... ¿Dónde has estado la última hora? Has desaparecido.

—La doctora Lennox me necesitaba. Yo hago lo que me ordenan.

—Sobre todo si es una cirujana atractiva. ¿Ella no es engreída?

—Por supuesto. Pero tiene una sonrisa muy bonita. Está perdonada.

Salimos del hospital y terminamos la charla junto a la carretera. Se me escapa que Maddox me espera apoyado en su coche con los brazos cruzados. Despido a Taylor con una sonrisa y un pequeño abrazo y le prometo que mañana seré yo quien lo invite a café en los descansos. Cuando levanto la mirada hacia la calzada, mis ojos se encuentran con los del teniente ya observándome. Camino hasta él y me detengo a unos palmos prudenciales de distancia.

—¿Llevas mucho esperando? —Me aparto el pelo de la frente.

—Unos minutos. —Se incorpora y cuadra los hombros. Supongo que es su postura de costumbre.

—Lo siento. La última visita se ha alargado demasiado.

—No te preocupes. ¿Nos vamos? No está cerca. Se nos hará de noche. —Me abre la puerta del copiloto y me invita a que entre. La cierra cuando me he acomodado. Él lo hace tras el volante.

—Esta es la dirección. —Me da su teléfono móvil con la aplicación de Google Maps abierta—. Tienes que indicarme.

—¿Me das tu teléfono? Depositaste demasiada confianza en mí.

—¿Por qué?

—A penas nos conocemos. ¿Y me dejas tu teléfono?

—No tengo nada que esconder. —Encoge los hombros.

—Eso es mentira. Todo el mundo esconde algo.

Observo que el gesto le cambia a uno mucho más sombrío, pero se recupera al instante.

—¿Sí? ¿Y qué escondes tú? —contraataca.

—No pienso decírtelo. Tendrás que averiguarlo.

Pongo algo de música y tras dos o tres canciones, bajo el volumen y le lanzo la pregunta que ya le hice cuando hablamos por teléfono.

—¿Y si Mary no está? ¿Has hablado con ella?

—Sí.

—¿Y? ¿Va a recibirnos sin más?

—Bueno... He cogido una cita.

—¿Una cita? ¿Le has pedido una cita? —Alzo una ceja. No entiendo nada.

—¿Crees que voy pidiendo citas a mujeres desconocidas? Podría ser... Yo qué sé. ¡Cualquier cosa!

—¿Cualquier cosa? ¿El teniente Maddox Lewis solo sale con modelos?

—¿Por qué dices eso?

—Vamos. Solo hay que verte. Seguro que todas tus novias son modelos de Victoria Secret. Suelta una carcajada.

—Verás... Pues parece que hoy he quedado con una cirujana —habla con seguridad.

—Esto no es una cita. Solo vamos a ayudar a una amiga.

—T tecnicismos... —susurra, y sigue conduciendo.

Me fijo en lo bien que le queda la camiseta, pegada a su pecho lo justo y necesario para marcarlo y resaltar su escultural cuerpo; las venas de su brazo, sus grandes manos, su cuello, su mandíbula cuadrada, esos labios jugosos...

—Te estás recreando.

—¿Qué? —¡Menuda pillada!

—No me quejo. Puedes seguir haciéndolo. Toca si quieres.

Pongo los ojos en blanco y pierdo la mirada al frente.

—He cogido una cita con Mary para ver una casa. Cree que somos una pareja de recién casados buscando un bonito hogar en el que criar a nuestros cinco hijos.

Abro la boca y me río.

—¿Cinco? —Encoje los hombros—. ¡Buena jugada!

Dos horas más tarde llegamos a un barrio de casas de lujo y muy familiar. Los jardines adornan las calles y los grandes árboles cubren el cielo, ya repleto de estrellas. Aparcamos delante de la casa que se supone vamos a ver.

—¿Cómo la has convencido para que nos la enseñe a estas horas? —La observo a través de la ventana del coche. Es enorme. Con paredes grises, unas diez ventanas blancas, dos pisos y un tercero que se levanta en forma de buhardilla.

—Somos dos personas muy ocupadas que no tienen tiempo para verla en otro horario.

—Y muy ricas.

Me desabrocho el cinturón de seguridad y salgo del auto.

Maddox llega a mi lado y me pregunta si estoy preparada.

—Recuerda, eres la señora Lewis.

Lo miro y sonrío.

—Ni en tus sueños.

Llamamos a la puerta y esperamos unos segundos hasta que una mujer, de unos cuarenta años, la abre y nos saluda con educación, mucha cortesía y una sonrisa falsa que detectamos ambos en un santiamén.

—Soy Mary Harris —Nos tiende la mano y se la estrechamos—. Pasad. Estáis en vuestra casa.

Nos adentramos en un salón inmenso, con una chimenea de piedra y paredes adornadas con unos cuadros muy modernos. No es muy de mi agrado. Tendré que decirle a mi marido de pega que no pienso comprarla.

Mary comienza a hablar y a indicar el número de habitaciones de la planta baja (¿tres? ¿abajo? ¿para qué?) y Maddox trata de interrumpirla antes de que los tres perdamos más el tiempo; sin embargo, ella, muy profesional, insiste en las posibilidades de esta gran casa y lo familiar y seguro que es el barrio.

—¿Tienen hijos?

—Sí —contesta él.

—No —respondo al unísono.

Mary frunce el ceño y nos mira como si fuéramos dos bichos raros.

—Está embarazada. —Me rodea con el brazo y me pega a él, mientras que con la otra mano me acaricia el vientre. Lo miro con la nariz arrugada y él finge una sonrisa—. Ya sabe. Mi mujer no quiere pensar aún en él como un bebé. Aún está de muy pocas semanas.

—¡Felicidades! Es una gran noticia. Seguro que irá todo bien.

—Gracias. —Le agarro la mano al teniente Lewis y la aparto de mi barriga.

—Cariño... —masculla—. No seas arisca. El embarazo la tiene un poco esquiva. Las hormonas...

Le doy un pisotón y él se queja.

—Sígueme. Les enseñaré la segunda planta.

Hago aspavientos con las manos, indicando a Maddox que termine ya con esta película.

—Disculpe, señorita Harris Lo cierto es que hemos venido hasta aquí para hablar con usted de algo importante.

Vuelve a mirarnos sin entendernos del todo. Debemos estar mareándola en demasía.

—La compra de una vivienda siempre es importante.

—No nos referimos a eso. Somos amigos de Eleanor, su tía —aclaro.

—¿Quieren decir que no van a comprar la casa?

—Verá... —Intento explicarme de nuevo.

—¿Van a comprarla o no? —Deja claro qué es lo único que le importa.

—No. Lo sentimos, pero era la única forma de que nos atendiera —manifiesta mi marido de pega hasta hace un segundo, o eso creo.

—¿Están diciéndome que les he hecho un hueco en mi apretada agenda para nada?

—No. Le estamos intentando explicar que su tía necesita ayuda y hemos cruzado medio estado para hacerle entender que debe hacer algo al respecto.

—Pero, ¿quién creen que son? —levanta el tono.

—Somos amigos de Eleanor y ella...

—¿Ella les ha enviado?

—No sabe que estamos aquí. Pero no se encuentra bien. No debe estar sola —insiste.

Nos mira durante unos segundos y... estalla.

—¡Váyanse ahora mismo de aquí o llamo a la policía! —Nos señala la puerta.

—No hace falta, mi marido es... —Lewis me tapa la boca con la mano y dispara la última bala.

—Por favor, señorita Harris. Tiene que hacer algo. Eleanor no puede manejarse sola. La necesita —declara él.

—Se marchan ya o pasarán la noche en un calabozo. ¿Cómo se atreven? —grita, completamente fuera de sí, sacando el teléfono de su bolso y marcando el número de emergencias. Abre un cajón de la cocina y saca un cuchillo.

—Pero... ¿Se ha vuelto loca? ¿No nos ha escuchado? —insisto, pero ella se lleva el móvil a la oreja y nos amenaza con la brillante hoja.

—Será mejor que nos larguemos de aquí, cariño. —Maddox me agarra del brazo y tira de mí.

—¡No! —trato de zafarme—. ¡Eleanor es su responsabilidad! —La apunto con el dedo.

—Vámonos... —musita, y me lleva hasta la calle.

—¿Qué haces? ¡Esa mujer está loca! —Lo empujo, para que me suelte.

—Por eso. ¿Quieres que encuentren nuestros cuerpos desmembrados mañana por la mañana?

—¡¿Qué?! ¡¿Te da miedo una mujer de cincuenta kilos, señor Teniente del ejército de los Estados Unidos?!

Su cara se ilumina.

—¡¡Con un cuchillo!! —Levanta las manos para dar énfasis al detalle.

Terminamos en carcajadas.

—Anda, volvamos antes de que salga y nos rebane el cuello. —Me agarra de la muñeca y tira de mí hacia el coche.

—Umm. Qué mono eres. Así asustadito.

Nos detenemos junto al coche, sonriendo.

—Te crees muy graciosa, ¿verdad? —Me hace cosquillas en los costados y me revuelvo. De repente, siento su cuerpo demasiado cerca del mío, mis manos se asen a sus dedos y levanto el mentón para toparme de frente con sus ojos claros, que se ensombrecen cuando chocan con los míos. Dejamos de reír y el ambiente se torna a uno denso. Sus manos dejan de cosquillarme para

acariciar mi cintura y su boca se abre unos milímetros. Mis ojos viajan hasta sus labios y escucho mi corazón acelerarse. Él se acerca muy lentamente...

—Deberíamos... Se hace tarde. —Termino con eso que está creándose alrededor de nosotros.

—Eh... —Duda—. Sí, será lo mejor. Nos quedan varias horas hasta Manhattan. —Da un paso hacia atrás y otros cuantos hasta la puerta del conductor.

Nos acomodamos dentro y Maddox se dispone a arrancar el coche, que ronronea como un gato enfadado y se para. Lo intenta varias veces hasta que masculla varios palabros malsonantes.

—¿Qué ocurre?

—No arranca.

—¿Qué significa eso?

—Está claro —replica, rudo y seco—. No arranca. —Da un golpe contra el volante.

—¡Oye! ¿Por qué te pones así?

—¡Joder! —farfulla.

—No es para tanto.

Se frota la cara y bufa.

—Mañana tengo unas maniobras muy temprano —se queja.

—¡Mierda! —Caigo en la cuenta de que yo también tengo que estar al alba en el hospital.

Mira su reloj de muñeca y suspira.

—Voy a llamar a la grúa. —Se baja del coche y cierra la puerta. Tras pensarlo unos segundos, lo sigo. Espero a que termine de hablar por teléfono y me detengo frente a él.

—Se está haciendo tarde. Deberíamos buscar un sitio para pasar la noche.

Levanta el cuello y respira hondo.

—Maddox, ¿puedes decirme por qué has cambiado en décimas de segundo de estado de ánimo? Lo estábamos pasando bien.

Él no contesta y cierra los ojos.

—Por la mañana temprano cogemos el tren. Ya volveremos a por el coche. —Le acaricio el brazo, pero él da un paso hacia atrás como si el gesto le hubiera molestado—. Pero...

—Está bien. Vayamos a algún hotel. —Coge su chaqueta y mi bolso de los asientos y cierra con el mando que contiene la llave.

—Toma. —Me lo tiende. ¿Qué le ocurre ahora? Lleva cinco minutos sin mirarme a los ojos.

Caminamos hasta un pequeño edificio de dos plantas en el que anuncian en un cartel de luces: Hostal Maison. Cruzamos las puertas y paramos delante de un mostrador de madera, tras el que se encuentra un joven que debe estar aún en el instituto. Nos saluda y nos pregunta en qué puede ayudarnos.

—Necesitamos dos habitaciones —explica él, con un tono de voz cansado.

—¿Para cuántas noches?

—Solo una. La dejaremos temprano.

El recepcionista con granos en la cara y pelusilla en el bigote observa su ordenador y teclea.

—Lo siento. Solo disponemos de una habitación en estos momentos. Pero es doble. Si la quieren, es toda suya.

—No lo entiende. Queremos dos habitaciones —reclama.

—No puedo hacer nada. Nuestro hotel está completo. —¿Completo? Supongo que se refiere a sus cinco habitaciones. No debe tener más—. Si lo desean, pueden preguntar en el Red Mund.

—¿Está muy lejos?

—En coche solo a diez minutos.

Maddox masculla y da un golpe con el puño sobre el mostrador que asusta al pobre muchacho.

—Vale, nos la quedamos —intervengo.

Lewis me mira casi tan sorprendido como yo.

—Necesito sus carnets de identidad y una tarjeta de crédito —pide.

Busco mi cartera y pongo mi identificación y mi tarjeta de crédito delante del chico, pero el Teniente se me ha adelantado.

—Yo pago.

—Pagamos a medias —aclaro.

El jovenzuelo se lía con eso del pago entre dos tarjetas y nos lanza varias miradas de reproche.

—Aquí tienen su llave. Primer piso, segunda puerta. ¿Les subo el equipaje?

—No, gracias.

El dormitorio es bastante pequeño y oscuro. Con una única luz que proviene de una lámpara sobre una de las dos mesitas de noche. ¿Y la cama? ¿A esto lo llaman habitación doble?

He estado en catres más anchos que... eso.

—Ahora vuelvo. —Arizona se dispone a pasar por mi lado y a perderse dentro del diminuto aseo.

—Voy a pedir algo de cenar.

—Sí, vale. —Cierra la puerta y me deja solo. Bufo y me revuelvo el pelo antes de tomar asiento sobre el colchón y refregarme los ojos. Hace semanas que no duermo más de una hora seguida y comienza a dolerme la cabeza. Joder. He dejado mis pastillas en la guantera del coche.

Busco en internet un restaurante que envíe pizzas a domicilio y marco el número. No me como demasiado el tarro, sobre todo porque está a punto de estallarme. Hago el pedido y tiro el teléfono a una esquina de la cama. El cansancio se me acumula en los hombros y los muevo haciendo círculos.

—Puedes entrar. —Arizona me interrumpe.

—He pedido pizza.

—Perfecto. —Habla pero no me mira a los ojos.

—Bajaré a recepción a por ellas.

No contesta y... me lo tengo merecido.

Me digo en silencio que soy un completo gilipollas al pagar mis frustraciones con Arizona. Debo aprender a controlarme de una jodida vez.

Me giro hacia ella y mis ojos van hasta su vientre semidesnudo que se asoma mientras se quita la camiseta por encima de los hombros.

Suspiro y meuevo espasmódicamente la cabeza.

—Arizona, siento lo de antes.

—No es necesario. —Dobla la prenda y la deja sobre una silla de madera oscura que adorna la esquina.

—Estoy seguro de que sí. No debería haberte hablado así.

—Llevas razón. No deberías haberme hablado de esa manera, pero... no importa. Ni siquiera somos amigos.

—¿Qué?

—Tú y yo casi ni nos conocemos. No tenemos nada en común.

—Arizona. —Me acerco a ella—. Estás enfadada. Supongo que me lo merezco, pero acepta mis disculpas y olvidémoslo. Suelo... Suelo meter la pata a veces.

Se lo piensa y me mira.

—Acepto tus disculpas —habla de manera sistemática y no me gusta.

Doy otro paso hacia ella.

—Hablo con sinceridad. Lo lamento —susurro.

—No vuelvas a hablarme así sin motivo —contesta en el mismo tono.

Sonrío con tristeza.

—Te lo prometo.

Espero poder cumplir mi promesa.

Bajo a por la cena y me encuentro al chico de recepción babeando el teclado. Está completamente dormido. Le doy propina al repartidor y vuelvo al dormitorio con la caja en las manos. Arizona está tumbada en un lado de la cama, siendo obvio que cuenta con que yo ocupe la otra parte, sin embargo... De repente, todavía me parece más diminuta la jodida cama y, a riesgo de parecer un cerdo (y no niego que en ocasiones lo soy), la polla me da una pequeña sacudida cuando se piensa tan cerca de ella durante toda una noche.

Ufff, refunfuño para mí.

«Tranquilo, máquina», me digo.

Pongo la comida en el centro de la cama y tomo asiento frente a ella, que se incorpora.

—¿De qué es?

—Peperoni y doble de queso. Espero que te guste el queso.

—Me encanta el queso. —Se lleva un trozo a la boca, da un mordisco y lo saborea.

Gimotea de placer y cierra los ojos.

Se dibuja en mi rostro esa sonrisa que solo ella provoca.

—Tenías mucha hambre.

—Mucha. —Explica ante mis cejas arqueadas.

—No cabe lugar a dudas. —Saca su lengua y bordea con ella sus labios, limpiándolos.

—Espera. —Llevo mis dedos hasta la comisura y le quito una gota de tomate—. Tienes aquí... —Se lo enseño y... me lo llevo a la boca para chuparlo. Ella se me queda mirando durante unos segundos, hasta que decide dejarlo pasar y termina con otras tres porciones.

Dejo la caja sobre un escritorio pegado a la pared y ella va a lavarse los dientes al baño. Espero a que salga y la relevo. Mientras refriego mi dentadura me repito que no puedo besarla, básicamente porque Arizona dejó claro que no quiere ningún tipo de relación conmigo y besar incluye una relación aunque sea sexual y esporádica. Cuando llego de nuevo a mi lado de la cama, me hago con una almohada y la tiro al suelo. Es la decisión más acertada. No quiero saltar sobre ella como un león sobre su presa.

Pero a una cosa sí que no puedo renunciar. Si voy a dormir poco o nada, mejor hacerlo sin camiseta. Odio la ropa pegada a mi cuerpo durante la madrugada.

—¿Te importa que me quite la camiseta?

—Adelante. Pero... ¿qué haces?

—No puedo dormir con... —trato de explicarme.

—Me refiero a por qué has tirado la almohada al suelo.

—No quiero molestarte. La cama es demasiado pequeña para los dos. —En realidad lo hago por mí y por mi polla. No quiero que me explote dentro de los pantalones. Parezco un estudiante de secundaria en su primer viaje con los compañeros de clase.

—No digas estupideces. —Da dos golpecitos sobre el colchón—. Anda, acuéstate. Mañana tenemos que levantarnos muy temprano. Solo tenemos unas horas.

Unas horas para mirar el techo... Y la polla reventándose dentro.

Recojo la almohada y la coloco en su lugar original. Retiro la colcha y me tumbo boca arriba y con los brazos cruzados en la cabeza. No le ha costado mucho convencerme, pero es que la idea de pasar la noche a su lado, he de reconocer, se me antoja interesante.

—Buenas noches —susurra. Apaga la lamparita de la mesita y nos quedamos a oscuras. Solo la poca luz que atraviesa la cortina que esconde la ventana nos ilumina.

—Buenas noches —musito.

Se acomoda, dándome la espalda y se relaja.

«Esto está bien», pienso, hasta que un minuto después, gira su cuerpo y me mira.

—¿Qué vamos a hacer con Eleanor? —dice, con tono de preocupación.

—No lo sé —respondo, sincero.

—Tal vez... Tal vez podamos cuidar de ella entre los dos. Podemos turnarnos. Lo hemos hecho hasta ahora.

—No podemos, Arizona. Tú pasas días enteros en el hospital y yo... Yo tengo demasiadas responsabilidades. Y paso semanas enteras fuera de la ciudad. Hasta ahora solo he tenido suerte.

—Pero...

Le acaricio el cuello y el mentón. La luz de la luna le da un color muy especial a su piel y me dan ganas de besarla... Más ganas...

—Tú eres así. Te conozco aunque no lo creas. Quieres ayudar a Eleanor a pesar de todo, pero no podemos. Tenemos que buscar otra solución —manifiesto, sin poder dejar de mirar su rostro, cada vez más afligido—. Deja de preocuparte. Duerme un poco. Encontraremos la manera de que Eleanor esté cuidada. No vamos a abandonarla.

Me regala una sonrisa entre nerviosa y satisfecha.

Acerca el rostro al mío y deja un beso muy suave sobre mi mejilla. Huele a jabón y a un perfume afrutado. En contra de lo que esperaba, no se separa al instante, sino que su nariz roza la mía y sus labios se detienen a escasos milímetros de los míos. Nos miramos, nuestras respiraciones se aceleran y se entremezclan en ese diminuto espacio. Me muevo hacia delante, muy despacio, y desdibujé el centímetro que nos separa hasta que mi boca acaricia la suya, caliente y húmeda. Un escalofrío me recorre el cuerpo y... esa sensación tan familiar pero que hacía años que no sentía, me vuelve loco, el pensamiento racional me abandona y una bruma muy espesa y oscura se apodera de mi mente. Le rodeo el cuello con ímpetu y la atraigo más hacia mí para poder introducir mi lengua en su boca y enredarla con la suya. Mi jadeo es reflejo de su jadeo y, con rapidez y destreza, giro mi cuerpo y me coloco sobre ella. Sus manos recorren mi torso desnudo y las mías le aprietan los muslos y las nalgas. Sin dejar de besarme, Arizona se deshace de su camiseta de tirantas y me enseña el sujetador de encaje verde. Mis dientes van hasta sus pechos, de tamaño mediano y redondos, y le muerdo los pezones. Ella gime y se retuerce bajo mi cuerpo. Abre las piernas por completo para dejarme hueco entre ellas y refriego mi paquete encerrado en los pantalones contra sus braguitas. Ella también se mueve en busca de más fricción. Mi erección demanda escapar de su encierro y ella se presenta voluntaria para abrir las puertas de su cárcel. Desabrocha los botones de mis vaqueros y yo me los bajo con mucha diligencia, llevándome los calzoncillos y tirándolos sobre la moqueta marrón. Arizona se me queda mirando y abre la boca respirando con dificultad. Agarro sus braguitas por los elásticos y tiro de ella hacia abajo. Observo su sexo durante unos segundos hasta que ella cierra las piernas y me priva del espectáculo. Busco su boca con mi boca y la beso.

—Déjame probarte... —le suplico.

—No...

—Tú solo... disfruta... —Dibujé un reguero de besos por toda su piel, desde la mandíbula hasta su monte de venus y me entretengo en los alrededores de su sexo hasta que me suplica entre gemidos que acabe ya con este suplico. Le lamo entera con la punta de mi lengua y la saboreo. Ella grita y me pide más. Mucho más.

—Más, más, más...

La chupo. La toco. Juego. Hasta que sus chillidos se multiplican y convulsiona de placer. Sigo durante un minuto hasta que noto que su cuerpo se relaja, pero no estoy dispuesto a darle

tregua. Busco un condón de mi cartera, lo abro con la boca y lo coloco con premura.

Ver cómo desliza el preservativo por su miembro mientras los últimos coletazos del orgasmo aún me recorren de arriba abajo me colocan de nuevo en el punto de salida. Maddox muerde su labio inferior con los dientes y me lanza una mirada lasciva que termina de derretirme. Agacha el torso, pone una mano junto a mi mejilla y con la otra dirige su pene erecto hasta la entrada de mi vagina. Traga con dificultad mientras se abre hueco dentro de mí y ruga al llegar al final.

—Joder, Arizona. Aprietas...

Llevo mis manos hasta su cabello y enredo mis dedos en ellos. Lo atraigo a mi boca y muerdo sus labios para gemir yo también al notarlos salir y entrar y por primera vez.

Él repite el movimiento con mucha parsimonia y se detiene para agarrar mi nuca con una de sus manos mientras que con la otra sigue aguantando su cuerpo.

—Eres preciosa —gime sobre mi boca sin dejar de entrar y salir, de entrar y salir—. Tus pechos... —Lleva la lengua hasta ellos y los chupa y los lame con regocijo al escuchar mi placer a través de mis cuerdas vocales.

—Maddox..., Maddox...

—¿Qué, pequeña?

—Más rápido, más rápido...

Me abre las piernas con las suyas, se incorpora unos centímetros, apoya las manos sobre el colchón a los lados de mi cabeza y coge un ritmo acelerado que me transporta a otro mundo: al mundo de los orgasmos múltiples y desenfrenados, de los que te dejan desmadrada sobre las sábanas.

Maddox se acuesta a mi lado tras llegar del baño y me rodea con el brazo.

—¿Todo bien?

—Sí, bien... —respondo antes de perder la consciencia.

El trayecto en el tren lo hago dormida. Maddox me despierta al llegar a Manhattan y me da la mano para bajar del vagón. Ese acto tan íntimo me pone nerviosa y recuerdo (aunque no es que lo haya olvidado) lo que pasó anoche y de lo que ninguno de los dos se ha atrevido a hablar. Nos detenemos al final del andén y me pregunta si quiero que me acompañe.

—No, no. No sé llegar, pero sé la dirección. Se la daré al taxista.

—Como prefieras. —Sonríe, se mete la mano en los bolsillos y se mueve.

—Me voy. Ya... Ya nos veremos...

—Esto... Quería decirte algo. Respecto a lo de anoche... —No me gusta el tono. Sé cómo sigue esa frase y no me gustaría escucharlo.

—Oh, sí. Anoche. Estuvo bien, pero no creas que espero nada. —Niego con la cabeza.

Él arruga el ceño y asiente.

—No esperas nada —me parafrasea.

Miro el reloj.

—Tengo que irme. Ya... Ya nos veremos. —Me giro. Él me agarra de la muñeca y me detiene. Nuestros ojos se observan durante unos segundos, hasta que me suelta y desaparezo.

Entro en el vestuario del hospital y tomo asiento sobre el banco de madera al terminar de cambiarme. Taylor lo hace unos segundos después y me pregunta qué me pasa.

—He tenido un noche complicada.

—¿Fiesta?

—No exactamente. —De repente, a mi cabeza vienen imágenes de la madrugada: las manos de Maddox sobre mi piel, su boca, su lengua, sus dientes... Su pelvis empujando entre mis piernas... Bufo.

—Vamos, ese cuerpo necesita cafeína. —Me agarra de las manos y me lleva hasta la máquina de *vending*.

—Eres muy amable conmigo. —Apoyo la cabeza en la pared.

—Solo lo hago con fines de lucro. Pretendo que salgas conmigo mañana, ¿recuerdas?

Sonrío. Es cierto. Lo había olvidado.

Nos tomamos el café de camino a la sala de reuniones y nos encontramos con todos los compañeros. La mañana pasa rápido. De camino a mi apartamento me paso por casa de Eleanor y me aseguro de que está bien. Le llevo un poco de fruta y le preparo la cena antes de irme. Necesito descansar. Me como la mía tumbada en el sofá con música de fondo. Se me pasa por la cabeza llamar a Maddox y preguntarle si se le ha ocurrido alguna idea para ayudar a Eleanor, pero la borro de mi cabeza al instante al recordar lo ocurrido la noche anterior. No quiero darle demasiada importancia, pero fue tan brutal la conexión entre los dos en la cama que se me ponen los vellos de punta solo de pensarlo. Suspiro y, sin controlarlo, froto mis muslos uno contra el otro y un hormigueo sube hasta mi estómago. En ese momento, suena el timbre de casa. ¿Quién puede ser a estas horas? A esta hora o a cualquiera. Nadie sabe dónde vivo.

Me levanto y camino descalza y un camisón a mirar a través de la mirilla. Será el casero en busca de su paquete de tabaco, que no he comprado, por cierto.

Acierito de lleno y es el casero el que me mira con cara de agobio y unas cuantas gotas de sudor cayéndole sobre la frente. Lleva un martillo enorme asido con una mano mientras que con la otra se aparta cuatro pelos de la frente.

—Buenas noches, señorita. Disculpe la hora. Solo vengo a informarla de que mañana cortarán el agua del edificio a las siete de la mañana.

—¿Y a qué hora volverá? —pregunto, semiescondida tras la puerta y muy desconcertada con la noticia.

—No estoy muy seguro. Cuando arreglen la tubería. Yo lo he intentado, pero... —Bufa—. Me han asegurado que estará antes de las once.

—Las once de la mañana está bien.

—De la noche, señorita. La rotura es grave. Lo siento. —Lamenta ante mi cara de desagrado.

Mañana salgo a cenar con Taylor y debería darme una ducha después de pasar doce horas en el hospital. Y quería dármele en casa.

Bufff.

—De acuerdo. No se preocupe. —Lo despido con un adiós muy educado y cierro la puerta con llave, pero el timbre vuelve a sonar cuando aún no me he tirado en el sofá.

Miro de nuevo el reloj de mi muñeca y arrugo el entrecejo. ¿Otra vez el casero? ¿Se le habrá olvidado decirme algo? ¿Van a cortar también la luz? ¿Por qué no elegí el otro piso?

Observo por la mirilla y una melena morena cae sobre unos hombros delgados y pequeños. No puede ser.

—¡Sorpresa! —grita mi amiga Mely sobre el felpudo cuando abro la puerta y la miro con la boca convertida en un círculo perfecto.

—Pero... ¿qué haces aquí?

—¡He venido a verte! —Me da un abrazo.

—¿Desde Colorado?

Encoge los hombros y pasamos al salón.

—¿Qué pasada de piso te has alquilado! —comenta, mientras observa todas las paredes.

—¿Por qué no me has avisado?

—Quería darte una sorpresa. ¡Qué pasada de suelo! —Se quita los zapatos y se pone cómoda.

—¿Has cenado? ¿Tienes hambre? ¿Cuándo ha llegado tu avión?

—He comido algo de camino. ¡Pero si tienes cocina! —parece emocionada—. ¿Haces tu propia comida?

—Como en el hospital.

—Ya decía yo... ¿Adónde voy a dormir?

—Solo tengo una cama, pero es grande.

—Puedo dormir en el sofá. Parece muy cómodo.

—Claro que no. Dormimos juntas. Ya lo hemos hecho otras veces.

—¡Muchas veces!

—¿Cuánto piensas quedarte? —No es que me importe el tiempo que vaya a estar conmigo,

pero sería todo un detalle que me lo dijera.

—¿Estos muebles los has comprado tú o ya estaban aquí?

Está eludiendo mis preguntas.

—Algunos estaban, otros los he comprado yo. ¿Nos tomamos algo? ¿Un té?

—Un té me vendría muy bien.

—Está bien. Siéntate. Lo preparo en cinco minutos. —Un té es la excusa perfecta para sonsacarle qué le ha ocurrido.

Cuando vuelvo al salón con las dos tacitas, una en cada mano, Mely duerme plácidamente sobre el sofá. No trato de despertarla. Mi sexto sentido, el que tiene un olfato sobrenatural para entender a las amigas que acuden a ti huyendo de un problema pero que no te lo cuentan por vete tú a saber qué razón, me dice que a Mely le ocurre algo y por eso ha decidido visitarme. Así que, en lugar de zandearla y obligarla a contarme lo que ocurre, la cubro con una manta y me dirijo a mi cama. Dejaré que sea ella la que se abra a mí. Sé que tarde o temprano lo hará, la conozco a la perfección.

Mi amiga sigue estando en la misma postura cuando salgo por la mañana temprano a trabajar. Ni se ha movido. Le dejo una nota sobre la mesita del salón indicándole dónde está el café. «Volveré a las siete», termino, y me marcho con prisas porque, si no corro, voy a llegar bastante tarde. Recuerdo que no le he dicho que no habrá agua en todo el día mientras atiendo a un paciente con el doctor Davis. Me propongo enviarle un mensaje al móvil en cuanto me quede sola, pero eso no ocurre en todo el día. Lo otro que tampoco ocurre es una conversación con Taylor avisándole de que tenemos que posponer nuestra cena para otro día porque mi amiga de toda la vida ha venido a visitarme de manera imprevista y con algún secreto oculto que aún no se ha atrevido a contar y me necesita.

Al final de la tarde, salgo del hospital y, en contra de lo que esperaba, la calle parece, de pronto, el camerino de los hermanos Marx.

Vamos por partes.

Me pongo el abrigo para disponerme a ir caminando a casa, pero cojo el móvil para llamar a Mely y preguntarle qué ha hecho sin agua durante todo el día.

—Arizona. —Una voz conocida me llama.

Taylor viene hacia mí dando grandes pasos.

—¡Ey!

—¿Preparada? —pregunta con una gran sonrisa, reflejo de la mía hasta que recuerdo que habíamos quedado y no lo he anulado. El ceño se me va arrugando hasta que casi gimo—. ¿Qué ocurre?

—Oh, Taylor, lo siento mucho. Debería de habértelo dicho antes. Ha venido una amiga a visitarme y no puedo salir hoy contigo.

—Vaya... —Se rasca la cabeza.

—Lo lamento. Espero que no tuvieras reserva en algún sitio importante.

—En... No. Íbamos a comer burritos y enchilada.

—¿Lo dejamos para la próxima semana? Me encantaría salir contigo. —Mi declaración consigue dibujar en su cara de nuevo esa gran sonrisa.

—La semana que viene está bien. ¿El martes?

—Perfecto.

—El martes entonces. —Mira su reloj—. En fin, no tengo nada que hacer hasta el martes, si quieres, te acompaño a casa. —Nos reímos.

—Me encantaría. —Doy un paso a la derecha—. Vivo por ahí. —Señalo el lugar por dónde deberíamos caminar, pero mi dedo se topa con el pecho del teniente Lewis.

—Eh... Hola.

—Buenas noches —contesta él.

—Hola —repito, sorprendida—. ¿Qué haces aquí?

—Pensé... —comienza a explicarse.

—¿Habíamos quedado? —lo interrumpo, nerviosa. ¿Se me ha podido olvidar algo así?

—No. Solo creí que podríamos hablar.

Un breve silencio se instala entre los dos, quiero decir entre los tres, porque Taylor sigue a nuestro lado.

—¿No nos presentas? —Es este el que habla.

—Sí, sí. Doctor García, teniente Lewis. Teniente Lewis, el doctor García. —Ale, listo. ¿Podemos terminar con esto ya?

Ni siquiera se dan un apretón de manos. Solo se observan con fingido agrado.

—Entonces... ¿Nos vamos? —Insiste Taylor.

Maddox me mira, respira y cuadra los hombros de una manera casi imperceptible que solo veo yo.

—Yo puedo acompañarla —se ofrece el teniente.

—Supongo, pero iba a hacerlo yo —contesta el doctor.

Recuerdo que Eleanor aún nos necesita y que tal vez ha ocurrido algo y decido con quién pasar la siguiente hora.

—Taylor, está bien. Nos vemos mañana, ¿de acuerdo? El teniente Lewis y yo debemos hacer... algo. —No sé ni quiero explicarme.

Maddox lo mira con el mentón levantado y con un inaudito aire de superioridad. Suspiro ante su reacción y despido a mi amigo y compañero hasta la mañana próxima.

Giro mi cuerpo hasta quedar de frente al teniente, que lo observa con una sonrisilla muy suficiente.

Cruzo los brazos y arqueo las cejas.

—¿Qué haces? —le reprocho.

Lleva sus pupilas hasta las mías.

—Trato de hablar contigo. Creo que deberíamos ir a ver a Eleanor.

—No me refiero a eso... —Voy a explicarme, pero recapacito y opto por no meterme en camisa de once varas—. Estuve anoche con ella. Está bien.

—La he llamado un par de veces y no me ha cogido el teléfono. Iba a pasarme por su casa.

—Eleanor no suele hacer mucho caso al móvil.

—¡Ari! ¡Arizona! —grita Mely a unos metros—. Hola —habla casi sin aire—. Creí que no te pillaría.

—¿De dónde vienes?

—De... —Inspira—. Tu casa.

—¿Corriendo?

—Casi. —Se toca el pecho—. Tenemos un problema.

—¿Un problema?

—No tenemos agua. Nada. No hay agua. —Le pone énfasis haciendo aspavientos con las manos.

—Sí, ya. Debería habértelo dicho.

—¿Lo sabías?

- Sí... Se ha roto una tubería del edificio.
—¿Y cuándo podré ducharme?
—Tal vez a media noche.
—¿Tan tarde? —Constríñe el gesto.
—Lo siento.
—Podéis ducharos en mi casa —propone Maddox.

Maddox acaba de proponernos que nos duchemos en su casa y yo me he quedado de piedra con el ofrecimiento. Sería un alivio poder darnos una ducha de agua calentita, pero ¿en su casa? No sé...

En ese momento, Mely se percata de su presencia y lo mira. Va abriendo la boca y los ojos conforme el imponente físico del teniente impacta en ella. Entiendo tanto su reacción...

—¿Y tú quién eres?

—Soy Maddox. —Le ofrece la mano.

Mely se la estrecha durante más tiempo del recomendado.

—Perdona, Mely. Maddox, ella es mi amiga Melyssa. Nos conocemos desde pequeña. Mely, él es el teniente Maddox Lewis.

—¿Teniente? ¿Desde cuándo os conocéis? —nos pregunta ella.

—Es... complicado —indico yo.

—Mmm. Eso parece una historia interesante. —Achina los ojos.

—No lo es. —Freno su desfasada imaginación—. Vámonos a casa. Con suerte, el agua volverá antes de lo esperado.

—Podéis venir a mi casa y daros una ducha —propone Maddox ante mi cara de estupefacción.

—No es necesario. —Me niego.

—¡Claro que lo es! ¡Necesito una ducha! No me ducho desde Colorado.

—Mely..., no podemos.

—¿Por qué? —Arruga la cara. A continuación lo mira a él y le pregunta si tiene agua caliente.

—Por supuesto.

—¿Lo ves? —Vuelve a dirigirse a mí—. ¿Cuál es tu problema? Yo quiero darme una ducha de agua calentita.

Suspiro.

—De acuerdo. Aceptamos tu propuesta —enuncio, y observo la cara de regocijo del teniente.

Mely sonrío y se relaja y me da las gracias sin pronunciar palabra, solo gesticulando con la boca.

—Tengo el coche por aquí. —Nos señala el final de la calle.

El trayecto lo hacemos casi en silencio, al menos yo, que voy pensando en lo que han cambiado mis planes para esta noche. Maddox y Mely hablan sobre música mientras mi mirada persigue las luces de la noche neoyorkina. Voy tan abstraída que ni siquiera me percato de adónde hemos llegado.

Maddox abre el piso con la llave y nos invita a pasar antes de hacerlo él. Es grande, está impecablemente recogido y limpio y, aunque acogedor, da la sensación de que le falta ese toque propio para convertirlo en un hogar. No sabría decir qué es lo que añoro, pero la ausencia de ese algo desconocido llega a abstraerme tanto que es el teniente el que tiene que sacarme de mi ensimismamiento.

—Arizona. Puedes darme el bolso y ponerte cómoda.

—¿Qué? —Mi mirada se encuentra con la suya y con su cuerpo definido debajo de una

camiseta blanca de manga larga que le queda pegada al torso. Me obligo a despegar la vista de esa zona—. Sí. —Se lo doy y lo cuelga de un aplique de la pared—. ¿Y Mely?

—Está ya en el cuarto de baño. Has estado...

En ese preciso momento caigo en lo que falta, en la ausencia, en eso que no está, en la cosa que no deja que este bonito piso sea un hogar.

—Fotografías. No tienes ninguna fotografía.

Su semblante relajado (a pesar de tener a casi dos desconocidas en su casa para invadir todo su espacio, incluso el del baño) se torna rígido y blanquecino grisáceo ante mi revelación.

—No paso aquí mucho tiempo. —Sigue con su explicación ante mi silencio—. Estoy mucho de maniobras y, además, no me gustan.

—¿Qué querías hablar conmigo? —Ahora soy yo la que me explico ante otro silencio: el suyo—. Sobre Eleanor. ¿Has pensado qué vamos a hacer?

—He vuelto a llamar a su sobrina. Me he disculpado por lo de la otra... noche. —Carraspea. Y yo casi me atraganto con mi propia saliva. «Por lo de la otra noche»..., no es la discusión y malentendido con Mary lo que aparece en nuestras mentes, lo sé—. Le he pedido que busque alguien de confianza que venga a ayudar a Eleanor todos los días.

—¿Y qué ha dicho?

—Me ha prometido que lo hará.

—¿Así? ¿Tan fácil? ¿La otra noche casi nos mata y ahora claudica sin rechistar? Algo no me cuadra.

—La he amenazado con denunciarla por abandono familiar. Aceptó al instante.

—Vaya con el teniente. No se anda con chiquitas. —Medio bromeo.

—No me gustan las injusticias.

—Y realmente te preocupas y quieres ayudarla —musito.

Él asiente y me observa con cautela. El ambiente se densa y noto su peso sobre los hombros. No puedo evitar que mis ojos vayan hasta sus labios como un imán atraído por el hierro y que los suyos recorran el mismo camino. Solo nos separan un par de palmos y el latir de su corazón llega hasta mis oídos empujados, además, por el silencio de un salón sin fotografías familiares.

—Lo que ocurrió la otra noche... —se dispone a comentar nuestra noche de lujuria cuando Mely sale del baño y nos interrumpe.

—¡Lista! —Aparece en el salón pero ninguno de los dos la miramos hasta que no transcurren unos segundos. Tal vez nos negamos a deshacer eso que comenzaba de nuevo a crearse entre los dos y que había desaparecido desde entonces (o que habíamos escondido bajo una montaña de responsabilidades como el trabajo o Eleanor)—. Me encanta tu ducha. Es como si te desnudaras bajo la lluvia. —Es una de estas palabras la que nos desconcentra. Desnudarse. El cuerpo sin sombras, sin esconder, sin amarres. Solo piel. Piel con piel. Su piel con la mía—. Tienes que probarla, Ari, es lo más. —Me arenga mi amiga.

—Te indico dónde están las toallas.

Sigo a Maddox hasta el baño y saca un par de toallas de un mueble de madera tallada muy bonito.

—¿Decoraste tú la casa?

Niega con la cabeza y se dispone a marcharse.

—Gracias.

Me quedo sola y me meto bajo el agua. Mely lleva razón y siento las gotas deslizarse por mi cuerpo como si cayeran del cielo. Cierro los ojos y despejo la mente durante al menos dos minutos, pero son sus manos, las del teniente, las que me despiertan de la realidad y me invocan

sueños eróticos y muy húmedos dentro de la bañera. Cabeceo justo antes de perder completamente la cabeza. Salgo y me cubro con la toalla.

—Eleanor no coge el teléfono —me indica, con este en una mano y la otra perdida entre su cabello.

Está de pie bajo en vano de la puerta de la cocina y... ese vaquero y esa camiseta le quedan de muerte, por cierto.

—Tal vez sea un poco tarde. —Voy hasta mi bolso y busco el cepillo de dientes que me he acostumbrado a llevar siempre desde hace un par de días (por si las moscas).

—O tal vez le ha pasado algo.

—Estás un poco paranoico.

Bufa. Lo piensa. Suspira.

Y insiste.

—Creo que le ha podido ocurrir algo. Voy a pasarme por su apartamento. —Deja el teléfono sobre una mesa, se pone el abrigo y guarda el móvil en uno de los bolsillos interiores.

—Voy contigo.

—No es necesario. Puedo ir solo —suelta con brusquedad.

—Quiero hacerlo —contesto en el mismo tono. Él se da cuenta y me pide disculpas.

—Lo he vuelto a hacer —destaca en un tono bañado de culpabilidad y arrepentimiento.

—Si te refieres a hablarme mal sin razón, sí.

Hincha el pecho y da un paso hasta mí.

—Lo siento, otra vez.

—Está bien. Otra vez. —Recalco la última frase—. Voy contigo a ver a Eleanor, pero debería secarme el pelo. Fuera está casi nevando. ¿Tienes, por casualidad, un secador? —pregunto, observando su cabellera, de solo unos centímetros de largo.

—No. —Traga con dificultad como si contestar a la pregunta pudiera compararse con comer piedras afiladas.

—Espero que no te importe. He encontrado esto en el armario del pasillo —dice Mely con un secador en una mano. Alzo las cejas reprochándole que registrara la casa—. Estaba la puerta abierta. Solo... He pensado que no te importaría. Fuera está a punto de nevar. —Se excusa y desaparece en el cuarto de baño.

—Lo siento. No es así en realidad. Parece nerviosa desde que llegó a Nueva York.

No contesta. Solo aprieta la mandíbula y pierde la mirada en el fondo del pasillo.

—¡Eh! ¿Estás bien? —Le agarro del brazo y lo zarandeo con cuidado. Se ha quedado helado.

Parpadea en varias ocasiones y menea la cabeza. Me mira y me mira.

—Parece que tenías secador. Vóy... voy a secarme el pelo y nos vamos.

Dejamos a Mely en mi apartamento de camino a casa de Eleanor. Le he preguntado si nos acompañaba, pero ha preferido “ver una película y comer palomitas”, y entrecomillo la frase porque ella lo ha hecho físicamente hablando y ha acompañado el gesto con una sonrisilla que no me ha hecho demasiada gracia. Está claro que ha rechazado la oferta porque desea que pase algo entre nosotros dos y, dejándonos solos, tal vez sea más factible. Lo que no sabe es que ya ocurrió y parece ser que no volverá a ocurrir.

Maddox espera a que Mely entre en el edificio para acelerar y enfilarse la calle. Me lo quedo mirando y pensando, hasta que...

—No te has ido... —musito—. Has esperado hasta que Melyssa ha entrado y la puerta se ha cerrado. —Él sigue sin contestar—. Conmigo también lo has hecho. Lo haces siempre.

—La profesión se lleva por dentro. —Es su única explicación.

—Velas por los demás. Eso está bien.

—Supongo...

—Te preocupas. Y... —cambio de tema—, tenías secador. ¿Por qué me has dicho que no?

—No lo recordaba.

Me muerdo el carrillo y dejo de indagar. Algo me dice que esconde muchas cosas. Que calla por convencimiento, porque algo en su interior le grita que es mejor guardarlo todo que dar explicaciones a quien podría sacarlo sin esperar consentimiento.

Aparca el coche bajo un frondoso árbol con ramas tan altas que casi llegan a las estrellas. El cielo oscuro cae sobre nuestras cabezas iluminadas con las farolas de hierro que ocupan toda la calle y ambas aceras. El asfalto gris, cubierto por unos copos de nieve que casi se disuelven a nuestros pies y el sonido del tráfico en la lejanía, un par de manzanas más a lo lejos.

Cerramos las puertas casi al unísono y miro hacia arriba; buscando un haz de luz en una de las ventanas, un hilo de vida, un poco de música de un vinilo gastado de Elvis. Quizás el sonido remoto de su risa.

—Estará bien —digo para mí. Y lo digo para convencerme; porque jamás me perdonaría que a Eleanor le ocurriera algo estando sola.

Sé que Maddox me ha escuchado, pero solo camina hasta la puerta del edificio y me mira, esperando a que mis pies se muevan en su dirección. Cuando lo hacen, algo ha cambiado, como si de repente todo hubiera perdido el color. Él me agarra de la mano, mis ojos buscan los suyos y los encuentran y el calor de sus dedos, largos y robustos, envuelven los míos, reconfortándome.

—Buenas noches, ¿puedo ayudarles en algo? —se dirige a nosotros el portero. Pero no el de siempre. A este no lo conocemos.

—Venimos a ver a Eleanor.

El portero se levanta y sonríe.

—La señora Harris no espera visita hoy.

—No sabe que estamos aquí —replica Maddox.

—Si la visita no está autorizada, no les puedo dejar pasar. Normas del edificio.

—Mire... —Se acerca a él para leer su placa—... Frank. Somos amigos de Eleanor y estamos preocupados por ella, vamos a subir a su apartamento ahora.

—Me temo que eso es imposible. Si no tengo sus nombre anotados en esta libreta, no pueden... —De repente, Maddox da un paso hacia el mostrador de la recepción, agarra la libreta, la hace añicos con las dos manos mientras que el tal Frank lo observa con los ojos abiertos y totalmente acongojado, la tira de nuevo en el mostrador, lo coge del cuello y acerca su cara tanto que casi puede morderle la nariz.

Me sorprende la reacción del teniente y no voy a defenderlo, pero ¿detenerlo? ¡Ni se me ocurre! Quiero ver a Eleanor ya.

—Mira, Frank, voy a explicártelo otra vez. Estamos muy preocupados por nuestra amiga y vamos a subir quieras tú o no quieras, ¿entendido?

—Es que no... —se resiste.

Maddox lo pega más a su cara y le sisea que se piense muy bien lo que va a decir.

El recepcionista asiente como puede. Le tiemblan las manos.

—¿Lo has entendido? —sisea.

—Ssss.... Sí.

Lo suelta y se tambalea hasta casi caerse de espaldas hasta que se agarra al mostrador. Maddox me ase de la mano y me arrastra, literalmente, hasta el ascensor.

—No quisiera llevarte la contraria en estos momentos, pero..., ¿crees que eso era necesario? —pregunto con recelo. Sin saber cómo tomarme lo que acaba de pasar, recién la puerta se cierra.

—Estamos subiendo, ¿no?

—Casi se hace pis en los pantalones.

Hablamos con seriedad hasta que la sonrisa se va dibujando en nuestros rostros y terminamos en unas carcajadas nerviosas, soltando toda la tensión acumulada de las últimas horas.

Él se refriega la cara con las manos y las lleva hasta su cabello, enredando los dedos en él. A continuación, clava su mirada en la mía, sopesando si hablar o no. Al final, da un paso hacia mí, me agarra de la cintura y se agacha para dejar su nariz a la altura de la mía.

—Me... —Suspira—. Me muero por besarte.

Le agarro de la solapa del abrigo y pego nuestras bocas, notando el calor de su aliento caliente sobre mis labios y me estremezco. Huele a menta.

Nos rozamos durante unos segundos. Nos sentimos. Ladeo la cabeza hacia un lado mientras que él lo hace hacia el otro y encajamos a la perfección. Su lengua busca la mía, húmeda, templada, decidida. Y la encuentra en las mismas condiciones. Las enredamos a la vez que me pongo de puntillas para llegar a él con más facilidad y él me aprieta contra su pecho y casi me coge en volandas. Siento su erección crecer sobre mi vientre y el deseo me aprieta el sexo. Me acaricia la nuca, me agarra con fuerza la cadera. Ni nos damos cuenta de que la puerta del viejo ascensor de hierro se abre. Es el teniente el que se aparta unos milímetros y me recuerda con una voz muy sexi que hemos llegado.

—Debemos bajar —propone.

—Llevas razón —contesto, con la voz entrecortada por mi acelerada respiración. Se me escapa una sonrisa bobalicona y doy un paso hacia fuera. Pero él tira de mí, lleva sus manos hasta mi cuello y vuelve a besarme con labios, lengua, dientes y saliva. Solo dura unos segundos pero lo recordaré toda la vida. Nuestras lenguas bailan hasta que un par de gemidos salen de nuestras bocas y somos conscientes de dónde estamos y porqué hemos venido. Nos miramos con lascivia pero con cierta vergüenza por olvidarlo durante unos segundos y nos disponemos a cruzar el pasillo y llamar a la puerta de Eleanor.

Tras varios golpes y timbrazos sin obtener respuesta, comenzamos a preocuparnos de

verdad. Maddox aporrea la puerta con los puños y grita el nombre de nuestra amiga mientras mi voz queda ahogada y disuelta entre la bruma que se arremolina en mi garganta.

—¡Eleanor! ¡Eleanor!

Me pongo muy nerviosa al escuchar un fuerte golpe. Cierro los ojos y el corazón se me congela. Cuando vuelvo a mí veo que el teniente da patatas contra la madera oscura hasta que la puerta se abre de par en par y rebota en la pared.

Agarra la hoja y la detiene con una mano para, después, entrar como un torbellino en el salón. Yo lo hago tras él hasta darme cuenta de que sus hombros se caen y sus rodillas se clavan en el suelo.

«¡No!»

Eleanor yace sobre la alfombra inconsciente, o eso espero. Voy hasta ella y trato de encontrarle el pulso. Lo hallo unos segundos después, con la mirada de Maddox sobre mí. Está asustado. Sus ojos se han oscurecido tanto que parecen dos piedras negras y brillantes.

—Es demasiado débil. Hay que llamar a una ambulancia. —Antes de terminar de hablar, el teniente ya se ha incorporado con ella en brazos.

—Llegaremos antes en mi coche.

—Puede necesitar ayuda, tal vez debamos esperar a la ambulancia —sopeso.

—No es nuestra primera vez.

—Maddox, es lo mejor.

—¡No voy a esperar a una ambulancia mientras veo cómo se muere! —grita. Cuando se da cuenta del tono que ha utilizado y de que casi pierde los nervios, respira y me ruega:—. Podemos hacerlo.

—Está bien. —Acepto y no le rebato que la anterior vez la trasladamos en una ambulancia equipada, no en un coche, porque él ya baja los escalones de cuatro en cuatro.

—¿Qué le ha ocurrido? —pregunta el recepcionista, asustado.

Lewis pasa por delante del mostrador sin ni siquiera mirarlo y le ladra lo siguiente:

—Reza para que Eleanor salga de esta.

Subimos al coche y no sé cuántos minutos después llegamos al hospital y conseguimos que la atiendan en urgencias. No tardamos demasiado. Maddox no pisa el freno en todo el trayecto y se salta algunos semáforos.

Una hora más tarde sale el doctor y nos informa de que ha sido una hipoglucemia.

—Se pondrá bien. Solo necesita descansar y llevar una dieta más estricta.

Tres días de descanso obligado en el hospital y unos cuantos más en casa son suficientes para que EMadame Harris Star se revele incluso con la cuidadora que Mary ha contratado. Sí, por fin entró en razón (digamos que fue así y no que Maddox la amenazó) y, aunque no se ha dignado en venir a ver a su tía, sí le ha enviado a una persona que se queda con ella veinticuatro horas al día, seis días a la semana.

El domingo, día de descanso de Heather, así se llama la chica que vela por Eleanor la mayor parte del tiempo, Maddox y yo lo pasamos con la señora Harris y le preparamos una sorpresa.

—Hoy vamos a salir —anuncio, mientras tomamos un té en el salón.

A ella se le iluminan los ojos.

—¿Y adónde vais a llevarme? No me interesan los paseos por el parque. —Sé que bromea. Últimamente su salud se ha resentido mucho, pero no su forma de tomarse y vivir la vida.

—Central Park es precioso —contesto, y disimulo dando un sorbo a mi té.

—Lo sé. Lo conozco desde hace más de ochenta años.

Nos reímos hasta que Maddox entra desde la cocina, donde ha estado recogiendo el desayuno, y nos interrumpe.

—¿Estáis preparadas?

—¿Para ir al parque? ¿No tenéis otro plan más soporífero? ¿Queréis matarme del aburrimiento?

—¿Se nos nota mucho? —El teniente alza una ceja, camina hasta ella, la agarra de las manos y la insta a que se ponga de pie—. Nuestro plan es que te ahogues con un pepinillo junto al lago The Lake.

Están uno frente al otro y la diferencia de altura es tan considerable que podría definirse como esperpéntica, o, al menos, curiosa. Pero lo que resalta, más incluso que esto, es el cariño que se tienen. Qué cierto es eso de que el amor no lo da el tiempo, sino el corazón, y el corazón no entiende ni de tiempo ni de razón.

—¿Un picnic? Lo cierto es que me gustan, pero preferiría ir a una sala de fiestas.

Maddox hace una reverencia y le pregunta con solemnidad:

—¿Quiere bailar, señora Madame Harris Star?

—Será un placer bailar con usted, teniente Lewis —contesta en el mismo tono.

Observo cómo se agarran con dulzura y comienzan a moverse al ritmo de la canción que suena de fondo: *Since I don't have you* de The Skyliners. Es tan bonita y la estampa tan emocionante que casi me pongo a llorar. El amor no tiene edad, compasión ni amargura. El amor es querer sin condiciones, de cualquier forma y sin ataduras. El amor es vida.

En nuestro plan de hoy no contábamos con un picnic en Central Park, sino más bien con unas copas de champán, una obra de teatro en Broadway y un paseo por Times Square para terminar admirando la ciudad desde el puente Brooklyn.

—Gracias por este día. Jamás lo olvidaré —nos dice Eleanor mientras subimos en el ascensor de su apartamento.

—Nosotros tampoco. —Maddox le agarra de la mano y la aprieta.

—Ya se ha acostado. —El teniente vuelve a salón tras arropar a Eleanor y la luz tenue de la lámpara de pie y muy cálida se refleja en sus ojos dándole un aura mágica y especial. Es guapo a rabiar.

Yo estoy sentada en uno de los sofás, con los pies descalzos recogidos sobre unos almohadones, una taza de café en una mano y una foto de Madame Harris Star en la otra.

—Estaba pensando... —musito.

Él toma asiento a mi lado, coge mis piernas y las coloca con cuidado sobre las suyas.

—Yo también... —susurra él sin dejar de mirarme—. Tú primero.

Suspiro con energía y me centro, porque mis pensamientos divagaban en varios sentidos, pero todos llegan al mismo destino.

—Veo a Elenaor en esta foto. Joven, guapa, delgada. No es que ahora no sea estas dos últimas cosas. Me refiero a la edad, al paso del tiempo, a lo efímero de la vida. Sus arrugas... Sus arrugas solo son muescas de todas las guerras que ha luchado y ganado, pero no significa que su alma no sea joven. —Lo pienso—. Quiero decir... Yo veo a Eleanor y la imagen que veo es la de esta foto.

Él la coge, la observa y sonrío.

—Pero... —Sigo—. No importa lo que yo vea. Esa es la cuestión. La vida pasa, el tiempo no se detiene a nuestro antojo, jamás, y todo yace bajo un montón de «y si», «tal vez» o «quizás». A la muerte no le importa alcanzarte cuando aún no has cumplido tus sueños, con cuentas pendientes. Viene, te lleva y todo termina.

Miro a Maddox que tiene la mirada perdida en un punto fijo de la pared de enfrente, la mandíbula apretada y todos los músculos en tensión.

—Maddox... ¿Me has escuchado?

Se levanta con brusquedad y, mis pies, antes en su regazo, caen al suelo y chocan contra la alfombra.

Lo miro, lo busco, pero no lo encuentro. Su cuerpo está delante de mí, perdido, inerte, pero no es él el que tengo a dos metros. No se mueve. Diría que ni respira. Me levanto, camino hasta él y le toco el hombro con la mano. Su reacción me asusta. Da un paso hacia atrás y, con el gesto, casi caigo al suelo. Él me mira pero no me ve. Vuelvo a intentar conectar con su mirada. Me acerco con cautela, pero me paralizo cuando lo veo tragar con dificultad y contener un sollozo que no llega a serlo porque se lo traga sin masticarlo. Quiero comprender qué le pasa, por qué tiene estos ataques de ira e, incluso, lo que estoy viendo ahora, ataques de pánico difíciles de controlar hasta para un hombre fuerte y entrenado como él.

Hago un segundo intento tras darle un momento para recuperarse.

—Maddox, estoy aquí. Puedes contar conmigo. —Trato de acercarme, pero corre en busca de aire fresco. Abre la puerta de uno de los balcones y sale a una terraza de mediano tamaño rodeada de macetas con bonitas flores.

Lo sigo. Claro que sí. No voy a dejarlo solo. Ni aunque me aleje de él un millón de veces dejaré que pase por lo que sea que le ocurre solo. Debí verlo antes, pero las preocupaciones, entre ellas la salud de Eleanor, me tenían despistada.

Salgo a la terraza y la visión de su fuerte y gran cuerpo derrotado y agachado, con los brazos asidos a la baranda de hierro me dejan sin aliento. Sus nudillos, cada vez más blanquecinos, son el reflejo de la fuerza que ejerce para sostenerse. Necesita un punto de apoyo y yo quiero ser quien le ayude a mantenerse en pie y a luchar contra sus demonios. Malditos demonios. Todos los tenemos. Nos asustan, nos paralizan, invaden nuestra mente y se apoderan de nuestro cuerpo.

—Vete —ordena, con los ojos cerrados de espaldas a mí.

—No voy a irme a ninguna parte. Estaré aquí contigo.

—Por favor... —ruega. Y por un segundo me planteo marcharme, pero significaría darme por vencida; y yo nunca tiro la toalla.

No sé muy bien cómo actuar y, de repente, una fuerza más grande que todos nosotros, inexplicable e inaudita, actúa para llevarnos a un lugar en el que conectar. Una canción, la que

hace unas horas sonaba en el tocadiscos de Eleanor, comienza a sonar de la nada: *Since I don't have you* de The Skyliners. Al escucharla, solo se me ocurre una opción.

—Baila conmigo —propongo.

Él no se inmuta, pero yo insisto. Y lo hago porque las palabras de mi madre brotan en mi pecho como si me las estuviera diciendo aquí y ahora: «La música diluye los temores. Bailar renueva el alma».

—Maddox. Baila conmigo. —Doy un paso y desbarato los dos malditos metros que nos separan. Me arriesgo agarrándolo de las manos y posicionándolo delante de mí. Al principio se resiste, pero solo tengo que acariciarle el rostro con cariño para que su piel, antes fría y tensa, se torne caliente y un poco más relajada. Le llevo sus manos a mi cintura. Las mías viajan hasta su cuello para rodearlo con dulzura. Y ahora sí, tras mover mis pies hacia un lado, él me acompaña moviéndose a mi ritmo. La música nos envuelve y nos dejamos llevar bajo la luz de las estrellas de una ciudad que nunca duerme y donde los sueños pueden hacerse realidad.

Vine en busca de mi sueño.

Y también lo encontré a él.

«No tengo planes y esquemas
Y no tengo esperanzas ni sueños
No tengo nada
Ya que no te tengo
No tengo buenos deseos
Y no tengo horas felices
No tengo nada
Ya que no te tengo
No tengo felicidad y supongo
Nunca lo volveré a hacer
Cuando me abandonaste
Entró vieja miseria
Y ha estado aquí desde entonces
No tengo amor para compartir
Y no tengo uno a quien le importe
No tengo nada...»

Tengo mi cabeza pegada a su pecho. Los latidos de su corazón se entremezclan con el ritmo de la canción y forman una inigualable melodía. Pasan los minutos hasta que la música deja de sonar, alzo el mentón y me encuentro con la mirada de Maddox sobre mis ojos. Muy lentamente, ambos nos acercamos hasta dejar nuestros labios a escasos milímetros el uno del otro. No decimos nada. Solo nos abandonamos al deseo y nos besamos. Unos besos que hablan más que callan y, aunque lentos, increíblemente sentidos y esperados. Unos besos que crean un lenguaje propio con el que entendernos en el más absoluto silencio.

Nos apartamos con la misma lentitud y Maddox pega su frente a la mía con los ojos cerrados.

—La vida es efímera. —Siento su aliento cosquillear mis labios mojados.

—Demasiado.

MADDOX

—Están llamando a la puerta —susurra, con sus labios pegados a los míos.

—No me importa —contesto de igual manera, con una sonrisa bobalicona.

Llevamos más de media hora en la terraza. Hace frío, pero nuestros cuerpos solo sienten las caricias del otro y los apasionados besos que nos regalamos.

Ella me ha salvado. Casi muero ahogado aplastado entre mis propios recuerdos y Arizona me ha agarrado de la mano aunque he intentado echarla a patadas.

Pero no se ha ido.

Vuelven a llamar.

—Deberíamos abrir. Debe de ser Heather —insiste.

—Tal vez se canse y se vaya —bromeo, o no; lo cierto es que me daría igual que se marchara.

—Tiene llaves.

—¿Y por qué no abre y deja de molestar? —me quejo.

—Sabe que estamos aquí. No entra por respeto.

Toc, toc. Se escucha de nuevo.

—¿No sabe que tengo fácil acceso a todo tipo de armas?

Arizona me da un golpe en el pecho, sonrío y se aleja de mí. Durante dos segundos noto su ausencia en demasía y el corazón se me acelera. Tengo que concentrarme para no terminar hiperventilando otra vez. La imagen de Rachel se hace nítida en mi mente. Su melena rubia baila al compás de una muy suave brisa y su sonrisa me llena el pecho de felicidad, pero de repente, todo desaparece y la oscuridad se cierna sobre mí. Es lo que siempre ocurre. Una enorme nada se come mi mundo hasta hacerlo desaparecer. Pero... Ahora, una luz lo ilumina desde algún punto indeterminado como si de un faro se tratara. Y tras la luz, la voz y el rostro de Arizona que llega hasta mis venas bombeando la sangre necesaria para seguir cuerdo. Es como una droga legal creada para mí.

—Nosotros nos vamos ya —le dice a la enfermera.

—¿Algo importante que debería saber sobre el día de hoy? —se interesa Heather.

—Por fortuna, nada. Hemos pasado el día fuera y ha sido muy emocionante pero agotador.

Cruzo la puerta de la terraza y voy hasta el salón a hacerme con nuestros abrigos. Cojo el mío y me lo pongo. Le doy a Arizona el suyo y le ayudo a colocárselo desde atrás. Nos despedimos de la cuidadora de Madame Harris Star y bajamos en el ascensor en el mutismo más absoluto, pero agarrados de las manos. Entramos en mi coche y le pido que pase la noche conmigo.

—¿Estás seguro?

La miro y asiento sin estarlo en absoluto. Sé que la necesito a mi lado, pero no sé hasta cuándo. No sé en qué momento haré algo para que ella sea la que se aleje, porque soy idiota y mi corazón está tan destrozado que no creo que pueda volver a querer a nadie, ni siquiera creo que esté preparado para que lo quieran.

No le he pedido que se quede en mi cama para follármela, pero que esto ocurra es solo cuestión de tiempo, porque le polla me palpita bajo los pantalones mientras conduzco y pienso en todas las cosas que me gustaría hacerle. Y no me quejo. Esto me saca de mi oscuro ensimismamiento y mis pensamientos vuelan hacia otros mucho más impuros y satisfactorios. No sé. Como...: quitarle la ropa en las escaleras, atarla en el pasamanos y obligarle a que me la chupe hasta correrme; o empujarla en el ascensor y hacerle que grite mi nombre y despertar a todo el edificio; o lamerla entera bajo el grifo de la ducha y terminar perdiendo mi lengua en lo más profundo de su sexo.

Cierro la puerta de mi apartamento y le pido a Arizona que me dé el abrigo. Lo dejo sobre una silla junto con el mío y me pierdo dentro de la cocina. Ella me sigue. Le pregunto si quiere tomar algo.

—Un poco de agua.

Lleno un vaso y se lo paso.

—¿Café? —indago, mientras ella se lo termina de un trago y lo deja sobre la mesa. No entiendo muy bien por qué, pero estoy... ¿nervioso? Tal vez expectante.

Me agarra de la camiseta y me atrae hacia ella.

Niega con la cabeza. Me besa la mandíbula y el cuello y me susurra al oído:

—Quiero que me lleves a la cama. —La vibración de su voz reverbera dentro de mí hasta llegar a mi polla, que da una sacudida.

Mis ojos conectan con los suyos, con su brillo, con su vida, y me llena de eso mismo. Hincho el pecho y llevo mis manos hasta su cara. La acaricio, la siento, la atraigo hasta mí y le muerdo la boca. Ella suelta un pequeño gemido y la pego a mí. La agarro de las nalgas y la alzo, apremiándola a rodearme la cintura con las piernas.

Ufff. No sé si follármela contra esta pared, contra el suelo o... yo qué sé, no pienso con claridad cuando la tengo cerca y tan dispuesta. ¿Quién es esta chica? ¿De dónde ha salido y por qué me siento así de bien con ella?

Hago una mezcla de su petición y todas mis pervertidas ideas. Doy dos pasos al frente mientras mi boca se estrella contra la suya y nuestras lenguas se enredan de una manera desenfrenada. Me urge saborearla, lamerla, masticarla, comerla. Sentir su piel contra la mía es una necesidad imperiosa y palpable. Le quito el chaleco por encima de los hombros, único momento en el que nuestro beso se detiene, pero asalto de nuevo sus labios antes de que el jersey toque el suelo. Arizona jadea con fuera cuando muerdo y lamo sus pezones por encima del sujetador hasta que libero uno de sus pechos y me pierdo devorándolo.

—Por favor... —musita.

Entiendo que desea que la lleve a la cama como me pidió y eso es lo que hago, o, al menos, lo intento. Porque algo me lleva a tumbarla en el suelo del pasillo conmigo encima y a desnudarla. Le desabrocho el pantalón bajo su atenta mirada. A continuación, agarro las braguitas de encaje rosa y la deslizo por sus muslos mientras dibujo con mi lengua un camino descendente entre sus piernas. Arquea la espalda y jadea en el momento exacto en el que arrastro mi lengua por su sexo. Me entretengo en darle placer, con mis dedos entre sus pliegues, y hacerle gemir hasta que unos minutos después se corre con mi boca absorbiendo todo de ella.

Vuelvo a subir por su cuerpo y a unir nuestros labios. Ella aún gime soportando los últimos coletazos del orgasmo.

—¿Estás bien? —susurro.

Asiente con la cabeza y sisea, volviéndome loco:

—No puedo esperar. No quiero.

Sonrí perverso y le doy un último beso. Me arrodillo, la observo, desnuda para mí, y me desabrocho el pantalón con una mano mientras que la otra pierde dos dedos entre su humedad de su sexo.

Acerco de nuevo mi boca a la suya y le hago participe de las ganas que tengo de ella y de sentirla piel con piel.

—No tengo condón aquí. Déjame sentirte. —Casi suplico con mi polla en la entrada de su vagina, pidiéndome a gritos que la meta hasta el fondo.

—Sí... sí... sí... —contesta, enredando nuestras lenguas.

La embisto con fuerza y las sensaciones me traspasan. Me agarra de la cadera y empuja mi culo hacia ella para que pueda llegar más al fondo. Y vaya si llego. Ambos gritamos sin que el ritmo de mi vaivén se detenga. Le muerdo los pezones y grita. Grita pidiéndome más.

—Más... Más... Más...

Pongo las manos sobre las frías baldosas, me incorporo unos centímetros y arremeto contra su cadera hasta perder el control y volverme loco. Nuestros cuerpos se deslizan por el suelo y solo se escuchan nuestros jadeos, gritos de éxtasis y mi pelvis chocando contra sus piernas.

Me corro. Me dejo ir dentro de ella y ella lo hace conmigo. Las paredes de su sexo se abren y se cierran en un movimiento espasmódico. Nos dejamos llevar por el deseo y la pasión y doy un último empujón mascullando su nombre.

Tras un minuto que usamos para reponernos, avanzamos hasta la cama a tientas, devorándonos y deseando sentirnos de nuevo.

Me despierto con Arizona entre mis brazos y su dulce rostro acariciando mi pecho. Es preciosa y... ¡joder! ¡No quiero cagarla con ella! Estaba perdido. Tal vez aún lo esté pero tengo sus manos para agarrarme y encontrar un lugar seguro. Esto me asusta. Me horroriza pensar que mi estabilidad emocional (inexistente desde hace mucho) pueda volver a estar en manos de otra persona, de otra mujer. Pero sus labios..., toda ella me atrae hasta la superficie y me salva de morir ahogado en el pozo en el que me encuentro desde aquel fatídico día. Lo recuerdo como si fuera ayer. Imposible borrar de mi mente su fina cara, su constante sonrisa y sus últimas palabras.

—Te quiero —me dijo, antes de desaparecer por la puerta.

—¡No tanto como yo! —le grité.

No me contestó, pero sabía que me había escuchado.

Rachel era especial. Una mujer que daba todo a quien lo necesitara y se desvivía por hacernos a todos feliz. Rachel era una ángel que me cayó del cielo el día que la conocí. Rachel era mi alma gemela, mi brújula, mi amiga.

Estaba en la base preparándome para una operación cuando me llamaron del cuartel general. Supe que no serían buenas noticias desde que atendí la llamada y requirieron mi presencia. Me extrañó en demasía y, aún así, me presenté con la esperanza de que nada hubiera pasado. Me recibió el Coronel James Donovan y me pidió que tomara asiento.

—Estoy bien así, señor. —Cuadré los hombros y alcé el mentón.

—Siento tener que decirle esto, pero la Teniente Rachel Green ha tenido un accidente en Fort Drum.

—¿Puede ser más específico, señor?

Dio un paso hacia mí, me agarró de los brazos en un gesto sentido (saltándose todo el protocolo) y siguió. Entendí enseguida por qué me estaba tratando con tanta familiaridad.

—La señorita Green ha fallecido a causa de un mal tratamiento de los explosivos que manejaba.

¿Qué decir? Casi caigo de rodillas al suelo. No me lo podía creer. En mi mente no cabía que eso pudiera ocurrir. ¿Rachel había fallecido? ¿Cuándo? ¿Por qué? Y ese por qué sigue hoy despertándome por las noches, sigue atormentándome, sigue desgarrándome el alma y corazón.

Ahí dejé de creer, dejé de tener fe, dejé de vivir para querer morir cada día un poco más... Hasta que ella llegó a mi vida y comenzó a encender pequeñas luces que habían desaparecido para siempre.

Aquel día...

Me comienza a faltar el aire. Me ahogo y, aunque trato de concentrarme y respirar con tranquilidad, el corazón me aprieta dentro el pecho. Necesito aire. Necesito escapar.

Justo cuando voy a levantarme de la cama, Arizona abre los ojos y se da cuenta de mi estado de excitación, de terror, de fragilidad. Trato de escapar, de salir corriendo, de alejarme de ella; pero se mueve con rapidez y me atrapa bajo su cuerpo, rodeándome con sus piernas.

—No... —suplico, y trago con dificultad—. Necesito...

—Déjame ayudarte... —ruega, acariciando mi torso.

Poco a poco, me relajo y la excitación de mi cuerpo cambia de motivo. El miedo se disipa y el deseo de ella lo cubre todo. Todo. Mi polla se hincha en segundos y sin pedir permiso, Arizona, baja sobre ella, empalándose, ejerciendo presión. Sus pechos desnudos, redondos y firmes, comienzan a bambolearse ante mis ojos ante el continuo baile de su cuerpo, que sube y baja traspasando las dimensiones de las sensaciones.

—Entonces, ¿cuándo vamos a salir? —Taylor me ofrece un café y aprovecha para encauzar nuestra conversación, que ha derivado por otros derroteros tras preguntarme por nuestra cita pendiente. Y aclaro que no ha derivado; he sido yo quien la ha empujado hacia otros temas para no tener que negarme en rotundo, pero, por su insistencia (y nuestra amistad), tengo que ser sincera.

—Taylor, te lo agradezco, pero vamos a tener que dejarlo para otra ocasión —propongo, sentada en un banco de hierro y madera en un pequeño parque de una calle aledaña al hospital.

—¿Es por él? —inquiere, a mi lado—. ¿Por el chico de la otra noche?

—Sí.

—¿Sales con él?

—Algo así.

Suspira y sigue.

—Está bien, Li, somos amigos.

—¿No estás enfadado?

—¿Lo dices en serio? Me gustas. Me lo paso bien contigo. No pienso dejar de ser tu amigo solo porque me des calabazas.

—Eres un buen tipo. —Sonrío y le doy un pequeño empujón.

—Eso dice mi madre.

Nos reímos y seguimos charlando durante los siete minutos que nos quedan.

Llego a casa muy cansada. El fin de semana con Maddox y el comienzo del lunes en el hospital me ha dejado exhausta. Agradezco a Mely que haya preparado la cena y me dispongo a darme una ducha mientras la termina. Tal vez un buen baño y una copa de vino me ayuden a relajarme y a olvidarme de que el diagnóstico de un paciente no ha sido el que todos esperábamos tras las pruebas.

—Anda, toma. Yo me encargo de todo. —Mely me da una copa cargada con un líquido color sangre.

—¿Por qué eres tan buena conmigo?

—¿Yo? Eres tú la que me da cobijo en su humilde morada.

—Mi casa es tu casa —aseguro, perdiéndome dentro del pequeño baño.

Agua caliente, olor a canela, a vino y a gotas de agua condensadas en el ambiente. Las pompas de jabón me cubren el cuerpo que acaricio con mis manos muy despacio. Solo se escucha un pequeño chapoteo y el tintineo del cristal cuando lo dejo sobre el borde de la bañera. Silencio... Hasta que un golpe me saca de mi mundo de orden y serenidad y me incorporo con rapidez, derramando por el borde parte del agua que cae al suelo.

—¿Mely? —la llamo, sin obtener respuesta. Me rodeo el cuerpo con la toalla y salgo del baño—. ¿Mely? —Otros dos golpes me asustan y la busco por el piso, por cierto, muy diminuto.

Miro hacia la puerta después de escuchar un ruido tras ella y me atrevo a abrirla. Me encuentro a Melyssa discutiendo con un desconocido. No tengo que observar demasiado la conversación para darme cuenta de que el tipo mantiene una postura agresiva y amenazadora. Casi ni se percatan de que he irrumpido en el rellano.

—Mely, ¿qué ocurre?

—¡Vete! ¡Vete, por favor! —le pide ella al hombre que trata de agarrarla de un brazo.

—No me iré sin ti —amenaza y consigue asirla por encima del codo.

—Me haces daño —se queja mi amiga.

—No me digas —contesta él con un deje de superioridad en la voz.

—¡Suéltala! —Voy hasta él y lo empujo, tratando de separarlo de Mely, sin conseguir mi objetivo.

El desconocido que ha irrumpido en la puerta de mi casa es alto, bastante corpulento y lleva tatuado algo alrededor de su cuello. ¿De qué conoce Melyssa a este personaje violento?

Me da un empujón y me tira hacia atrás, dando con la espalda en el vano de mi puerta abierta.

—Arrggg —me quejo de dolor.

En ese momento, aparece Maddox por las escaleras, dando un salto en los últimos dos escalones. Viene hasta mí, me pregunta si me encuentro y bien, y tras escucharme decir que sí, se dirige hacia el tipo y le apremia para que suelte a Melyssa.

Este lo mira con desdén, alza el mentón y lo ignora.

—Apártate de ella. No lo volveré a repetir.

Maddox, una persona falta de paciencia, pero no de palabra, lo agarra por el cuello y lo empuja lo suficiente para poder darle un puñetazo. El otro se queja y lo ataca cuando se repone, pero Maddox lo esquiva y lo embiste, esta vez en el estómago y se estrella contra los escalones de la parte de la escalera que sube al siguiente piso. Cuando consigue ponerse de pie, sale corriendo con el rabo entre las piernas.

Maddox nos mira, saltando de una a otra.

—¿Estáis bien?

Melyssa, muy nerviosa, asiente con la cabeza y murmura que no sabe cómo ha podido encontrarla.

—¿Estás bien? —El teniente me acaricia la mejilla.

—Sí, no te preocupes por mí.

—He visto cómo te ha lastimado la espalda.

—No es nada. —Me la toco y me duele.

Melyssa entra en el piso y la seguimos.

Se mueve de lado a lado denotando su estado alterado.

—¿Quién era ese? —pregunto, sin obtener respuesta—. Melyssa, ¿quién era ese tío? —Me detengo frente a ella y la asusto. Da un paso hacia atrás y arrugo el ceño—. Está bien. ¿Necesitas algo? ¿Un poco de agua?

Asiente brevemente y le pido a Maddox que traiga un poco de agua fresca. La obligo a tomar asiento sobre el sofá y yo lo hago a su lado.

Cuando se tranquiliza logramos que nos explique quién era ese hombre y qué tiene que ver con ella.

—Creí que nos habíamos enamorado.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Me... —Se mira las manos, que se frotan entre sí—. Me daba vergüenza.

—Vergüenza le debería de dar a él ser un maltratador.

La historia va de una chica que se enamora en cuestión de segundos del que parece un chico encantador. Trabajador, familiar, simpático y amable. El coctel perfecto para que mi amiga llegara a pensar en una futura boda en solo un par de meses. Pero el cuento de la princesa se convirtió en pesadilla unas semanas después de conocerse, cuando el caballero de brillante armadura comenzó

a ser agresivo hasta el día que le dio una primera bofetada. La princesa, que es guerra (la conozco desde que íbamos a primaria) no esperó que le diera la segunda y lo dejó; sin embargo, el caballero andante abandonado hasta por su corcel y el brillo de su armadura de mentira, la buscaba por la ciudad y la amenazaba, haciéndole la vida imposible.

—Por eso vine aquí. Necesitaba un lugar seguro. No entiendo... No sé cómo me ha encontrado.

—Los indeseables como él tienen herramientas de todo tipo para dar con las que consideran sus presas —contesta Maddox.

—Creía que era un buen hombre —lamenta.

Le doy un pequeño abrazo y le sugiero que deje de preocuparse.

—Encontraremos una solución.

—¿De verdad lo crees?

—Tranquila. Todo se arreglará. —No sé si le estoy mintiendo, pero... debo animarla, ¿no?

—. Maddox... —Lo miro con cara de circunstancia—. Maddox nos ayudará.

Él alza las cejas y me pregunta cómo sin hacer ruido, solo moviendo los labios.

Convencemos a Melyssa para que se dé una ducha y se acueste en mi cama. Necesita descansar antes de enfrentarse mañana, de nuevo, a todos sus miedos.

—Está dormida —musito, entrando en la cocina, lugar en el que Maddox hace un poco de café.

Es tan pequeña que ni tiene que alargarse el brazo para darme la taza. Me la llevo a los labios y me quejo de que está un poco caliente.

—Ay... —mascullo.

—¿Quema?

—Tranquilo, la piel se regenera con facilidad.

Sonreímos con tristeza.

—¿Cómo está? —Le da un sorbo al suyo.

—Nunca la había tan asustada. Pero supongo... Supongo que se recuperará.

—No deberías haberle dicho que yo puedo ayudarla.

—Es que puedes.

—Yo..., no...

—Hoy lo has hecho. Nos has ayudado.

Piensa lo que va a decir y suspira.

—No tienes ni idea de qué va esto. —Deja la taza en la encimera y vuelve a mirarme—. Ese tío no parará hasta hacer daño a Mely.

—Mañana iremos a la policía. Denunciaremos y pediremos una orden de alejamiento.

—No es tan sencillo. ¿Crees que a un loco como ese va a ahuyentarlo la firma de un juez?

¿Qué está diciendo? ¿Por qué se comporta así? Me enfada mucho que piense de esa forma y se lo hago saber.

Doy un paso hacia un lado, vuelvo después y le clavo el dedo en el pecho.

—¿No puedo creerme lo que estás diciendo! ¿De verdad piensas que no podemos hacer nada? ¿Qué insinúas? ¿Deberíamos quedarnos con los brazos cruzados y esperar que vuelva a atacarla?

—Yo no he dicho eso.

—¿No? ¡Pues deberías explicarte otra vez, porque no te entiendo!

Me agarra de las muñecas y me pide que me tranquilice.

—Sé cómo puede afectarte una situación de estrés. Aún estás nerviosa.

—¿No...! —Voy a replicar cuando me corta la perorata con un beso. No dura demasiado ni llegar a ser muy húmedo, pero cuando Maddox el mundo se para un poco y es una gozada.

—No puedes callarme así —me quejo, sin demasiado énfasis, cuando se aparta.

—Arizona, encontraremos una solución. Id mañana a la policía. Yo buscaré a ver qué encuentro por ahí.

Lo rodeo con mis brazos y apoyo la mejilla en su pecho. Él me envuelve también con los suyos.

—No sé qué hubiésemos hecho si no hubieras llegado.

—Pero no ha pasado. —Me da un beso en la cabeza y me aprieta más a él, tanto que me ahoga.

Intento separarme, pero no me suelta.

—Maddox. —Miro hacia arriba y veo sus ojos fijos en un punto y su mandíbula apretada—. Maddox. —Consigo que afloje el abrazo—. ¿Te quedas a dormir? Estaría más tranquila contigo aquí —suplico susurrando.

—Claro. —Asiente y trata de dibujar en su rostro una sonrisa.

Nos damos un pico y volvemos a abrazarnos. Unos segundos más tarde se me escapa un bostezo.

—Estoy cansada.

Me levanta en alto y me sostiene con cariño.

—Vamos a la cama.

—Puedo caminar —aclaro, sin ganas de que me suelte.

—Me gusta llevarte en brazos. Me gusta... velar por ti.

—A mí me gusta que lo hagas, pero... —acaricio su nariz con la mía—. Espero que sigas pensando lo mismo cuando sepas que vamos a dormir en el sofá.

—Dormiría en el suelo siempre que fuese contigo.

Me despierto temprano. Maddox ya no está a mi lado y mi cuerpo siente su ausencia de repente. Lo echa de menos..., su cuerpo, su calor, su cercanía...

Me urge hacer una llamada y busco mi teléfono antes incluso de lavarme la cara y los dientes. No llamo al teniente Lewis para hacerle partícipe de cuánto lo echo de menos.

—¿Ocurre algo? —Taylor se preocupa al otro lado de la línea.

—Estoy bien. No te preocupes. Pero necesito que me cubras la primera hora en el hospital. Tal vez llegue un poco tarde.

—Está bien. No te preocupes. Hoy pasamos consulta los dos hasta media mañana. Tienes hasta esa hora para llegar.

—Gracias. Te debo un café.

—Eso siempre.

Cuelgo y despierto a mi amiga Melyssa. No voy a dejarla aquí. Ni ella querrá estar sola ni yo me voy tranquila doce horas al hospital. ¿Y si ese indeseable aparece de nuevo? Ahora sabe dónde vivo. Tenemos que ir a comisaría y poner la denuncia de la agresión y, en cuanto terminemos, la llevaré a casa de Eleanor; allí estará a salvo.

Desayunamos de camino al Departamento de Policía y, aunque me asegura que está bien, yo sé que eso no es del todo cierto.

—Tengo que volver a Colorado —anuncia, con una taza de café color verde entre las manos.

—No dejaré que te vayas hasta que no solucionemos esto.

—No va a dejarme en paz y no..., no voy a dejar que maneje mi vida. No se saldrá con la suya.

Le agarro del brazo con cariño y lo aprieto, insuflándole ánimos y haciéndole llegar todo mi amor.

—Por supuesto que no. Por eso vamos a encontrar una solución.

Ella no responde, solo suspira y pierde la mirada en el fondo de su café. No insisto y no la presiono. Entramos en Comisaría cuando ella me lo pide y realizamos todos los trámites juntas. La acompaño en todos los momentos que me lo permiten. Algunos tiene que armarse de la valentía que lleva dentro y enfrentarlos sola.

—Voy a volver a casa. Me han ofrecido un puesto de veterinaria en el Centro Comarcal —

me dice, mientras esperamos un taxi—. Allí podré terminar mis prácticas.

—Pero siempre has querido ir a Colorado. Has soñado con los programas de posgrado de la Universidad de Denver desde que éramos pequeñas.

—Lo sé, pero... no quiero estar en la misma ciudad que Garret... —Suspira.

—Ven aquí. —Le doy un abrazo—. Es natural tener miedo. Tener miedo no nos hace más débiles, solo deja constancia de nuestra humanidad.

La llevo a casa de Eleanor antes de marcharme con premura al hospital. La acoge con los brazos abiertos y le propone escuchar música y beber una copita de vino antes de almorzar. Hablo con Heather antes de cerrar la puerta.

—No puede beber alcohol —le recuerdo, de pie en el hall.

—Lo sé, no se preocupe —me tranquiliza.

—Os estoy escuchando —grita Eleanor desde el salón.

—Volveré al final de la tarde.

Cuando salgo del edificio, una sensación rara me recorre de arriba abajo. No sé. No es miedo, pero sí un poco de angustia. ¿Es posible que el malnacido de Garret siga por aquí? ¿Cabe la posibilidad de que nos haya seguido? Agito la cabeza de lado a lado y me deshago del malestar. Hace mucho frío, puede que el viento helado me haya hecho estremecer y esto, sumado al mal trago de ayer, haya creado el mal cuerpo.

Entro en el hospital a grandes zancadas mientras trato de ponerme en contacto con Maddox, pero nada, no me coge el teléfono y eso que insisto varias veces. Quiero desearle un buen día y volver a darle las gracias por lo de ayer. La conexión se corta cuando bajo hasta el semisótano a los vestuarios. Miro la pantalla y me percató de que no hay cobertura. «Vale, ya me devolverá las llamadas», me digo. Pero eso no pasa. Y cuando dan las cuatro de la tarde y el teniente no da señales de vida, comienzo a preocuparme.

—El doctor Davis nos espera arriba. —Andrew llega hasta mí con un café en las manos. No me ofrece ninguno. Si fuera Taylor, ya estaría saboreando el mío.

Estoy leyendo un informe en la sala de descanso y pretendía volver a llamar a Maddox antes de hacer la última ronda.

—¿Has visto a Taylor? —consulto. No lo veo desde que le di las gracias y un beso por cubrirme esta mañana.

—Ha estado en quirófano con la doctora Lennox. Acaba de salir.

Abro los ojos y me sorprende. Me alegro por él. Estaba deseando participar en una operación.

—¿Vienes? —insiste—. Ya sabes que no puede con la impuntualidad.

—Claro. Deja que guarde esto. —Meto el informe en su carpeta y lo llevo hasta el pequeño archivo que me he traído—. Paremos un momento a dejar esto. Nos pillará de camino.

—Pero no te entretengas. No quiero cabrearlo. Llevo dos semanas haciendo horas extras para que cuente conmigo para su próxima cirugía.

MADDOX

Cuerpos... El suyo y el mío. Su cuerpo se desliza por mi cuerpo y sus gemidos resuenan en mi oído y recorren todas mis venas. Voy a explotar dentro de ella, no puedo aguantarlo más. Agarro a Arizona por el pelo y tiro hacia atrás. Quiero llegar hasta el fondo de ella, quiero terminar de follarla para follarme su boca, pero, sin previo aviso, ella desaparece y ... ¡boom! El sonido de una bomba estalla y mis oídos comienzan a sangrar...

Mierda.

¡No! ¡No! ¡No!

Me despierto de repente, mis pupilas se dilatan y mi pulso no se calma ni aún dándome cuenta de que solo ha sido una pesadilla. ¡Otra maldita pesadilla! Me refriego los ojos. Este no es mi piso. Esas cortinas no son las mías, ni siquiera sé si tengo; eso dejó de tener importancia para mí (si alguna vez la tuvo).

Mierda. Arizona duerme a mi lado plácidamente. Por fortuna, no la he despertado con mi locura, porque eso es lo que es: una locura que me acecha cada noche y me atrapa la mayoría de ellas. Pero... Nunca me había pasado estando con ella. Arizona da luz a mi oscuridad y alas a mis miedos, que vuelan lejos dejándome en paz unas horas. Entonces...

De repente, la realidad me aplasta el pecho de nuevo y me separo de la cama tanto como puedo. Lo sé, sé por qué me pasa, sé por qué las pesadillas son cada vez más seguidas. Siempre ocurre, cada año hacen aparición estelar mis peores temores por estas fechas. Y no puedo hacer nada para que paren, no puedo alejarlos, no puedo escapar de ellos. Pronto será el sexto aniversario de la muerte de Rachel y sigo sin superarlo. ¡Joder! Necesito un respiro.

Busco los zapatos y mi abrigo, salgo del piso y cierro con mucho cuidado de no hacer ruido. Son las cuatro y media de la mañana y debo irme a casa y tratar de descansar algo más, y para ello voy a necesitar una de esas pastillas que, por cierto, el médico ya no me receta.

Tengo tantas cosas en la cabeza que me va a explotar. Espero que Arizona y Melyssa estén a salvo y que ese tío no vuelva a aparecer. Debo hacer algo, pero ¿qué?

Llego a la base a mi hora. No he dormido como quisiera pero no ha sido de las peores noches, así que me siento en plena forma para el entrenamiento de hoy. Doy lo máximo de mí y me pongo al límite en unas maniobras que, aunque complicadas, ya las he superado con nota otras veces. Tiro de unas cuerdas desde un quinto piso abandonado que utilizamos para entrenar para que Richard, uno de mis compañeros, trepe por la pared. Yo soy su único apoyo arriba y su seguridad depende de mí. A medio recorrido, una de las dos cuerdas se rompe y Richard cae un par de metros. Le digo que aguante cuando me incorporo y tiro hacia mí con fuerza. A solo unos palmos de su objetivo, escucho una fuerte explosión a medio kilómetro de donde estamos y mi mente se pierde y mi cuerpo se paraliza.

—¡Lewis! ¡Lewis! —grita mi compañero, pidiendo que me estire y le dé la mano—. ¡Lewis! ¡Joder! ¡Vuelve de donde cojones estés!

Trago con dificultad y..., reacciono. Agarro a mi amigo con las dos manos y lo subo no sin esfuerzo, es bastante corpulento, igual que yo.

—Joder, tío. ¿Qué te pasa? —me pregunta, mientras se deshace del arnés y lo tira al suelo.

—Lo siento. Yo...

—¿Otra vez? —Da un paso hacia mí.

—No... No sé... —Me toco el cabello, nervioso.

—Mierda, tío. Hacía tiempo que no te ocurría.

—No he dicho que sea por ella.

—¿Ella? Ni siquiera eres capaz de decir su nombre aún. ¿Crees que soy gilipollas? —me clava el dedo en el pecho y, como respuesta, le doy un empujón. Cuando me pongo así, no puedo controlarme. No soy yo.

—¿Qué haces? —me grita.

—¿Qué ocurre aquí? —El Comandante Flores aparece de la nada acompañado por otros dos compañeros.

Richard y yo nos miramos unos segundos. Miradas muy diferentes pero igual de intensas. La suya me dice que si fuera un buen amigo, hablaría con nuestro superior de mi inestabilidad emocional. La mía le reta para que lo haga.

—Nada, señor. Una cuerda se ha roto —explica Richard, cubriéndome al final.

—¿No habéis comprobado el equipo antes de la prueba? —Contraataca.

—Por supuesto, señor. Haremos una evaluación y un informe de lo que ha podido pasar —sigue.

—Lo quiero dentro de dos horas.

—Sí, señor.

—¿Todo bien, Lewis? —se dirige a mí.

—Sí, señor.

Richard y yo recogemos el material y nos lo llevamos a una de las naves. Comprobamos que ha sido un mosquetón lo que se ha roto y preparamos el informe que vamos a presentar. Lo estoy revisando cuando mi amigo y compañero viene hasta mí y me ofrece una botella de agua.

—No piensas decir nada. —Le da un trago a su botella y me mira muy fijamente.

—Lo siento —digo con sinceridad y desde el fondo de mi corazón.

—Sé que lo sientes, pero no me vale con eso. Aquí nos jugamos la vida y la mía está en tus manos. ¿Crees que voy a dejarlo pasar?

—Es... Es por ella, ¿vale?

—¿Ella? Di su nombre, ¡joder!

Me levanto como un resorte y tiro el informe al suelo. Doy dos pasos hasta él y lo desafío.

—¿Crees que se me ha olvidado? ¡Sé cómo se llamaba! —Le doy un empujón.

—¡Pues dílo!

—¡Rachel! —Otro empujón—. ¡Rachel! —Vuelvo a empujarlo—. ¿Estás contento?

—¿Crees que estoy contento? ¿Esta cara es de estar contento? —Se la señala—. ¡Casi muero hace una hora porque mi jodido compañero se ha quedado congelado al escuchar un fuerte ruido! ¡¿Lo preguntas en serio?! —

Sus palabras son como un jarro de agua helada sobre mí y me detengo.

—¡Mierda! ¡Mierda! ¡Mierda! ¡¡Joder!! —bramo.

Me revuelvo el cabello, me tapo la cara y me giro, dándole la espalda.

Unos segundos después, mi amigo llega a mí, me pone la mano en el hombro y me da ánimos.

—Sé cómo te sientes, Lewis, pero tienes que superarlo. Hace ya cinco años.

—Pronto... Pronto es el aniversario de su... —Respiro—. De su muerte.

—Me lo he imaginado, pero no puedes... No puedes trabajar si no estás al cien por cien.

—Lo sé. Lo lamento.

—Habla con Flores. ¿Desde cuándo no coges vacaciones? Que te dé unos días libres. Te vendrán bien.

—Supongo... —No estoy muy seguro de ello.

—Vamos. Entreguemos esto. —Recoge el informe del suelo—. Y te invito a tomar una copa.

Entramos en un bar que suelen frecuentar militares de las bases cercanas. Paredes recubiertas de madera, suelo de madera y barra de madera. Todo color caoba y muy añejo. Nos detenemos en la barra y pedimos dos cervezas. Betty nos la sirve y las coloca sobre dos posavasos con el logo verde del bar: Bar Torts.

—¿Todo bien, chicos? —Nos sonrío—. Avisadme cuando necesitéis otra. Desaparece para atender a otras dos personas que hay un metro más a la derecha.

—Eres un buen amigo —apunto.

—Ya lo sé, pero... dime, ¿por qué lo dices como si estuvieras enamorado de mí? Solo te falta aletear las pestañas.

—Gilipollas. —Le doy un puñetazo en el pecho y un trago a mi bebida. En ese orden. Y es cuando veo a Lexi caminar hasta mí.

—Ahí viene tu novia. —Richard también la ve.

—Que te den. —Finjo una sonrisa cuando llega hasta nosotros.

—Hola. —Saluda a mi amigo con la mano. Y en mi saludo se entretiene más. Concretamente me rodea el cuello con el brazo y me susurra al oído—. ¿Por qué desapareciste? Creí que te apetecería repetir por la mañana.

—Verás, Lexi... —Hago una mueca y le quito el brazo de mi espalda—. Nunca me quedo a dormir en casa de mis amantes.

—Tampoco me dejaste dormir en tu casa aquel día —lamenta, con el cuello hacia un lado.

—Son las normas.

—¿Y quién las dicta? —Me acaricia el pecho por encima de la ropa. No contesto y ella insiste—. Estaré en mi piso esperándote. Solo tienes que llamar al timbre. Ya sabes dónde vivo. —Me da un beso en la comisura de los labios y se marcha.

—Está más buena que en ese cartel de cincuenta metros de Times Square. —Observa Richard—. Es... intensa.

Asiento y me bebo la cerveza de un trago. Levanto la mano y le pido otra ronda a Lexi.

—¿Por qué no quedas con ella? Te vendrá bien.

—Paso. —Cojo el nuevo botellín que ya tenemos delante y me lo llevo a la boca.

—¿Desde cuándo no mojas?

—Voy a mear. —Me levanto y desdeño su pregunta.

Salimos del bar casi de madrugada. Mi teléfono vuelve a sonar mientras Richard detiene un taxi y me obliga a acompañarlo a su casa. Se ha propuesto no dejarme solo esta noche y cree que va a lograrlo, pero le daré esquinazo antes de subir a su piso.

—¿Otra vez tu teléfono? ¿Es Lexi? Deberías ir.

Veo en la pantalla que es Arizona la que me llama por quinta vez en el día de hoy y, de nuevo, la ignoro. No quiero tener a nadie cerca durante estos días, prefiero pasarlos solo y que ella no vea mi dolor y el hombre en el que me convierto.

Hace dos días que no sé nada de Maddox. No atiende a mis llamadas ni contesta a los mensajes y sé que los lee, porque ni se preocupa en ocultarlo. Le he dicho en uno de ellos que estamos bien, que Garret no ha vuelto a aparecer y ni le ha importado, o eso me ha parecido. Estoy muy enfadada con él. ¿Por qué desaparece así? ¿No quiere volver a verme? ¿Hemos terminado? Si quería romper conmigo, debería habérmelo dicho a la cara.

La cabeza va a explotarme y se van a manchar de sesos todas las paredes de esta aséptica cafetería de hospital en la que trato de relajarme durante cinco minutos. Me masajeo la frente y me prometo que es la última vez que lo intento. Marco el número de Maddox y espero a que se agoten los tonos.

—Pufff... —Resoplo.

—Arizona, por fin te encuentro. —Erika, mi compañera, se sienta a mi lado—. ¿A ti también te han jodido el fin de semana?

—Eh... —Se refiere a que tenemos que trabajar sábado y domingo—. Sí...

—¿Tenías planes? Yo había alquilado una casita en las afueras.

—No, pero quería descansar. —Lo cierto es que iba a pasarlo con Melyssa antes de su marcha el domingo.

—Chicas. —Nos llama Andrew, que camina en nuestra dirección junto a Taylor—. Nos han jodido el fin de semana.

—Ya somos cuatro —le contesta Erika, levantando cuatro dedos de una mano.

—¿A vosotras también? —Taylor toma asiento a mi lado.

—Es un complot para cargarse a los residentes —apunto, intentando ser parte de la conversación y olvidarme de que Maddox ha desaparecido de la faz de la tierra.

—Propongo salir a cenar el domingo. Los cuatro. —Andrew nos señala—. Tomaremos unas copas y nos olvidaremos de que Davis y Kane nos han tenido secuestrados.

—Venga, no es para tanto. Solo es una guardia —señalo.

—De cuarenta y ocho horas. ¿Eso es legal? —Erika alza las manos.

—Si lo es, ¡no debería serlo! —contesta Taylor en tono bélico.

Ríen.

—Estáis locos —susurro y me uno a sus risas.

Recojo a Mely en casa y nos vamos a cenar con Eleanor. Ha prometido llevarnos a un sitio muy especial para ella. De nada me valió comentarle que llevo quince horas trabajando y que mi mayor deseo es tomarme un café muy caliente y tirarme sobre mi pequeño sofá con los calcetines de lana que me tejió mi abuela. Vale, los que me tejió mi abuela siguen en algún lugar de Asia, pero estos, comprados en una mercería, son casi igual de calentitos.

—Si no quieres, no vamos. No lo hagas por mí. Yo prefiero quedarme en casa esta noche —me dice Mely, mientras me arrastro por el suelo de mi apartamento cual osito a punto de hibernar.

—No, no. No importa. Estoy bien. Y no puedo negarle esto a Eleanor. Está muy ilusionada. ¿Has visto mi abrigo azul?

—Está detrás de la puerta del baño. ¿Qué hace ahí? No tengo ni idea. No me lo he puesto de albornoz. —Bromea.

—No te he acusado, pero no me extrañaría. Te he visto hacer cosas más raras. —Lo cojo y me lo pongo—. ¿Estás lista? Hemos quedado dentro de cuarenta minutos y no quiero llegar tarde. ¿Has llamado al taxi?

—Eh... —Duda.

—¿Se te ha olvidado? No me lo puedo creer, Melyssa. Era lo único que tenías que hacer.

—No... Yo...

Llaman al portero automático y la interrumpen.

—Te has salvado por la campana. Ahí está. Anda, vamos. —Abro la puerta del piso y la animo a salir con un movimiento espasmódico de mis manos.

—¿Qué pasa? Tenemos que ir. Lo pasaremos bien —la animo. Desde que el taxista nos ha dado el toque, se le ha comido la lengua el gato—. Además, no volveremos muy tarde. Eleanor no puede trasnochar.

—Ya... —Da pataditas, dentro del ascensor, a una piedrecita imaginaria.

—Garret no está. Se ha ido. Al menos la policía así lo cree. —Le agarro de la mano y la aprieto.

El ascensor se abre y salimos a la calle. No es un taxi el que nos espera, sino el coche de Maddox, con Maddox de pie junto al él.

—Mely... ¿Y el taxi?

—¡Ups! —Se tapa la boca y abre mucho los ojos.

—Buenas noches —Maddox nos saluda.

—Hola. —Trato de no mirarlo, pero su cuerpo perfecto me atrae hasta él sin poder hacer demasiado para evitarlo. Viene más guapo que nunca y lo odio un poquito más por eso.

Melyssa se mete en el coche y yo trato de imitarla, pero Maddox me corta el paso, obligándome a detenerme.

—¿Podemos hablar un momento?

—Prefiero que no. Vámonos. Es tarde.

—No es tarde. Tenemos que hablar.

—Cierto. —Me cruzo los brazos—. Lo que sea que teníamos... ha terminado. Lo digo por si no había alguna duda, aunque me quedó claro después del duodécimo mensaje sin contestar cuatro días después.

Me agarra del brazo y me pega a él.

—Arizona, ¿estás rompiendo conmigo?

—Lo dudo. No creo ni que hubiese algo que romper. —Tiro de mí.

—Ari... —Me agarra más fuerte—. Déjame explicarte...

—¿Sabes? No quiero ningún tipo de explicación de un tío que se fue de mi cama de madrugada sin despedirse y que no volvió a ponerse en contacto conmigo. Creí que, ante todo, éramos amigos.

—Lo somos...

—¿Podemos irnos? Supongo que vamos a cenar juntos y no puedo hacer nada para evitarlo.

Nos retamos con la mirada hasta que decide soltarme y huyo con las rodillas temblando y el corazón desbocado.

—Anda que ya te vale... —reprocho a mi amiga, en el asiento de atrás.

Maddox sube a por Eleanor y, mientras esperamos en el coche, regaño a mi amiga por la encerrona.

—No he sido yo. Lo ha invitado Eleanor.

—Pero tú sabías que iría a buscarnos. Me podías haber avisado.

—¿Por qué? ¿Te hubiera servido para hacerte a la idea y no hiperventilar al verlo?

—No he hiperventilado.

—Ah, ¿no? —Se abanica con las manos y me parodia (o eso cree ella)—. «No somos amigos, Maddox, en realidad estoy coladita por ti».

—¡No he dicho eso!

—Pero lo estás.

—Estoy qué.

—Coladita por él. Estás enamorada.

Su afirmación me cala hondo y reverbera en mi pecho durante solo unos segundos, porque, por fortuna, veo llegar a Eleanor con Maddox y salgo del coche para cederle al asiento del copiloto, más cómodo para ella.

Cenamos en un pequeño restaurante muy exclusivo en Brodway. Las mesas son pequeñas, el decorado vintage y la iluminación muy tenue. Es como si hubiésemos hecho un viaje astral a los años sesenta al cruzar su puerta. Maddox intenta hablar conmigo en varias ocasiones, pero lo corto y le hago entender que no es ni el momento ni el lugar. Parece irritado y, al final de la cena, hasta un poco agobiado. Bufa y se tira del pelo constantemente.

—¿Preparados para soñar? —Eleanor nos sonríe ante una puerta enorme de madera franqueada por otras dos de dos hojas cada una bajo un gran pórtico sobre el que se suscribe: Teatro Hudson.

—¿Vamos a ver una obra? Siempre he querido ver una obra en Broadway —enuncia Melyssa ilusionada.

—Buenas noches, Madame Harris Star. La estábamos esperando. —Un hombre con gorra nos abre la puerta.

Lo cierto es que está limpio pero parece cerrado. No tengo ni idea de qué hacemos aquí. Incluso las luces están parcialmente apagadas.

—¿Todo preparado?

—Por supuesto. La esperan abajo.

—Acompaña a los chicos a sus asientos, por favor.

Quince minutos más tarde, las luces del patio de butaca, en el que ocupamos la tercera fila, se apagan por completo y un foco se centra en el centro del escenario. Estamos solos los tres, el mutismo es tan fuerte que abruma y un pequeño movimiento al fondo nos avisa de que algo está a punto de ocurrir. Eleanor sale con un pequeño camisón salmón, el pelo suelto y revuelto y descalza. Comienza a actuar y solo tarda un minuto en dejarnos con la boca abierta. Su inmejorable actuación dura casi una hora que se me pasa volando y que termina siendo espectacular en la recta final, cuando hace un llamamiento a la mujer de los años sesenta para que siga cambiando el mundo y no se atemorice por nada.

Casi lloro cuando se cierra el telón y la música termina. Las lágrimas me queman tras los ojos, y, si no lo hago, es por vergüenza. Ha sido una experiencia inolvidable. Nos ponemos de pie y nuestros aplausos hacen eco en el recinto vacío.

El hombre que nos recibió en nuestra llegada nos lleva ahora hasta los camerinos para encontrarnos con La Gran Madame Harri Star, a la que le doy un abrazo en cuanto entro en la habitación. Dos chicas están guardando el vestuario y la ayudan a vestirse.

—Mi más sincera enhorabuena, has sido increíble.

—Felicidades. —Maddox y Melyssa también la felicitan.

—¿Habéis disfrutado? Quería daros las gracias de una manera especial.

—Oh, Eleanor. —Le aprieto la mano que tengo cogida con cariño—. Ha sido mágico. Me he emocionado mucho. ¿Por qué aquí? ¿Por qué en este teatro?

—Aquí me dieron mi primera oportunidad y es muy especial para mí. —Eleanor, a la que no se le escapa una, echa una mirada a Maddox y después a mí. No es normal que el teniente esté tan callado en un momento como este, yo también me he dado cuenta de que está demasiado abstraído—. Pero lo cierto es que ya estoy un poco cansada. Mely, cariño, ¿me ayudas con todo esto? Maddox y Arizona pueden ir por el coche y recogernos en la puerta. No creo que pueda caminar ni una manzana.

—Puedo ir solo. Os recojo en media hora. —Lo hemos dejado bastante lejos.

—No, no. ¿Y si te ocurre algo? —Insiste en plan drama—. No me lo perdonaría. Es muy tarde y la calle estará desierta. Anda, mi niña, ve con él y tened cuidado. Nueva York es una ciudad peligrosa. —Sigue actuando igual o mejor que en el escenario.

—Vosotras me necesitáis aquí. El teniente...

—El teniente está deseando dar un paseo contigo. No me llevéis la contraria, soy muy mayor para discutir. —Me echa a empujones. Pues para estar muy cansada, tiene una fuerza descomunal.

—Quédate aquí si quieres. Puedes esperarla sentada en el patio de butacas —comenta, caminando a mi lado y cruzando un pasillo oscuro y tenebroso.

—¿Te molesta mi compañía?

—No es eso, Arizona. Es por ti. Tú eres la que no quiere ni sentarse a mi lado.

—¿Lo dices por hace un rato? —Senté estratégicamente a Melyssa entre los dos. Había decenas de sillas vacías. ¡Todas! Podías sentarte donde quisieras—. Es por aquí. —Señalo un arco que va hasta una sala repleta de fotos de artistas, muchos de ellos fallecidos hace décadas. Me quedo observando una.

—Este teatro debe ser muy antiguo.

—Tiene más de cien años. Arizona. —Me rodea la muñeca con los dedos y pega su boca a la mía. Siento su aliento envolverse por dentro y por fuera. Tiene un poder sobrehumano sobre mí. Su magnetismo, su olor, su voz—. No me ignores. No lo soporto —susurra.

—No... —Trago con dificultad—. No te estoy ignorando. Estoy hablando contigo. ¿Podemos irnos?

—No hasta que me beses. —Se muerde el labio inferior y todas las mariposas de Norteamérica, incluso las de Canadá, se agolpan en mi garganta sin dejarme respirar.

—¿Y qué harás después? ¿Desaparecerás?

—Después te voy a llevar a mi casa, te meteré en mi cama y te comeré entera. —Sus labios se mueven sobre los míos.

Glup, glup.

Mierda. No esperaba esa respuesta. Me derrito por dentro. Me tiemblan las manos y las piernas.

Busco fuerzas hasta en los bolsillos de mi abrigo.

—No podemos. Tenemos que recoger a Eleanor y a Melyssa.

—Eso no es un problema. ¿Quieres o no quieres? Sé clara conmigo. Yo me muero por hundirme en ti. —Termina de posar sus labios sobre los míos y nos besamos con pasión.

Maddox detiene el coche en la puerta de mi apartamento tras dejar a Eleanor en el suyo y asegurarnos de que Heather la espera despierta. Melyssa se despide de él y sale del coche, esperando que yo haga lo mismo.

—No te vayas —suplica.

—Puedes subir tú.

—Para lo que quiero hacerte esta noche, prefiero que estemos solos.

Miro al frente debatiéndome entre dejarme llevar por la pasión y que vuelva a romperme el corazón, o subir a mi apartamento y tratar de dormir sin soñar con sus besos y arrepintiéndome de no estar entre sus brazos.

—Mañana desaparecerás.

—No lo haré. Te lo prometo.

—No prometas si no estás seguro de que cumplirás tu promesa.

Se gira hacia mí, me agarra la cara y me besa.

—Supongo que tendré que sacar la artillería pesada. —Me acaricia las mejillas y pone ojillos de cachorrillo abandonado.

—Juegas sucio conmigo.

—Lo admito, pero todavía no has visto nada. Déjame desnudarte. —Dan un par de golpes en la ventana y miro hacia atrás—. Mely tiene algo que decirnos.

—¿Vienes o subo? —pregunta, cuando bajo la ventanilla—. Está nevando, por si en vuestra burbuja de amor no os habéis dado cuenta. Tengo frío.

Lo pienso...

—Toma las llaves. No volveré hasta mañana. ¿Estarás bien?

—Claro. Si no tengo que cortarme los dedos de las manos. —Las frota—. Adiós, pareja. Nos vemos mañana.

Entramos en su apartamento besándonos. Estrellamos nuestras bocas en cuanto aparcó el coche y desde entonces no las hemos separado. Casi no puedo respirar, pero no me importa. Nunca lo

había visto tan poco contenido, dando tanto, aunque sea sexualmente hablando. Dirige el beso con una pasión salvaje, agarrándome del cuello y guiándome hasta su dormitorio mientras se deshace de mi ropa por el camino. Ni siquiera me he dado cuenta de que haya abierto la puerta de la casa. Me muerde los labios, mete la lengua, me saborea. Arqueo el cuello cuando se dirige a lamermme entre los pechos y a mordermme el pezón por encima del sujetador. Estamos a la orilla de su cama; yo en ropa interior, él completamente vestido.

—No puedo más. —Me empuja hacia atrás, me arranca las braguitas, se desabrocha el pantalón y me empala sin preguntarme si estoy preparada. Mi grito es tan enérgico que rebota en las paredes.

Trato de tocarlo, pero me agarra las manos y las aguanta sobre mi cabeza sin dejar de penetrarme con fuerza una y otra vez. Cuando ve conveniente, se pone de rodillas, me levanta la cadera y sigue empalándome mientras me pellizca los pezones, aún escondidos tras encaje blanco. Sale de mí, me da la vuelta y vuelve a perderse y a mover su pelvis. Los únicos sonidos que se escuchan es el golpeteo de su cuerpo con mi cuerpo y nuestros más que considerados gemidos y gritos. Noto que va a terminar cuando acelera el ritmo y sus dedos aprietan mi cintura para evitar mi movilidad. Se derrama dentro de mí y de su boca sale un jadeo ronco que le araña la garganta. Yo tardo un poco más pero me corro cuando noto su semen caliente tocar mis paredes.

Caemos sobre la cama. Yo boca abajo y su cuerpo sobre mi cuerpo. Tardamos más de un minuto en acompasar las respiraciones y, durante ese tiempo, sigue dentro de mí. Riega de besos mi cuello y mis hombros sin moverse demasiado.

—¿He sido demasiado brusco?

—No me quejo —respondo, con miedo a que lo siguiente sea que su estado de ánimo cambie y me pide que me vaya, pero eso no ocurre; más bien se tumba a mi lado y me abraza—. Maddox...

—¿Mmm?

—¿Quién es Rachel?

Noto que su cuerpo se tensa y deja de respirar. Giro sobre mi cuerpo y me pongo frente a él. Sus preciosos ojos claros ahora son oscuros como la noche más cerrada y están perdidos en un punto fijo de la pared detrás de mí.

—No quiero parecer entrometida, pero... —Alargo el brazo y cojo una pulsera que acabo de ver. Es de plata y en ella está grabado el nombre de Rachel. Me levanto enfadada y maldiciendo. Y eso que mis padres me enseñaron que maldecir te lleva al infierno—. Joder, soy idiota. —Recojo mi ropa del suelo y llego al salón donde están mis pantalones y mi chaleco. Me visto con urgencia y susurro una y otra vez lo jodidamente imbécil que soy porque salgo con un tío que sale o, por lo menos, se acuesta con otras. Trato de ponerme los zapatos de pie, pero no soy famosa por mi equilibrio y me apoyo en el brazo del sofá para colarlos y largarme de aquí cuanto antes.

Maddox ni siquiera ha salido de la habitación. No piensa ni molestarse en excusarse. ¿Qué le pasa? Es una persona totalmente diferente a la que conocí, pero lo cierto es que ¿realmente lo conozco? Hace apenas dos meses que llegué a esta ciudad y que sea de las pocas personas que he conocido no significa que sepa quién es o cómo es. ¡Oh, Dios mío! Si mi madre supiera lo que hago en Nueva York vendría a buscarme y me encerraría en mi dormitorio hasta el verano. ¡No sé nada de su vida!

Lo encuentro bajo el vano de la puerta solo con unos slips y los hombros caídos. Lleva la pulsera en una mano, enredada entre sus dedos.

—Podías haber guardado la pulsera antes de invitarme a tu casa. —No contesta. Solo me mira, me mira y me mira—. Da igual. Hoy no desapareces tú, lo hago yo, y es para siempre. —Espero a que reaccione. Un último resquicio de esperanza que desaparece cuando da media vuelta y se pierde dentro del dormitorio.

—Se acabó —me digo—. ¿Dónde está mi bolso? —Busco tras el sofá, revuelvo los cojines, me agacho para mirar por el suelo. Lo cojo de una silla y me lo cuelgo en el hombro.

—Arizona... —Me reclama con voz rasgada.

—No lo hagas, Maddox. Te lo pido por favor. —Salgo y cierro dando un portazo.

Despido a Melyssa en el aeropuerto con un beso y un abrazo. Está nevando y pronto llegará la navidad. Ya podemos disfrutar de la ciudad engalanada con las pertinentes luces. Lo había visto en películas o reportajes, pero vivirlo en persona..., estar aquí no tiene nada que ver. Voy directa hasta el hospital donde paso un domingo largo y tedioso después de casi cuarenta y ocho horas seguidas sin descansar.

—Gracias por cubrirme. —Le doy un pequeño abrazo a Taylor que se ha encargado de mis pacientes las últimas dos horas.

—Davis nos espera arriba. Va a realizar una cirugía de urgencia. ¿Un café para el camino? —Señala la máquina.

—Por favor —suplico.

—¿Estás preparada para esta noche?

—Ahora mismo solo quiero dormir. No me hables de salir de fiesta.

—Será una cena tranquila. Yo tampoco prometo no quedarme dormido sobre el plato.

Me hace sonreír. Taylor García es un chico atento, simpático y que me hace los días más fáciles. Además es muy guapo. Tiene unos rasgos latinos que volverían loca a cualquier mujer.

—¿Seguro que estás bien? ¿Y Heather aún no ha llegado? —Tengo el teléfono en manos libres sobre el mueble del cuarto de baño mientras me doy un poco de rímel y brillo de labios.

—Estará a punto de llegar. Deja de preocuparte.

—Son más de las ocho.

—Ayer estuvo aquí el teniente. Me trajo unos *bagels* deliciosos. Es un buen chico. —No me pasa desapercibida la indirecta. Contesto con un silencio eterno y ella sigue—. Ese muchacho es bueno, solo necesita tiempo. ¿Qué os ha pasado?

No pienso contarle que me encontré la pulsera de otra mujer sobre su mesita de noche justo después de que folláramos de una manera brusca y perversa.

—No es para mí.

—No digas tonterías, niña. He visto cómo te mira, cómo os miráis.

—Me gusta, y tal vez le guste a él, pero eso no significa que lo nuestro deba alargarse mucho más. Maddox no quiere una relación y yo no... No soy para él. —Zanjo.

—Bueno... Yo solo digo que le des una oportunidad.

—Tengo que irme, Eleanor. Mañana te llamo. Si necesitas algo, solo tienes que marcar mi número. Estaré allí a cualquier hora. ¡Voy! —grito en dirección a la puerta tras escuchar cómo la aporrean—. Tengo que dejarte.

—Me has dejado un poco más sorda. Pásalo bien, niña, pero no demasiado.

—Adiós, Eleanor.

Abro la puerta tras mirar por la mirilla y cerciorarme de que no es ningún asesino en serie.

—Me meo. —Erika cruza mi pequeño apartamento y le señalo la puerta del cuarto de baño—. ¿Te he asustado? —chilla.

—No te preocupes. Tengo gas pimienta. ¿Y Taylor? —Me pongo el abrigo.

—Está abajo. Andrew nos espera en el restaurante —informa, llegando a mi lado—. Tienes un piso muy bonito.

—Gracias. ¿Está lejos el restaurante? Tengo mucha hambre.

—Unas diez manzanas. No demasiado.

—Hola, damas. —Taylor nos abre la puerta del coche y me da un abrazo—. Estás preciosa. Me lo pones muy difícil.

Sonrío y le doy un beso en la mejilla.

—Por suerte sabes controlarte. Además... Sabes lo que hay. —Erika se sienta en la parte de atrás.

—¿Qué hay? Ah, sí, el tipo ese con el que sales. —Se me constriñe el gesto—. ¿He dicho algo molesto? —se preocupa.

—No, no... Solo... Ya no salgo con nadie. —Me sincero.

—Vaya... La noche acaba de mejorar mucho... —Cierra cuando entro y rodea el coche—. ¿Preparadas para pasarlo bien? Andrew ha pedido vino.

—Vino y cincuenta horas despierta. Me voy a dormir antes de la tercera copa —comenta Erika.

—Yo no creo ni que llegue a la segunda —afirmo yo.

Pasamos de la cuarta copa de vino y hasta llegamos al segundo Martini en un local pijo del centro de Manhattan. Nos reímos contando anécdotas de las últimas guardias y de las veces que nos hemos quedado dormidos de pie mientras esperábamos que llegara alguna urgencia.

—No se te caía, tío. Esa cañita se te pegó a la oreja como si tuviera silicona. —Andrew recuerda la última broma que hizo a Taylor—. ¿Nos pone otra ronda? —Se dirige al camarero que pasa por allí.

—Esa te la debo —le contesta sin perder la sonrisa.

—¡No la pongas! —Erika anula el pedido—. Nos vamos a otro sitio. Venga, levantaos. Este antro apesta a perfume caro. Os voy a llevar a un lugar que huele a Nueva York. —Se levanta y coge el bolso.

—Mejor me voy a casa. Es tarde.

—De eso nada, doctora Li. Mañana descansamos y vamos a vivir la noche como los vampiros —sigue sin darme lugar a réplica.

—Yo también quiero irme a casa, pero no me atrevo a llevarle la contraria. —Taylor me susurra al oído, sentados en la parte de atrás de un taxi. Erika y Andrew discuten sobre cómo hacer una vasectomía con menos repercusión en la recuperación de un paciente. ¿En serio hablan de eso? Han bebido demasiado, seguro.

—Entonces... Ese tipo y tú habéis roto. Qué pena... —Hace morritos y me acaricia la mano—. ¿Puedo hacerte una pregunta? ¿Saldrás ahora conmigo?

—Estamos saliendo ahora.

—Me refiero solos. Sin estos dos doctores de pacotilla que hablan sobre cirugía en un taxi a la una de la madrugada.

—Dan asco —bromeo, metiéndome un dedo en la boca y fingiendo que vomito.

—¿Dónde nos has traído? —pregunta Andrew mirando la fachada del bar, de piedra y madera, donde hay aparcadas una decena de motos—. ¿Chelsea?

—No es el culo de Montana. No seas snob. Vamos. Vais a beber el mejor whisky de Nueva York. —Erika lo agarra del brazo y tira de él.

Taylor me ofrece la mano, se la agarro y cruzamos la puerta del local sonriendo y expectantes por ver qué se cuece dentro. No hay demasiada gente y el ambiente es tranquilo, lo único a resaltar es la cantidad de personas con diferentes uniformes del ejército de los Estados Unidos. Por un momento se me pasa por la cabeza la posibilidad de que algunos de ellos sea del teniente Lewis, pero mi inseguridad solo dura una milésima de segundo; ¿qué posibilidad hay de que nos encontremos en una ciudad de más de ocho millones de habitantes?

Nos sentamos en una mesa con bancos de madera y respaldo pegado a la pared por un lateral. Taylor y yo a un lado, y Erika y Andrew al otro. Este último se levanta para pedir cuatro whiskies y aprovecho para barrer el local con la mirada. No está. Sé que es muy improbable que coincidamos aquí esta noche, pero algo nos atrae el uno al otro y no me extraña nada de lo que ocurra en nuestro entorno. ¡Por Dios! ¡Caí a sus pies desde un avión que llevaba varias bombas! ¡Es de locos!

—Aquí tenéis. Brindemos porque la residencia no se haga cuesta arriba y porque nos graduemos con honores. —Andrew nos amina.

—Estoy haciendo mucho esfuerzo para no cerrar los ojos. —Erika se abre los párpados y nos reímos—. En serio. Si me duermo, ¡ni se te ocurra ponerme cañitas en las orejas! ¡Ni en la nariz! —Le da un golpe a Andrew en el brazo.

Taylor pone su brazo alrededor de mí pero sin tocarme, dejándolo sobre el respaldo del banco y se pega a mi cuerpo.

—Si yo me duermo, puedes hacer con mi cuerpo lo que quieras.

—Tal vez te saque los órganos y los venda.

—¿Serías capaz? —Abre mucho los ojos—. Te pagarían una pasta gansa. —Me mira los labios—. Dime, ¿qué hago contigo si te duermes?

—Llevarme a un lugar caliente y blando. Ni se te ocurra dejarme dormir sobre esta mesa.

—Caliente y blando... Así de repente se me ocurren un par de sitios... —Se acerca a mí y me da un corto pero sensible beso en los labios que, aunque no forma en mí un torbellino de sensaciones, me gusta, es agradable y me reconforta.

—Arizona. —Una voz, su voz, nos interrumpe y se clava en mi pecho como una lanza de metal. Miro hacia arriba y me encuentro con el teniente Lewis, vestido con ropa de camuflaje y mirándome con cara de pocos amigos—. ¿Podemos hablar?

Niego con la cabeza tras tragar con dificultad.

—Solo será un momento —insiste.

—Te ha dicho que no —le advierte Taylor después de levantarse y hacerle frente—. Será mejor que te vayas.

—¿Has visto dónde estás? —habla con tranquilidad pero con rabia acumulada.

—¿Vas a pedir ayuda a tus amiguitos? —replica, tras echar una ojeada a la sala, repleta de oficiales.

—No necesito a nadie para tumbarte si no te apartas.

—Está bien, está bien. Taylor, no pasa nada. Ahora vuelvo.

—¿Estás segura? No tienes que ir con este macarra si no quieres.

Maddox da un paso hacia delante para asestarle un puñetazo cuando escucha el insulto, pero yo lo detengo con las dos manos sobre su pecho y le pido que nos vayamos. El viento helado me corta la cara en cuanto pisamos la calle.

—¿Era necesario eso? —Señalo dentro.

—¿Quién es ese?

—No te importa.

—O me lo dices, o entro y le parto la cara.

—¡Por Dios! ¡Es un compañero! ¡Es Taylor! ¡Ya os he presentado antes!

Da un paso hacia mí.

—¿Es una cita? ¿Es eso? ¿Salís juntos?

—¿Por qué debería importarte?

—¡Eso digo yo!! ¡Pero me importa!! —Se toca el cabello, me clava la mirada y camina hasta mí. Me quedo quieta, viene a besarme y no quiero, ¡no quiero!

—Para. —No lo hace—. Para, por favor. —Se detiene en seco a solo un palmo de mí—. Voy a entrar y vamos a olvidar que esto ha pasado. Me terminaré la copa y me iré a casa. Tú no vas a hacer nada porque no salimos juntos, ya no, no sé si alguna vez lo hemos hecho.

—No te vayas. —Me doy cuenta de que está un poco ebrio. Ahora esta insensatez cobra un poco más de sentido. Puedo oler el alcohol salir de su boca y llegar hasta la mía. Un aroma que mezclado al suyo se convierte en un elixir narcótico muy potente. Me agarra los brazos y me pega a él—. Te necesito...

—¿Y también necesitas a Rachel? Llámala a ella. Seguro que está encantada de consolarte —lanzo con rabia, pero nada comparado con la rabia que él me suelta y da un paso atrás. El semblante se le oscurece y los ojos le empiezan a brillar.

—¡Rachel?! —Traga con dificultad—. ¡No sabes una puta mierda de mí!! ¡No sabes nada!! —Se gira y le da dos puñetazos y una patada a un poste de luz que se tambalea y la nieve cae sobre nuestras cabezas—. Joder, joder, joder... —Se tapa la cara—. Joder, joder, joder —se lamenta. Parece que solloza y el corazón se me detiene. ¿Está llorando?

—Maddox... —Intento acercarme a él, pero cuando lo toco da un salto hacia atrás y clava sus ojos sobre los míos con un odio que jamás le había visto.

—¡Vete de aquí! ¡Vete! ¡Llevas razón! ¡No vuelvas a acercarte a mí!! ¡No vuelvas ni a mirarme a la jodida cara!! ¡¿Me has entendido?! ¡¿Me has entendido?! —No puedo moverme. Me he quedado congelada y no es del frío helado que vuela sobre la calzada—. ¡He dicho que te vayas!! ¡Vete!! ¡Vete!!

—¡Maddox! —un hombre con el mismo uniforme sale del bar y llega corriendo hasta él—. Maddox, tío, tranquilízate. —El otro lo empuja con tanta fuerza que casi lo tira al suelo—. ¡Maddox!

—¡Joder! ¡He dicho que te largues! —vuelve a dirigirse a mí con furia. Da un paso en mi dirección y su amigo lo detiene para que no pueda ni tocarme. ¿Cree que puede ser peligroso? ¿Puede hacerme daño?

—Oye.—Me habla el amigo—. Será mejor que te vayas.

—Yo... —balbuceo.

—No te preocupes por él. Yo me encargo, pero será mejor que te vayas. Por favor —insiste.

Miro a Maddox y observo que una lágrima rueda por su mejilla. ¿Qué le ha afectado tanto? No puede estar llorando porque me haya visto con otro hombre, aunque me haya visto besarlo, no puede ser, algo se me escapa.

—Está bien. —Doy dos pasos hacia atrás, hasta que me giro y me dispongo a entrar en el bar, pero antes vuelvo la vista atrás y los veo discutir y gritar. ¿Qué le ocurre al Maddox? ¿Dónde está el chico amable y atento que conocí?

Dos semanas después aún recuerdo cómo Maddox perdió los nervios delante de mí y no encuentro una explicación lógica al hecho que me dejó hecha polvo hasta hoy. Estoy preocupada, pero haré de tripas corazón y cumpliré lo que ambos queremos, no saber más el uno del otro. El martes ocurre algo que me hace recapacitar y tomar las riendas de mi vida, tal y como siempre he hecho.

Perdemos un paciente de una manera inesperada y, aunque cabía esa posibilidad, nunca comienzas una cirugía pensando que ese corazón que tienes en tus manos (casi literalmente hablando) dejará de latir para siempre. Es duro. Y lo único que me apetece es llamar a Maddox y refugiarme en sus brazos. Esto me desconcierta y me aflige hasta el punto de ponerme a llorar en la sala de recuperación, donde deberíamos darnos la enhorabuena por la operación como en otras ocasiones. La vida dura solo un segundo y de nosotros depende hacerlo inolvidable. Por eso, me armo de valentía y soy yo misma la que esa noche, en la puerta del hospital, le pido a Taylor que salgamos al cine. Es hora de pasar página y desde esa noche llevo dándoles largas a un chico atento y que me gusta. Ya no más. Voy a proponerme aprovechar cada minuto del día y no me voy a negar a pasarlo bien con un amigo que además me hace reír. Queda poco menos de dos semanas para Navidad y viajaré unos días a casa. Tengo ganas de discutir sobre fútbol con mi padre, de hacer pasteles salados con mi madre y de pasear por mi pueblo en bicicleta. Un poco de aire limpio me vendrá bien.

—Y dime, ¿qué harás en Alabama?

—Dar de comer a mis gallinas.

—¿Tienes gallinas? —Taylor ríe tras una cerveza en un bar de Harlem.

—Seis. También tengo cinco gatos, un perro, dos caballos y una vaca.

—Pero, ¿dónde vives? ¿En un zoo?

—Un rancho.

—¿Tenéis ganado?

—No. Mis padres regentan una tienda de antigüedades en el centro de Auburn. Por cierto, se llama Rocky.

—¿El perro?

—No.

—¿La vaca?

—¡Nooo!

—Por Dios, ¿quién?

—¡Mi padre!

Volvemos a reírnos.

—¿Tu padre se llama Rocky? ¿Es un apodo?

—No, que va. Mi abuelo era muy fan de esas películas y quiso que su hijo se llamara así.

—Debe ser joven.

—Mi madre se quedó embarazada a los quince. Fue todo un escándalo en el pueblo. ¿Damos un paseo?

El sol de Nueva York no calienta tanto como me gustaría pero hoy aún no ha nevado y se puede pasear por la calle sin clavar los pies en una montaña de nieve.

—Me gusta estar contigo. —Me agarra de la mano y me mira.

—Y a mí contigo.

—¿Cuántas veces hemos salido ya? ¿No crees que merezco un poco de cariño por tu parte?

—Lloriquea.

—¿Suplicas que te deje subir a casa?

—¿Necesitas que me arrodille?

—Eh... No. Pero solo porque el suelo está muy frío.

—Oh, gracias por pensar en mí y en mis rodillas. —Deja un suave beso en mis labios y sonrío sobre ellos—. ¿Sabes qué? Esta noche voy a hacerme yo el duro. No subiré a tu casa si no me lo suplicas.

—Pues vas listo. —Tiro de él, me suelto la mano y caminamos hasta la calle principal en busca de un taxi.

Unos tíos salen de un bar dando bandazos y riendo y uno de ellos se choca conmigo.

—Lo siento —lamenta.

—No pasa nada. —Sigo mi camino pero me detiene.

—¿Nos conocemos de algo? —Arruga el ceño. Lo miro y un escalofrío me recorre entera. Voy a salir huyendo cuando sigue—. Eres Arizona. —Me señala—. Eres Arizona, ¿no? La chica de Maddox.

—No, yo... —Es el tío que lo tranquilizó y que me salvó de morir ahogada por todos los sentimientos que la presencia de Maddox me producen. Esa noche fue muy intensa y este tío cortó el lazo que me llevaba irremediamente a volver a él una y otra vez como una kamikaze.

—¿Puedo hablar contigo un momento? Solo un momento. —Trato de negarme pero no me da opción—. Tíos, id delante, ahora voy yo. —Informa a sus amigos y vuelve a mirarme—. ¿Podemos hablar en privado?

—Taylor... ¿Te importa esperar dentro de esa cafetería y pedirme un café muy caliente?

—¿Estás segura?

—Sí, no te preocupes.

—Lamento que fueras testigo de aquello la otra noche. Soy Richard, teniente Richard Peck. —Me ofrece la mano y se la estrecho.

—Arizona Li, pero eso ya lo sabes. Y no eres tú quien debería disculparse.

—Maddox está pasando por un mal momento. Tal vez te interese saberlo.

—Ya no me importa. No somos amigos y no vamos a serlo. ¿Eso es todo?

—Es cierto lo que dice, la paciencia no es uno de tus dones.

—¿Te habla de mí?

—Le ha costado, pero sí. Somos amigos y me preocupo por él. No me concierne contarte sus... —lo piensa— problemas, pero tal vez te sirva saber que haberte conocido le ha ayudado a dar algunos pasos.

—Ya, conocerme a mí y a otras cuantas. Mira, entiendo que defiendas a tu amigo y... camarada, pero Maddox y yo no tenemos nada en común y buscamos cosas diferentes. He intentado entenderlo, ha cambiado mucho en el último mes y... —Suspiro. No voy a darle explicaciones.

—¿Arizona! —me llama Taylor.

—Tengo que irme. —Me dispongo a marcharme.

—Dale una oportunidad.

—¿Está bien? —le pregunto sin poder contenerme antes de despedirme de nuevo.

—Lo estará.

MADDOX

Murió tres días antes de Navidad. ¡Tres! Ese año viajábamos a Nueva Guinea durante un mes a pasar el año nuevo construyendo un campamento. Fue idea suya. Nos dan treinta días de vacaciones tras una temporada en Irak y a ella solo le apetecía viajar de nuevo al otro lado del mundo para ayudar a los que más lo necesitan. ¡Joder! Otra vez me ahoga un sollozo que me deja sin respiración. No puedo seguir así. Hoy hace exactamente seis años de aquel fatídico día y solo me apetece beber hasta perder la consciencia. Me han dado unos días de permiso sin solicitarlos. Me he enfadado con Richard porque sé que él ha tenido algo que ver. Sé que no ha dicho la verdad y debería habérselo agradecido, pero, en cambio, le he gritado y empujado como suelo hacer. Me llamó mi superior y me informó de que podía irme a casa a descansar cinco días. Busqué a mi amigo y quise romperle la nariz. Destrocé el vestuario y no paré hasta que me quedé sin voz y sin nada que romper. Así solo le daba la razón y él me lo recordó.

—¿Crees que así vas a convencerme de que estás bien? Vete a casa, descansa y piensa en si realmente esta es la vida que quieres.

—¡Claro que no! Pero ella ya no está. ¿Qué más da?

—Sí está, Lewis. —Lo miré con intensidad y él se explicó—. Arizona está. Solo la he visto una vez, pero sé cómo te mira. A esa chica le importas y, si no te das cuenta de que ella a ti también, es que eres más necio de lo que yo creía.

—Que te den, Peck.

—Lo que tú digas. Recoge esto y vete. Si te veo por aquí durante los próximos días, daré parte de tu situación. Lo hago por ti. Ya está bien, Maddox. No puedes seguir así.

Agaché la cabeza, recogí el vestuario, me colgué la mochila al hombro y volví a casa. De eso hace dos días. Dos días en los que me he bebido unas siete botellas de vodka que ruedan por el suelo de mi apartamento y con las que tropiezo a menudo.

El límite lo traspaso cuando abro el cajón de la cómoda de mi dormitorio y saco las fotos que guardé con recelo y casi quemó en varias ocasiones. Me duele verla, me duele sentirla y no poder tocarla, me duele seguir vivo cuando ella está muerta. Las tiro al suelo y caigo redondo en la cama. Me despierto de noche con un dolor de cabeza que me traspasa de lado a lado. Por ello, me doy una ducha y me tomo un analgésico esperando que el dolor remita, pero no lo hace, no cesa. Y me percató de que es el corazón el que me duele y me aprieta. Me visto, me pongo el abrigo, mis botas y salgo a dar una vuelta, aunque sé adónde voy a terminar y no por eso me quedo encerrado en casa. Hoy es el peor día del año desde hace seis y pienso seguir bebiendo hasta no acordarme ni de mi nombre.

Entro en un bar, uno cualquiera, el nombre es lo de menos, y me dirijo a la barra a pedir tres chupitos de Jägermeister. La camarera me los sirve contoneando el cuerpo en un idioma que conozco. Quiere que me la lleve atrás y me la folle justo después de beberme el licor e impregnar su cuerpo con el alcohol pegado a mi lengua. Y tal vez lo haga. Esta noche no descarto nada. Total. Mañana no voy a recordar ni un segundo de la noche y pienso beber hasta estar seguro de que eso ocurra. También un grupo de chicas me observan desde la distancia deseando que me las lleve a mi cama. Son guapas. Aún estoy lo suficientemente sobrio como para darme cuenta. Una de ellas

se acerca a mí y me pregunta si la invito a una copa. Le acerco uno de los chupitos que tengo delante de mí esperando a ser tomados y ella se lo traga de un trago.

—Se te da bien —farfulto.

—Y no es lo único. ¿Nos vamos? —Pega su pecho a mi brazo y me roza.

—Hoy no. Tal vez otro día.

—¿No te parezco atractiva? —ronronea.

—No es eso. Eres muy guapa y te mereces un buen hombre. Yo no soy ese hombre.

—Solo busco pasarlo bien.

—Quizás en otra ocasión. —Pierdo la mirada al frente y me bebo otro chupito. Ella desaparece tal y como ha venido—. ¿Me sirves otro, pelirroja?

—Solo si me dejas que te acompañe.

—Prefiero estar solo, pero gracias.

No recuerdo mucho más de la noche. Pierdo el sentido poco después. Solo recuerdo el olor, un olor que me reconforta y me hace sentir bien, en casa, en un lugar mejor, lejos de la mierda de la realidad que me rodea.

Mi teléfono suena a lo lejos. Estoy dormida. Muy dormida. Tan dormida que las llamadas se agotan antes de despertarme, alargar el brazo y descolgar. Qué extraño. ¿Maddox? ¿Qué hora es?

—¡Dios mío! —mi voz es un susurro ahogado al comprobar que pasan las tres de la mañana de un miércoles cualquiera. Pulso devolver llamada y espero que conteste rezando porque no haya pasado nada malo. ¿Estará bien Eleanor?

—Buenas noches —dice al otro lado una voz desconocida para mí.

—Eh... ¿Sí? —Esperaba a Maddox—. ¿Quién es usted? ¿Qué hace con este teléfono?

—Supongo que conoce al dueño. Me presento. Soy Kirk. Trabajo en un local en Gramercy y tengo a su amigo sobando sobre la barra de mi bar. Voy a cerrar. Necesito que venga a recogerlo.

—¿Y no lo puede despertar y meterlo en un taxi?

—Ya lo he intentado. No se mueve. ¿Va a venir o qué? Si lo prefiere, puedo llamar a la policía.

—No, no. Dígame la dirección. Estaré allí en veinte minutos.

Lo veo tirado sobre la barra de madera, vieja pero muy limpia. Kirk barre el suelo del local y me saluda.

—Ahí lo tiene. Todo tuyo.

—Como si pudiera con él —musito, caminando hacia el hombre grande y fuerte que duerme plácidamente como si esto no fuera con él.

—Venga, campeón. Vamos a llevarte a casa. —Trato de levantarlo—. Esto va a ser tan difícil como me imaginaba —digo para mí—. ¿Qué tal si me ayuda?

Kirk lo coge de un brazo y lo alzamos entre los dos. Maddox se queja y pide que lo dejemos en paz (o eso creo).

—El taxi está esperando en la puerta. —La cruzamos y caminamos hasta el coche, lo metemos dentro de un empujón y le doy las gracias.

—Bebía como si no le importara morir ahogado en alcohol. Y cuando digo morir, me refiero a literalmente. Leticia ha tenido que sugerirle que dejara el Jägermeister porque había terminado con la botella él solo en poco más de dos horas.

—Siento los problemas que le haya podido causar.

—No me refiero a eso. No se ha movido de la silla. Jamás había visto a ningún hombre rechazar a tantas mujeres en una noche. A su amigo solo le interesaba el Jager.

Le ruego al taxista que me ayude a meterlo en el ascensor de su edificio. Al principio se niega, pero lo convengo advirtiéndole de que lo dejaré ahí y tendrá que llevárselo a su casa y, con suerte, no le vomitará en el coche. Lo aguanto contra la pared del ascensor rodeándole con mis brazos y trato de que no resbale y se dé contra el suelo. Justo antes de llegar a su planta, vuelve un poco en sí y me pregunta qué hago ahí, concretamente estas son sus palabras:

—¿Qué haces, Arizona? ¿Por qué estás aquí?

Suspiro, susurro que eso quisiera saber yo y lo llevo casi a rastras hasta su piso.

—Venga, ayúdame un poco. Eres un mastodonte.

—Estoy soñando... —balbucea.

—A ver... Las llaves. ¿Dónde tienes las llaves? Por favor, dime que no se te han caído en el bar. —Busco en todos los bolsillos hasta que las encuentro en uno de su pantalón vaquero. Vaya por Dios, está en el trasero. Introduzco la mano y no puedo evitar sentir sus glúteos, duros y firmes, y recordarlos desnudos y encima de mí. Las introduzco en la cerradura y trato de abrir no sin esfuerzo, porque todo el peso de su cuerpo recae sobre mí. Nos detenemos en medio del salón y pienso durante un segundo si sería buena idea dejarlo en el sofá. Está más cerca y sé de buena tinta lo cómodo que es. No tanto como su cama, pero aceptable para pasar una noche de borrachera. Pensando me hallo cuando siento sus labios en mi cuello y sus manos en mis caderas.

—Si lo es..., no quiero despertarme nunca... —habla y casi no lo entiendo.

—Maddox... —suplico, con los ojos cerrados; que aleje su boca de mi piel. Me quema.

Sigue un reguero de besos hasta mi mandíbula y dibuja un camino hasta el surco de mi boca. Me estremezo. No puedo evitarlo y todos los vellos de mi cuerpo reaccionan a un beso que no he buscado.

—Te he añorado tanto... Solo tú puedes salvarme... —Me agarra la mejilla con las dos manos y me besa sin remilgos, introduciendo la lengua en mi boca y buscando enredarla con la mía, que va a su encuentro y se vuelven locas. Lo siento. Su saliva, sus dientes, sus ganas y las mías. Nos aferramos el uno al otro como si fuera lo único que necesitáramos y como si no lleváramos huyendo casi desde que nos conocimos.

Un gemido se escapa de mi boca cuando me muerde y me pide que me quite la ropa. Es su comentario el que me hace reaccionar y recordar que está tan borracho que probablemente mañana no se acuerde de nada. Eso y que da un paso hacia atrás y vomita entre los dos, pringando el suelo y mis zapatillas de deporte. Es asqueroso. Lo llevo al cuarto de baño y le meto la cabeza en el inodoro, donde pasamos la siguiente hora. Cuando creo que ha terminado, lo meto en la bañera y abro el grifo del agua fría. Intento no mojarme, pero él me agarra de la cintura y no me suelta aunque se lo suplique.

—No me sueltes —me pide. Y yo le hago caso porque pierdo el norte cuando lo tengo cerca y porque lo dice como si fuera cierto, como si el hecho de que yo no lo soltara sirviera para arreglar todos nuestros problemas.

Me abraza bajo el agua, ahora tibia, y solloza sobre mis hombros mientras me pide que no lo deje solo. No lo haré.

—¿Por qué? —me atrevo a preguntar. Pero no responde, y me llamo imbécil por querer acercarme a él cuando sé que no me dejará hacerlo. Recuerdo la conversación con Richard y cómo me pidió que lo ayudara, que fuera paciente y que hablara con él. Pero no se abre a mí, por más que lo intento este hombre es un muro de contención.

Lo seco con una toalla y lo desvisto para que no duerma mojado. La calefacción de esta casa es de sobresaliente, pero no quiero que enferme. No le da pudor quedarse totalmente desnudo delante de mí. Solo me mira y me pide que yo también lo haga.

—Después de acostarte.

Ignora mi proposición y se deshace de mi ropa muy poco a poco, tirándola al suelo del baño y formando una montaña de telas que dan color a un suelo de un gris impoluto. Me desabrocha el sujetador y mis senos tiemblan de ganas de que los lama, pero no, no se lo diré y tampoco lo dejaré. Se agacha para sacar mis braguitas de encaje verde por mis pies y vuelve a ponerse de pie no sin esfuerzo para ir acariciando mi cuerpo en dirección ascendente.

—No voy a acostarme contigo —musito, con sus ojos frente a los míos y su boca llamándome a gritos.

—No lo pretendo. ¿Nos vamos a la cama? —Me acaricia los dedos con los suyos y el gesto

me sacude por dentro, pero sigo en mis trece y no pasará nada.

Nos tumbamos en su cama, uno a cada lado y nos tapamos con la sábana y la colcha.

—Probablemente no recuerde nada de esto mañana, pero tengo que decirlo. —Ambos miramos al techo en la más profunda oscuridad—. Te quiero, Arizona. No lo olvides cuando vuelva a cagarla.

—Buenas noches. —Me trago el sollozo que pugna salir de mi garganta y me giro hacia el lado contrario a su cuerpo. ¿Me quiere? Pero, ¿qué está diciendo? No le doy demasiadas vueltas, al menos al principio, me convengo de que está borracho y no sabe lo que dice y solo ha sido un lapsus entre lo real y lo que no. Él mismo lo ha dicho. Mañana ni lo recordará.

—Tengo que irme, tengo que irme, tengo que irme —me repito una y otra vez en el cuarto de baño del piso de Maddox.

Busco pasta de dientes y me la paso por los dientes. En uno de los cajones encuentro hilo dental e incluso cremas hidratantes para el cuerpo y la cara. Las observo, son de chicas, eso seguro. Las cojo, las observo frente al espejo, incluso me atrevo a abrirlas. Una de ellas está a la mitad. No sé por qué me da mirar la fecha de caducidad. ¿De cuándo son? Están caducadas desde hace más de cuatro años. ¿Qué significa? ¿Debería significar algo? Serán de una novia que tuvo en el pasado y que vivía con él o las dejó aquí, pero..., ¿por qué las ha guardado durante tanto tiempo?

—Buenos días. —Su voz irrumpe en el baño—. ¿Te importa que...? —Señala el inodoro—. No aguanto.

—Todo tuyo. —Dejo los botes donde estaban y cierro el cajón—. Yo me voy. —Salgo antes de que empiece a mear delante de mí.

Termino de vestirme en el dormitorio y me siento en el filo de la cama para ponerme las deportivas.

—Anoche... —vuelve a interrumpir con su voz grave y sexi hasta hacerme rabiar.

—Anoche estabas muy borracho y me llamaron para que fuera a buscarte. Me negué, no te creas, pero prefería buscarte en un bar de Gramercy que en un calabozo de la comisaría más cercana.

—Gracias. —Tiene el hombro apoyado en el arco de la puerta y no puedo evitar perderme durante una milésima de segundo en su escultural cuerpo. Maldito teniente Lewis.

—No tienes que darlas. Me conformo con no tener que ir a buscarte de nuevo. Borra mi número de teléfono y todo arreglado. —Me ato el segundo cordón y me levanto—. Me marcho.

—Quédate. Solo un café. Dame eso.

—No —digo categórica.

—Solo es un puto café —escupe.

—Me voy. Ya he tenido suficiente. —Trato de salir de la habitación, pero me lo impide con su cuerpo—. Te agradecería que hicieras esto mucho más fácil. Te lo pido por favor.

—Déjame explicarte.

—¿Te acuerdas de algo de anoche?

Niega con la cabeza y parpadea.

—Nos duchamos juntos.

—¿Algo más?

—Olías muy bien. Como ahora. Como siempre.

Suspiro. Me toco la sien y me armo de valor.

—Dime qué te pasa. Por qué me echas de tu vida cada vez que logro llegar a ti. —Demando una explicación.

—No quieres saberlo.

—Claro que sí. Eres tú el que no está dispuesto a decírmelo. ¿Sales con otra? ¿Es eso? ¿De quién son esas cremas que hay en el baño? Porque tuyas no son. Ya me dirás. —Me devuelve un gran silencio como respuesta—. Estoy harta, Maddox. En serio. Se acabó. No te abres a mí y yo

no estoy dispuesta a suplicarte más. —Me tapa la boca con su boca y me besa con pasión. Lo empuja hacia atrás y lo aparto—. ¿Qué haces? ¿Qué haces, Maddox? ¿Cómo te atreves? ¿Estás completamente loco?

—¿Qué te preocupa? ¿Es Taylor? ¿No quieres besarme por Taylor? —Achina los ojos a la vez que escupe cada palabra.

—No lo metas en esto. Es lo mejor que tengo ahora mismo en esta ciudad.

El semblante le cambia a uno duro y tibio cuando mis palabras golpean su pecho.

—Ah, ¿sí? Entonces... ¿qué soy yo para ti?

—No me cuentas nada. No sé nada de ti...

—¿Y eso importa?

—¡A mí sí! Sobre todo cuando te cierras en banda cada vez que intento entenderte. Porque eso es lo que haces. Tienes algo aquí. —Le clavo el dedo en el pecho—. Que no te deja ser feliz.

—¿Qué soy yo para ti? —insiste, cogiendo mi mano y clavando más mi dedo en su piel—. ¿Qué soy? ¡¡Dilo!!

Recuerdo sus palabras de la madrugada anterior y deseo reconocer y decirle que lo quiero, pero me trago la revelación y me cierro yo también en banda.

—Un desconocido. Un total desconocido. Ahora, deja que me vaya.

—¡No! —Me agarra de las caderas, me empuja hacia atrás y pega mi espalda contra la pared—. Te necesito. No puedo respirar sin ti...

—Déjame. —Estoy a punto de ponerme a llorar y dar mi brazo a torcer—. Por favor, deja que me vaya...

—No... —Me besa y le correspondo. Es una reacción natural de mi cuerpo a sus caricias. Del anhelo que mi lengua siente de su lengua.

—Para, para... —suplico, con el calor de su saliva sobre mis labios.

Se detiene y pega su frente a la mía con los ojos cerrados.

—Maddox, una vez me dijiste que te pidiera lo que quisiera, que lo harías fuese lo que fuese. Y te lo pido ahora. Por favor. —Trago saliva y vuelvo a tragarme el millar de lágrimas que se agolpan por todos los rincones—. Por favor, deja que me vaya y no vuelvas a aparecer en mi vida.

Noto cómo se tensa, cómo aprieta la mandíbula, cómo se lo piensa, cómo el engranaje de su cerebro mantiene una lucha abierta con su corazón y su palabra. Se lo he pedido a sabiendas de que un hombre de honor como él no va a romper su palabra y así es. Unos segundos después, que me parecen eternos e intensos, me deja en el suelo y da un paso atrás sin desconectar nuestras miradas. Sus ojos claros se vuelven transparentes de repente, como si quisiera que leyera a través de ellos. Maddox espera unos segundos antes de perderse en la cocina y dejarme sola. No me detiene cuando cruzo el salón, no sale a buscarme cuando cierro la puerta y espero en el rellano sin saber muy bien por qué durante un minuto por si saliera a mi encuentro. No me llama durante el mes siguiente y yo trato de olvidarlo a unos cuantos de miles de kilómetros en el estado de Alabama, concretamente en un rancho en Auburn, rodeada de una vaca, seis gallinas, cinco gatos, un perro y dos caballos.

—¡¡Arizona!! —Mi padre me grita para que vaya a ver cómo uno de los gatos, gata en este caso, tiene cuatro gatitos. Tenía la mirada perdida en el horizonte y echaba de menos ver este amanecer cada día.

Cenamos en el porche trasero, cerrado con cristales que dejan disfrutar de las estrellas en noches despejadas como esta y cuento a mis padres lo bien y lo feliz que soy en Nueva York mientras el recuerdo de Maddox se me clava como un puñal en el pecho.

—Me encanta mi trabajo, mamá. Y mis compañeros son muy majos.
—¿No hay nadie especial? Ya se sabe... En los hospitales se crean muchas parejas...
Mucho tiempo juntos. ¿Alguien quiere un poco de tarta?
—¿Es de chocolate? —pregunta mi hermano muy interesado.
—Eduard Li, te has comido la tarta de chocolate esta tarde mientras fuimos a hacer la compra. No comerás tarta en un mes mínimo.
—¡Mamá! —Se queja.
—No te preocupes, enano, yo te daré de la mía —aseguro.
—No me llames enano.
—Lo siento, enano.
Sonríó mientras él se cruza de brazos y se pone de morros.
Le doy un abrazo y reparto besos por sus mejillas.
—Te he echado mucho de menos.
—Yo a ti no.
—No seas mentiroso.

Vuelvo a Nueva York el lunes por la mañana. Ir a Alabama dos veces en menos de un mes ha dejado a casi cero dólares mi cuenta bancaria y tengo que recuperarme. No puedo evitar acordarme de Maddox al bajar del avión y, durante un segundo, deseo que haya algún problema para que el dichoso ejército se presente en el aeropuerto. Por fortuna, mis catastróficas plegarias no son escuchadas y Dios se dedica a menesteres más importantes que colocar bombas en un avión para que Maddox y yo volvamos a encontrarnos.

Él ha cumplido su promesa y no lo he vuelto a ver. Eleanor tampoco sabe mucho de su paradero. Por lo visto salió del país en una misión y, si ha vuelto, ni a ella la ha informado.

Melyssa me llamó hace dos semanas. Ha vuelto a Colorado. Garret está en la cárcel por unos delitos que había cometido y cuyas penas tenía pendiente. Alguien que conoce a alguien aceleró el proceso, puso el expediente sobre todos los demás y consiguió que la policía de varios estados trabajaran juntas para cazarlo y meterlo en la cárcel. Supongo que Maddox tuvo algo que ver y me gustaría poder agradecersele en algún momento, aunque todavía no estoy preparada para verlo y mantener una charla con él sin que el corazón me salga desbocado.

Un año después...

—Venga, Taylor. Déjame verlo.

—¡No abras los ojos!

—¿Por qué tanto misterio?

Nos reímos y me recuerda que prometí no abrir los ojos hasta que él me lo indicara. Pronto será Navidad y hemos decidido darnos los regalos de Papá Noel en mi casa. Me gusta pasar el tiempo con él y le fui sincera al decirle que estaba enamorada de otra persona que no me correspondía. Le pedí entonces que fuéramos solo amigos y él aceptó sin objeciones, y esa es la razón por la que seguimos siendo muy buenos amigos.

—Eres muy importante para mí, Taylor, mi mejor amigo. Y no quiero perderte por nada —le dije, cuando volví al hospital hace ya casi un año. Tras volver de Auburn y abrirle mi corazón a la única persona sincera que había conocido en esta ciudad y que estaba dispuesta a abrirme el suyo.

—Yo tampoco quiero perderte. Ya te lo dije una vez. Prefiero ser tu amigo y tenerte a no tenerte.

Me bastó sus palabras y su abrazo para saber que se merecía conocer a alguien que fuera capaz de darle todo el amor que se lleva dentro, de ese que no duele, del que no daña, del que no oscurece.

—Venga, Taylor. Eres muy pesado —apostillo, con las manos en los ojos y haciendo un poco de trampas porque algo veo entre mis dedos.

—¿Lista? ¡¡Ya puedes abrirlos!!

—¡¿Un pollo?! —grito muerta de la risa cuando lo veo delante de mí con un pequeño pollito amarillo en brazos—. ¿Un pollo? ¿Me has comprado un pollo?

—¿No te gusta? —Me mira muy serio, como si acabara de enterarse de que Papá Noel no es real y fue su padre el que se quedó atascado en la chimenea aquella Nochebuena que lo visitaron los bomberos—. No me jodas, Ari. Creí que te haría ilusión.

—¿Un pollo? ¿Es legal tenerlo en un piso?

—¿Por qué no va a serlo? Es un perfecto animal de compañía.

—Cómo se nota que no has vivido en un rancho. ¿Sabes lo que caga esto?

—Doctora Li, modere su lenguaje, está a punto de graduarse.

Nos reímos. El pollito comienza a piar y lo cojo para acunarlo en mi pecho.

—¿Cómo le vas a llamar?

—Tal vez Taylor sea un buen nombre para ti —susurro al pollito.

—¿Lo vas a llamar como yo? ¿Te recuerdo a un pollo?

—Me recordará a ti cada vez que lo vea. —No puedo parar de reír.

—Te toca a ti. ¿Cuál es mi regalo?

—Debería haberte comprado un gato. O un conejo. Para que limpiaras mierda durante todo el día. —Dejo a Taylor pollito sobre el sofá y voy al dormitorio a buscar el regalo—. Anda, toma. Como no sea de tu agrado, te lo comes. Te lo juro.

Lo abre y lo mira con la boca abierta.

—Un vinilo. De Elvis. Y... —Lo acaricia con devoción—. Está firmado. ¿Cómo cojones

has conseguido esto?

—Tengo amigas en común con El Rey.

No hace caso a lo que digo porque no me toma en serio y sigue embobado en la pieza de colección.

—Qué pena que no tengas tocadiscos.

—Anda, ya lo escuchas en tu casa. Salgamos a cenar que me muero de hambre.

—¿Y dices que conoces a alguien que conoció a Elvis? Pero, tía, ¿lo dijiste en serio? — Pincha un trozo de solomillo de su plato y se lo lleva a la boca.

—Eleanor, te he hablado de ella.

—Tienes que presentármela. Me encantará conocerla.

—Cuando quieras. Escucha, he pensado invitarte a Auburn. Podrías ayudar en la granja. — Bromeo. Le he explicado mil veces que no nos dedicamos a criar animales—. No sé... Podrías cambiarle los pañales a los caballos.

—Muy graciosa. No puedo. Sabes lo importante que son estas fechas en mi familia. Si no voy a casa, mi madre me mata.

—Ahora vuelvo. Voy al baño. —Me levanto y camino junto a la barra en dirección al pasillo del fondo donde están los aseos. Sé el recorrido de memoria, hemos convertido este restaurante en nuestro favorito. Es familiar y tranquilo, además de tener platos exquisitos a muy buen precio.

—¿Arizona? —Una voz masculina dice mi nombre a un metro de mí.

—¿Richard? —Lo miro con las cejas arqueadas. Inmediatamente mi cuerpo se pone en tensión y no descarto que lo note, porque no puedo controlarlo. Hace tiempo que no me permito siquiera pensar en él. Mi reacción ante cualquier situación o recuerdo sobre Maddox es siempre la misma: tiemblo, me desinflo, me pierdo entre un montón de besos que aún me saben tan bonito como al principio.

—Estás... Estás estupenda. —Sonríe.

—Gracias. Qué... ¿Qué haces por aquí? —Tal vez mi pregunta le extrañe, pero me refiero a que soy asidua a este local y nunca lo había visto antes por aquí, pero, claro, no lo pongo en antecedentes.

—He venido con unos amigos. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias. Me alegra verte, pero tengo que irme. —Trato de escabullirme.

—Espera. —Me detengo y lo miro—. Maddox está bien. Supongo que te alegrará saberlo.

—Sí, vale. Adiós.

Llego al baño con las rodillas temblando y tengo que agarrarme al lavabo para no caer de culo al suelo. ¡Y solo he escuchado su nombre!

—¿Te encuentras bien? —Una mujer se preocupa por mí ante mi estado de agitación—. ¿Le traigo un poco de agua? ¿Necesita un médico?

Yo soy médico. Un médico a punto de graduarse que no es capaz de controlar un ataque de ansiedad producido por el mero hecho de escuchar su nombre. ¡Maldita sea! ¿No he aprendido nada?

—No. Estoy bien. —Consigo articular un par de palabras.

Salimos del local y nos dirigimos a tomarnos unas copas. Hemos quedado con Andrew y Erika a las once de la noche en el Nolan. Taylor y yo decidimos ser solo amigos (vale, lo decidí yo, pero él estuvo de acuerdo), sin embargo, Andrew y Erika mantienen una relación amorosa que a todos nos escandaliza, sobre todo a mí, que los pillé fornicando sobre una cama vacía de una de

las habitaciones del ala oeste. Aún tengo la imagen grabada en el cerebro, y eso que han pasado más de tres meses.

—Entra tú, tengo que coger el teléfono. —Busco en mi bolso mi dichoso móvil que no deja de sonar cuando es casi media noche. Es Eleanor.

—Sí, dime. ¿Ele? ¿Va todo bien?

—Sí, niña, sí. Deja de preocuparte por mí. Si algún día me muero, no creo que sea yo quien te llamase.

—No digas esas cosas, por Dios. ¿Qué hace despierta a estas horas? ¿Y Heather?

—Mi niñera está a mi lado. Como siempre. Escucha, te llamo para darte una gran noticia. Acabo de recibir una llamada de Las Vegas. Van a darme un reconocimiento por mi carrera. ¿No te parece emocionante?

—Oh, Ele, qué alegría. Claro que sí. Estoy muy emocionada. —Me agarro el pecho—. Enhorabuena. Te lo mereces. Estoy muy orgullosa de ti.

—Y ahí no acaba todo. Será dentro de dos fines de semana, justo el día de año nuevo. Me pagan el viaje a las Vegas y puedo llevar un acompañante. ¿Qué te parece si volvemos a subir en avión y aterrizamos en Las Vegas de cualquier manera? ¡Será divertido!

—¿En serio? Será un honor acompañar a la Gran Madame Harri Star por la alfombra roja.

—Es morada, niña, pero no importa. Para mí también será un honor que me acompañes. No se me ocurre nadie mejor. ¡El espectáculo continúa! —grita como una adolescente.

—¿Lo llevas todo? ¿Cepillo de dientes? ¿Pasta? ¿Calcetines? ¿Bragas? —Me pregunta Taylor, que ha venido para llevarnos a mí y a Eleanor al aeropuerto.

—¿Qué más te da si llevo bragas? ¿Y en serio te preocupa que no lleve pasta de dientes? ¿En Las Vegas no hay tiendas? Te pareces a mi madre. Esta conversación ya la he mantenido con ella antes.

Cierro la maleta y él la carga hasta bajarla al coche.

—Las piedras no se te han olvidado. Doy fe. —Aprieta la mandíbula para introducirla en el maletero y lo cierra.

—Deja de exagerar. Eres un enclenque. ¿Te has dado cuenta si he cogido el cargador del móvil? —Enciendo la radio ya dentro del coche—. No lo recuerdo.... —Me muerdo el labio.

—Supongo que también hay tiendas de accesorios electrónicos en una ciudad como Las Vegas. —Me chincha.

—Qué gracioso.

Recogemos a Eleanor que va engalanada como la estrella de cine que es y nos bajamos en el aeropuerto.

—Puedo aparcar y echaros una mano.

—No es necesario, niño, alguien nos ayudará.

—Insisto. No podéis con las maletas vosotras solas. —Yo no le llevo la contraria porque Ele ha decidido viajar con todo lo que había dentro de sus nueve armarios.

—Que sí, que no hay problema. —La ayudo a bajarse del coche—. Mira, ahí está el teniente Lewis, él se encargará de nuestro equipaje.

Me quedo helada cuando escucho lo que dice y mi mirada vuela en la dirección que indica para encontrarse con un impoluto hombre vestido con vaqueros, un chaleco de cuello alto beis y un abrigo de paño verde botella que le queda como un guante.

«Tranquila, Arizona, controla los nervios, solo es un hombre. Un hombre del que estuviste enamorada pero por el que ya no sientes nada», me digo. Pero para no sentir, siento demasiado entre mis piernas: como una explosión que se dispersa por todo mi cuerpo activando las células que no sabía que estaban dormidas desde que nos separamos la última vez.

Él también me mira. Me observa con detenimiento y con una media sonrisa indecisa que ni es sonrisa ni quiere llegar a serlo. Agarra su bolsa de mano y camina hasta donde estamos. Saluda a Eleanor con dos besos y un pequeño abrazo y después se dirige a mí.

—Hola.

—Hola —digo muy seria y casi sin mirarlo.

Saluda también a Taylor que está sacando las maletas y dejándolas sobre la acera. Los coches se acumulan atrás y los conductores, faltos de paciencia o con mucha prisa, comienzan a tocar las bocinas.

—Tengo que irme. Pásalo bien. —Taylor me da un beso en la mejilla y me susurra al oído—. Pasa de ese tío. Si necesitas que vaya a buscarte, solo tienes que descolgar el teléfono. Cogere el primer vuelo. —Asiento brevemente y le doy un abrazo. Necesito su seguridad. Necesito la seguridad de un buen amigo.

—Cuida bien de Taylor junior —le pido antes de que se meta en el coche y acelere.

—Perfecto, pues ya estamos todos. Vamos a tomar un café. Tenemos tiempo. —Eleanor rehúye mi mirada y comienza a caminar—. Anda, ven, que alguien se ocupe de esto. Necesito un brazo para caminar. —Me hace ir en su ayuda a sabiendas de que sé que miente. Camina muy bien solita.

—¿Cómo se te ocurre invitarlo? —mascullo, mientras Maddox le pide a un técnico del aeropuerto que se encargue de las maletas—. ¿Estás loca?

—¿Llamas loca a una señora mayor? Bueno, sí. Nunca he estado muy cuerda, al menos cuando se trata de cosas importantes. Dejad de hacer el tonto, besaros y que esto termine ya. Quiero morirme en paz.

—Deja de hablar de la muerte. No te vas a morir. Al menos no todavía. Y deja de insistir. Lo que hubo entre Lewis y yo se acabó hace mucho tiempo, si es que hubo algo.

Ella no contesta. Me aprieta la mano y me lleva hasta una cafetería en la que el café no está nada mal para ser de aeropuerto.

—¿Vamos en primera? —Observo los billetes, completamente desconcertada.

—Lo paga el Bellagio. No vamos a poner pegas.

—No, no, desde luego.

Nos acompañan a nuestros asientos y, vaya, qué casualidad, el mío colinda con el del teniente que, por cierto, se ha mantenido distante en todo momento.

—Esos son los vuestros. Yo estoy delante. Os dejaré intimidad.

—Yo... —Maddox, supongo, trata de disculparse.

—No digas nada. —Alzo una mano y lo corto.

Tomo asiento, me pongo los auriculares y me dispongo a ignorarlo durante todo el vuelo. Así que durante las dos horas que dura el trayecto escucho la discografía completa de The Doors en un duermevela intermitente.

—Arizona, hemos llegado. —Me despierta su voz demasiado cerca. Cuando abro los ojos, lo tengo a un palmo de mí y su mano rodea mi muñeca. Observo ese punto exacto y él se aparta como si de repente le quemara. Ni siquiera se disculpa—. Tenemos que desembarcar.

Me repongo del contacto visual y físico y veo que Eleanor nos mira con una sonrisa satisfecha pintada en la cara.

—Dijiste que invitaban a un acompañante. —Reprocho a la artista homenajeada ya en el coche que nos llevará al hotel—. Este no era el plan.

—Les dije que seríamos tres y no pudieron negarse.

—Sabes que no nos vemos desde hace un año y me obligas a estar con él todo un fin de semana en el mismo hotel. ¿Crees que es buena idea?

—¿Te da miedo estar con él en el mismo edificio? Esto va a ser más fácil de lo que creía —susurra para ella.

—Te he escuchado. No sé cómo puede haber tanta crueldad en un cuerpo tan menudito.

—Ya me darás las gracias, ya... Me conformo con que le pongas a vuestra hija mi nombre.

—No me hace gracia, señora Madame Harri Star.

Ella suelta una risa muy sonora y cambia de tema cuando Maddox entra en el coche y cierra la puerta.

—Podemos irnos. —La voz de Maddox me hace estremecer. No puedo evitarlo.

—Como ordene, señor —le contesta el chófer.

Madame Harri Star lo tiene todo planeado y, al igual que los asientos en el avión, nuestras

habitaciones también colindan. Vaya, qué casualidad. La suya está una planta más arriba porque no ha podido negarse cuando le ofrecieron la suite presidencial.

—Yo me voy a mi habitación a descansar un poco. Vosotros podéis ir por ahí. Tal vez os apetezca pasar el rato apostando juntos.

«¡Ni por una buena mano de cartas!», pienso, y pongo los ojos en blanco cuando veo a Eleanor hacer señales a Maddox para que haga algo... yo qué sé. Qué sé yo lo que se le está pasando ahora mismo por la cabeza.

—Yo también voy a subir. Necesito una ducha —comenta Maddox.

Suspiro y pienso que lo mejor es que me dé yo otra, aunque sé que estaré pensando en su cuerpo mojado al otro lado de la pared.

Subimos en el ascensor y bajamos en la planta treinta y cinco, la de Ele, para ayudarla a instalarse. Decidimos bajar por las escaleras hasta nuestras habitaciones, en la planta treinta y uno.

Él y yo. Los dos solos. Por si cabe alguna duda.

Maddox abre la puerta de dos hojas y me pide que pase yo primero hasta el pasillo de las escaleras. Me dispongo a bajar los escalones y, cuando me doy cuenta de que estamos los dos solos en un espacio solitario y cerrado, las rodillas me comienzan a temblar hasta el punto de que tengo que detenerme y agarrarme a la baranda.

—¿Todo bien? —pregunta, parándose a mi lado.

Lo pienso. Nada va bien.

—¿Por qué has venido? Quiero decir, ¿por qué has tenido que venir?

Él alza las cejas como si no entendiera mi pregunta, ¡y mira que se la he explicado!

—No sé a qué te refieres. Ele me invitó.

—Ya, te invitó. Pero, repito, ¿por qué has venido?

—No sé qué quieres decir —responde, hastiado. Y baja dos escalones.

Lo dejo pasar porque no voy a insistir y permitir que me mienta a la cara. Total, se cómo va esto. Yo le pregunto sobre su vida, sobre su intimidad, sobre sus sentimientos; y él cierra filas frente a mí y no me da otra opción que volver a salir corriendo en dirección contraria. Otra vez no, no pienso toparme con el mismo muro.

Llego hasta la puerta de mi habitación e introduzco la tarjeta varias veces para abrir, pero... la puerta se me resiste. Maddox viene hasta mí de vuelta y me pregunta si necesito ayuda.

—No creo que necesite tu ayuda para abrir una puerta... —Me muerdo el labio inferior y muevo la dichosa tarjetita dentro de la ranura—. Joder...

—Deja que te ayude.

—No es necesario. —Sigo intentando abrirla. Estoy tan desesperada que le daría una patada.

—A ver. —Me quita la tarjeta de la mano y juro que cuando su piel roza la mía un millón de ángeles cantan sobre nosotros una melodía hipnotizadora. Me quedo mirando su boca, a pocos centímetros de la mía. Él se concentra en su objetivo: abrir la puerta de mi habitación, y no se percató de que no puedo levantar la mirada de su rostro. Sus ojos claros son más claros que nunca, como aquella vez que leí tras ellos que en realidad quería abrirme el corazón, aunque fue solo un espejismo, un reflejo de mis ganas de que todo saliera bien y que nuestra historia terminara con el «Y fueron felices y comieron perdices».

—Ya está —manifiesta, tras escucharse un clic.

Empuja la puerta que se abre de par en par.

Reacciono.

—Gracias.

—No tienes que darlas. Estaré justo aquí al lado si necesitas algo más.

Cruzo el vano y me dispongo a cerrar. Él se cuelga dentro en el último momento y pega su espalda a la madera frontal.

—Llevas razón. Ele me invitó y no podía negarme. Pero tampoco quería. Llevo un año muriéndome por verte aunque sea una última vez.

Me ahogo. Juro que me ahogo. Sus manos me acarician los brazos y sus labios me llaman a gritos.

—Desapareciste... —susurro, y reconozco que aún me duele el pensarlo lejos de mí.

—Te lo prometí... —Sus ojos viajan de los míos a mi boca.

—¿Por qué...? ¿Por qué me haces esto? Me ha costado mucho olvidarte... —Trago con dificultad y mastico todas las lágrimas que pelean por salir.

—¿Me has olvidado? Yo no he podido dejar de pensar en ti ni un solo día. Por eso estoy aquí, por eso estoy entero...

—No te entiendo...

—Déjame explicártelo... —Muy despacio, se agacha para poner sus labios a la altura de los míos y encajarlos a la perfección. Está caliente, como recordaba, y sabe a él, a ese hombre que conseguía hacerme sentir especial y con el que amé hasta el infinito.

Nos besamos como dos locos, como dos personas hambrientas, como dos amantes ávidos de sentir lo que llevan un año reprimiendo. No tardamos en desnudarnos. No tardamos en comernos. No tardamos en dejarnos llevar por la pasión que siempre nos ha envuelto. Nos corremos entre gemidos, con las bocas abiertas y pegadas la una con la otra, ante el vaivén acompasado de su cadera contra la mía, muy despacio, sintiéndonos, queriéndonos...

—Estoy enamorado de ti. Siento si nunca te dije que te quiero —me dice, aún dentro de mí.

—Lo hiciste, pero no te creí.

—¿Tal mal me porté contigo?

—Necesito que seas sincero, Maddox. Ábreme tu corazón y seré tu compañera para siempre.

Pasamos la siguiente hora sentados sobre la cama, desnudos, en cuerpo y alma. Me habla de Rachel, de sus vidas, de cuánto la quiso y de cómo la perdió. Me tiro sobre él y lo abrazo durante más de dos minutos.

Le beso.

Le beso mucho.

Le beso los ojos, la nariz, los labios, las mejillas, el pecho. Le regalo todos los besos que no nos hemos dado durante este difícil año para los dos.

—El día que fuiste a recogerme al bar y que casi ni recuerdo era el aniversario de su muerte. Hacía seis años y seguía sin poder pasar ese día como una persona normal. Cuando te conocí, una chispa de esperanza prendió en mí y con el tiempo supe que con tu ayuda podría lograrlo por fin, pero... Yo no supe controlar mi ansiedad y te asusté.

—No, no digas eso.

—Te asusté, Arizona. Te alejé de mí porque no quería que me vieras así. Y aunque te necesitaba, no era capaz de hablarte de ella. Me dolía y pensaba... Pensaba que si te hablaba de ella, tenía que reconocer cuánto la quería aún y no quería hacerte daño.

—Maddox... —Aguanto un sollozo y vuelvo a abrazarlo—. Siento no haberme dado cuenta de tu dolor.

Me besa el cuello y el hombro y me obliga a mirarlo.

—No hubiera salido bien. No era nuestro momento. Yo necesitaba superar muchas mierdas solo y, si te hubieras quedado a mi lado, hubieras terminado odiándome. He necesitado un año para superar mi dolor y aceptar que, por amar a otra mujer, no estoy borrando el recuerdo de Rachel.

Le acaricio el cabello y las mejillas.

—Eres un buen hombre. Y quererla solo me demuestra que no me equivoqué al enamorarme de ti. —Le doy un beso—. Dímelo otra vez.

—Te lo diré cada día durante el resto de nuestras vidas. Te quiero. Te quiero tanto que hasta

nuestros cuerpos me estorban.

—Yo también te quiero, teniente Lewis. No vuelvas a separarte de mí.

MADDOX

La tengo desnuda entre mis brazos y juro que no volveré a soltarla. Me ataré a ella con cuerda si es necesario. Grabaré en mi piel su nombre y me cercioraré de que los tatuajes me recuerden cuánto la amo y lo infeliz que soy sin ella.

Se remueve en mi pecho y me pide entre balbuceos un poco de agua. Llevamos toda la noche haciendo el amor. Hemos cenado con Eleanor y, no sé si ha dado cuenta de que su plan ya ha tenido el éxito que esperaba, o deseaba dejarnos a solas para que pudiéramos arreglar nuestras desavenencias, pero ha fingido estar muy cansada y se ha ido a la cama muy temprano.

—Si no me sueltas, no puedo ir a la cocina. —Sonrío, cuando Arizona me aprieta con fuerza al intentar salir de la cama.

—Llama al servicio de habitaciones —rumia.

—¿Y que te vean desnuda? No estoy tan loco. —Solo será un momento.

Cuando vuelvo, no la encuentro sobre el colchón, sino en el baño, concretamente bajo la ducha. Voy hasta ella y la abrazo por detrás.

—Tengo tantas ganas de ti que no me saciaré jamás —le aseguro con mi boca mordiéndole la oreja.

Le doy la vuelta y la devoro. Y sin preliminares, sin preguntas, sin esperas, la penetro con fiereza y pego su espalda a la pared sin cuidado, derramándome dentro de ella tras media hora empujando y perdiéndome entre sus piernas. Es una locura lo que siento por ella. Una puta locura.

Aplaudimos orgullosos de pie delante de nuestras butacas mientras Eleanor recoge su premio con una sonrisa radiante en la cara. Da las gracias por el gran regalo que significa para ella el reconocimiento y termina dando gracias a la vida y al amor por acompañarla durante sus casi ochenta y seis años. «Y prometo seguir amando hasta que esto —se señala el corazón— deje de latir. Te quiero, Elijah».

Miro a Arizona, la cojo de la mano y ella me sonríe con esos labios carnosos que adoraré hasta último de mis días.

—Prometo amarte, señorita Li, por siempre y para siempre.

Ella se acurruca en mi pecho y me abraza. Y en ese preciso instante comprendo que no habrá un lugar mejor en el mundo que con ella, con su mejilla en mi pecho y mis brazos protegiéndola de un futuro incierto, pero que afrontaremos juntos, sin ningún lugar a dudas.

La vida solo dura un segundo y pienso vivir cada milésima al máximo.

EPÍLOGO

—¿Llevas a Eleanor? —me pregunta Maddox.

—¿Las cenizas o a tu hija? —respondo, con un tono guasón.

Él pone los brazos en jarra y los ojos en blanco.

—Jamás entenderé ese humor. ¿Es por ser médico?

—La muerte es algo natural y Eleanor pudo vivir durante más de noventa años y fue muy feliz.

—Vale, cariño, pero ¿dónde está mi hija? —insiste, en la puerta de nuestro piso de cuatro habitaciones en el Upper Side.

—¿Quieres tranquilizarte? Está con mis padres esperando abajo. No se va a perder.

—Nunca se sabe.

Suspiro y me recuerdo tener paciencia con un padre controlador y asustadizo que piensa que su hija de cuatro años va a morir ahogada con una chocolatina.

Hoy vamos a celebrar una ceremonia en honor de la gran Madame Harri Star, mi mejor amiga y una de las personas más interesantes que he conocido jamás, además de ser la artífice del amor y la familia que hemos creado. No solo está nuestra hija, de nombre Eleanor en su honor, también tenemos tres gatos y un pollo que se llama Taylor y que ya es bastante mayor. Hemos reservado el teatro Hudson y un grupo de teatro hablará y recreará parte de los momentos más importantes de su carrera. Y sí, llevo el jarro con sus cenizas con nosotros. Pienso sentarla en primera fila y que disfrute del espectáculo. Y no me he vuelto loca. Solo hago lo que a ella le gustaría.

Mi hija corre hacia mí cuando me ve y casi tira el tarro al suelo. No quiero ni imaginarme la que puedo liar si los restos de Eleanor salen volando con el viento, hoy bastante fuerte, por cierto. Capaz de bajar del cielo Hollywoodiense al que estaba segura que iría y darme collejas hasta que el cerebro me saliera por la boca. Menuda era la señora.

—Mami, mami, mami. El tío Eduard me ha dicho enana —se queja.

—Hola preciosa. Vaya con el tío Eduard. —Lo miro y sonrío. Se ha convertido en un hombrecito muy atractivo que tiene enloquecidas a las féminas del primer curso de Políticas de la universidad de Harvard—. ¿Te lo has pasado bien?

—El abuelo me ha comprado esto. —Me enseña una piruleta. Maddox viene y se la quita en cuanto la ve—. Papáááá. —Llora.

—Te puedes ahogar cariño —trata de explicarle.

Vuelvo los ojos y le regaño. Al padre, no a la niña.

—Maddox, por favor, que no es una granada de mano. Solo es una golosina.

La tira a una papelera ante la mirada atónita de todos nosotros y nos insta para que subamos al coche.

Por cierto, vivimos en el Upper East Side gracias a la contribución de Eleanor, que, hace dos años, cuando murió, dejó clarito en el testamento, tal y como le gustaba hacer las cosas, que la herencia era por completo para las dos personas que más se preocuparon y cuidaron de ella durante los últimos años de su vida. Nos costó dos demandas y varios juicios con Mary, su sobrina, que no contenta con lo que su tía dejó escrito en su testamento, lo impugnó sin obtener el resultado deseado para ella, que es una arpía de cuidado. La gran Madame Harri Star se encargó,

a sabiendas de lo que ocurriría, de blindarlo contra los ataques terroristas de su indeseable sobrina.

MADDOX

Mi hija salta sobre mi regazo esperando a que el espectáculo comience. No creo que sea capaz de estarse quietecita durante las dos horas que dura, pero intentaré calmarla prometiéndole llevarla mañana al parque de colchonetas si se porta bien. Me equivoco y cae rendida sobre mi regazo antes del comienzo del segundo acto. Es tarde para ella, que se acuesta a las ocho cada día. Se ha dormido con sus manitas agarrando con fuerza las mías y tengo su carita muy cerca de mi corazón, que bombea con más brío desde que ella nació. Qué regalo más grande me dio la vida.

Arizona llegó casi rodando del cielo, en una noche que yo necesitaba una señal para seguir adelante una vez más. Ella me salvó, así de sencillo.

A veces pienso que Rachel tuvo algo que ver; que ella la envió para mí y para que esta preciosidad que tengo en mi regazo pudiera nacer y crecer.

Soy feliz. Y no hay nada más importante en esta vida que aprenderla a vivir.

—¿Todo bien? —Arizona me mira con esos ojos grandes en los que me gusta perderme mientras le hago el amor.

Asiento con su mano sobre mi brazo y le doy un beso mientras *Suspicious Minds* de Elvis Presley suena por los altavoces del teatro más antiguo de Broadway.

Y señores y señoras..., aquí no termina esta historia ni ninguna otra, porque... El espectáculo debe continuar. Siempre continúa...

FIN

MI CHICA DEL SOHO

Serie American Girls #3

Adelanto...

INTRODUCCIÓN

Tenía diez años la primera vez que lo vi. Nos acabábamos de mudar a un piso en el Upper East Side y yo lloraba en mi nueva habitación porque los de la mudanza habían perdido mi osito Hardy. Llevaba conmigo desde que tenía recuerdos (estímese tres años más o menos) y no podía dormir sin él. Encima me habían cambiado de colegio y no volvería a ver a mis amigos. Pensaba que la vida era cruel conmigo y que yo no había hecho nada malo para que Papá Noel no se hiciera eco de mis plegarias en mi carta de deseos y me hubiera enviado a la otra punta de la ciudad alejada también de mis abuelos. No era justo. Y a mi tierna edad de diez años no estaba preparada para entenderlo. O no quería, no lo sé, por mucho que mis padres me lo explicaran. Que lo hacían por mí y por mejorar nuestra calidad de vida. Porque a papá la empresa le había ofrecido un puesto de trabajo que no podía rechazar. Que nos permitía vivir en un lugar mejor... Pero yo lo único que deseaba era que llegaran las vacaciones de verano,irme a la playa y olvidarme de toda esta cargante situación. Por suerte, para eso solo quedaba un par de meses, si mis cuentas no me fallaban.

—Aquí estaremos mejor, Oke. Ya lo verás. Pronto ni te acordarás de dónde vivíamos antes —me dijo mi madre mientras me hacía el desayuno el primer sábado que pasábamos allí.

¿Mejor? ¿En aquel piso tan grande? Yo prefería nuestro apartamento del SoHo. Además, si papá trabajaba en el Distrito Financiero, ¿su trabajo no le cogía más cerca desde nuestro apartamento? No entendía nada. ¡Nada! Decía que ahora tenía chófer y que yo pronto me alegraría. ¡Jamás me alegraría! Solo quería llorar y llorar delante de aquel tazón de leche con cereales de colores.

—Venga, cariño. Danos una oportunidad. Esto es muy importante para tu padre. ¿Unos huevos con beicon?

Asentí con el corazón encogido y, tragándome mis pequeñas lágrimas, me propuse hacer todo lo que pudiese para que mi padre me viera feliz. Así que me tomé la leche, terminé con mi desayuno completo y le pregunté a mi madre si podía bajar a la calle a estrenar la bicicleta que me habían regalado por mi cumpleaños dos semanas antes.

—Oke, ¿tú sola? Esto no es nuestro antiguo barrio —me contestó, y yo solo pude agachar la cabeza y dar una patada contra el suelo—. Está bien, de acuerdo; pero no te alejes de la acera, que te vea el portero.

Caminé junto a mi bicicleta por los grandes pasillos del edificio. Tenía el suelo enmoquetado y unas lámparas enormes que no daban demasiada luz. Me detuve frente al ascensor, pulsé el botón y esperé a que se abrieran sus puertas. De su interior salieron tres personas y una de ellas, la más pequeña, un chico de más o menos mi edad y un poco más alto que yo, se me quedó mirando con una sonrisa. Los que debían ser sus padres hablaban sin parar de algo que no

entendía. Me introduje dentro del ascensor y me centré en mi destino: dar vueltas con mi bicicleta.

Saludé al portero mientras me abría la puerta de cristal y ribetes dorados y me dijo que no me alejara demasiado y que lo avisara si necesitaba algo. Supuse que mi madre ya había hablado con él.

Me aburría soberanamente jugar sola y, como siempre he sido muy sociable y atrevida, me dirigí hacia un banco de ladrillos en el que tres niñas, quizás un par de años mayores que yo, reían viendo algo en algún tipo de pantalla, quizás un móvil (aparato muy codiciado por mí, pero que todavía no me permitían tener).

—Hola, ¿qué hacéis? —En un primer momento no contestaron y pensé que no me habían escuchado—. Me llamo Brooke. ¿Queréis probar mi bicicleta? Es nueva.

Una de las chicas, la más morena, levantó el semblante y me miró con una ceja levantada y una sonrisilla que me pareció agradable, pero, recuerdo, ¡solo tenía diez años y qué sabía yo de la vida! Esa mañana aprendería algo.

—¿Y tú quién eres?

—Me llamo Brooke, pero todos me llaman Oke. Acabo de mudarme y he salido a dar un paseo en mi bicicleta. ¿Queréis jugar? Os puedo dejar mi bicicleta, es nueva —solté de golpe. A hablar no me ganaba ni me gana nadie.

—Oh, qué mona —apuntó otra—. ¿Me dejarías tu bicicleta nueva?

—Claro. Mira, hasta tiene bocina. —La toqué y empezaron a reírse—. Y varias velocidades.

—¿Y sabes cogerla? —se interesó la rubia del pelo muy largo.

—Por supuesto. Me enseñó mi abuelo hace años. Vive en el Soho, ¿conocéis el Soho?

Se miraron entre ellas, sonrieron durante unos segundos y luego volvieron a concentrarse en mí.

—No nos creemos que sepas montar en bici. Eres muy pequeña.

—Ya tengo diez años.

—Demuéstranos que sabes y te creeremos. Solo queremos verlo.

Me encaramé en el sillín con un pie en el pedal y otro en el suelo. Las miré y sonreí yo también.

Ellas se levantaron para observarme más de cerca.

—Mirad. Se me da muy bien —anuncié, orgullosa de lo rápido que había aprendido a montar sin rueditas pequeñas.

Me empujé y dispuse a pedalear sin parar hasta dejarlas con la boca abierta, pero algo me frenó de golpe antes de hacer girar los pedales dos veces y me empujó hacia un lado. Cuando quise darme cuenta, estaba tirada en el suelo. La bicicleta rosa y blanca me aplastaba una pierna y las tres chicas de pie a mi lado se reían a mandíbula batiente. Traté de no llorar, lo juro, pero las lágrimas consiguieron derribar la barrera y comenzaron a rodar por mis mejillas. Tras varios segundos supe que si no me levantaba yo, no lo iban a hacer ellas. Me convencí de que algo tenían que ver con el hecho de que estuviera espachurrada en la acera, con la bicicleta encima y la rodilla sangrando. Miré hacia el edificio y supliqué que el señor Clark mirara en mi dirección y viniera a buscarme.

—¿Qué hacéis? —preguntó una voz de chico detrás de mí—. ¿Por qué no la ayudáis?

—¡Oh, Ryan! Hemos venido corriendo a ayudarla cuando la hemos visto caer.

—Ahora mismo íbamos...

—Seguro, Brenda —cortó a la rubia—. ¿Estás bien? —Se agachó, levantó mi bici y me dio la mano. Yo la recibí de buen agrado—. ¿Te duele? —se interesó por mi herida de la rodilla

cuando me quejé de dolor.

Negué con la cabeza, agarré mi bici y miré al suelo. No sabía qué hacer. Deseaba salir de allí a paso ligero, pero no quería que me vieran huir.

—Es muy torpe. Se ha tropezado con su propio pie —mintió una de las dos morenas.

—Dejadla en paz. ¿Te acompaño? —Agarró el manillar y se dispuso a caminar.

No me pasó desapercibida la cara de sorpresa, cabreo y una cierta envidia de las tres niñas cuando el tal Ryan y yo comenzamos a caminar en dirección a mi nueva casa.

—¿Han sido ellas?

—Eh... No. No pasa nada.

—Sé que han sido ellas. Las conozco. Son unas arpías. —Reí, sin saber qué significaba eso—. Para que no se metan contigo, tienes que atacarlas primero. Te recomiendo que no te acerques a ellas.

—Solo pretendía hacer amigas. Nos acabamos de mudar.

—Ah, eres la hija de los Mackenzie.

—¿Conoces a mis padres?

—He escuchado a mis padres hablar de tu familia.

Llegamos al portal y el señor Clark me preguntó qué me había ocurrido.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo es un rasguño. —Nos abrió la puerta y nos facilitó la entrada con la bici—.

Gracias.

—Buenas tardes, señor Scott —saludó con una reverencia a mi nuevo amigo—. El paseo ha sido corto.

—Sí. Parece que va a llover. —Fuimos hasta el ascensor—. ¿Cómo te llamas?

—Brooke, pero todos me llaman Oke.

—¿Oke? Mola. —Pulsó el botón de subida. Justo el número doce, mi planta—. No te conviene acercarte a Sharon y sus amigas. Siempre están buscando de quién reírse.

—Sí, ya... ¿Cómo sabes dónde vivo?

—Ya te lo he dicho, he escuchado hablar de ti.

—Brenda, Sharon y...

—Dora —terminó.

—¿También viven aquí?

—En el edificio de al lado, pero siempre están rondando cerca. Son muy pesadas.

Bajamos en mi planta.

—Me voy a casa. —Miré mi rodilla y él hizo lo mismo—. Mi madre va a castigarme...

—¿Quieres subir a mi casa? El ama de llaves puede curarte y así no se verá tan feo.

—¿Harías eso por mí?

Sonrió.

—Vamos, le pediremos que nos haga *bagels* con chocolate. ¿Te gusta el chocolate?

Sonreí yo también.

Así empezó nuestra amistad. Ryan Scott, el chico que me limpió la herida de la rodilla y con el que comí *bagels* de chocolate balanceándonos en un columpio de su enorme terraza y que cuidó de mí a partir de entonces, el chico que vivía en el ático con ama de llaves, chófer, cocinero, jardinero y rodeado de lujos, el chico que me acompañó por primera vez a comprar ropa para impresionar a un compañero de clase, el chico que me llevó en su coche a mi primera cita y que me recogió porque quería asegurarse de que llegaba sana y salva a casa.

Ryan Scott, el único hijo de una adinerada familia de Manhattan y... mi mejor amigo.

Camino por Times Square con tres cafés en una mano y dos teléfonos en la otra: el del trabajo y el privado. Me quedan exactamente siete minutos para llegar a una de las sesiones de foto más importantes de mi carrera antes de que el mundo me explote en la cara. No soy modelo. Nunca he querido serlo, pero de todas formas no tengo altura suficiente. Mis genes dieron la orden de frenar el crecimiento cuando medía un metro sesenta y nueve. Soy ayudante de una diseñadora muy famosa, Tiffany Wells, y hoy tres Ángeles de Victoria Secret vestirán sus diseños de temporada para la revista de moda más importante del país. ¡Y no puedo llegar tarde! Me he levantado muy temprano, pero el maldito Ryan me ha mantenido al teléfono más de media hora para contarme que anoche se acostó con dos rubias de calendario y que le gustaría presentarme a una de ellas porque es especial. ¡Una leche especial! Seguro que no sabe ni como se llama.

Hago malabares para no tirar ningún café al precioso suelo de mármol del edificio por el que ando con prisas y en zigzag entre la marabunta de gente y con la que choco sin remediarlo.

—Perdón. Lo siento. —El ascensor está a punto de cerrarse a tres metros de mí—. ¡Esperadme! ¡Paradlo! ¡Que alguien lo detenga! —grito, aún con el teléfono en una mano y pegado a mi oreja, esperando, tras cinco intentos, que Duncan, mi novio desde hace un año, se despierte y hable conmigo.

Sé que está dormido. Anoche discutimos y salió con los amigos; ah, sí, y hoy no trabajaba porque hace una semana lo echaron del bufete. Desde entonces está insoportable. Yo solo trato de animarlo, pero las ideas se me terminan y la paciencia se me agota. Decido dejarle un mensaje de voz una vez consigo meterme en el ascensor, más concurrido que el metro en hora punta.

—«Duncan, me parece perfecto que duermas hasta media mañana, pero cuando te levantes, date una ducha, ponte un traje y vete a esa entrevista de trabajo que tanto me costó conseguirte. Una y media en el restaurante The Italy Italy. No me falles». —Cuelgo y pido disculpas a la mujer que acabo de dar un codazo y que me mira con cara de estreñida cuando he intentado guardar mi teléfono en el bolso que llevo colgado.

Corro por un pasillo unos cien metros y giro en varias esquinas. Todo esto, apunto, con unos tacones de siete u ocho centímetros color azul, preciosos, que me regaló Ryan por mi último cumpleaños. Ese chico siempre ha tenido muy buen gusto.

Cruzo las puertas abiertas de par en par de un piso de lujo en la última planta y veo a Tiffany dando órdenes aquí y allí.

Me sacudo el pelo y sonrío.

—Buenos días. ¿Café? —Se lo ofrezco.

—Es casi media mañana y hoy no me apetece café. —Ni me mira—. Busca a Vier y que te dé los modelos Sandy y Nobel. Que los abra dos centímetros. Parece que la delgadez ha dejado de llevarse —ordena, muy centrada en elegir unos complementos.

Está todo repleto de gente. Fotógrafos, redactores, maquilladores, peluqueros, asistentes... Barro la sala con la mirada hasta que mis ojos encuentran a Vier gracias a su peculiar vestimenta: cualquier cosa pero de muchos y muy chillones colores.

—¿Café?

—Gracias, reina —habla con un par de agujas en los labios—. Tiffany está hoy de los nervios. Ni se te ocurra llevarle la contraria.

—No se me ocurriría. Ya he tenido el placer de saludarla. —Pongo los cafés sobre una mesita—. Deja de hacer esto. Un día vamos a tener que llevarte al hospital y van a rajarte el estómago. ¿Quieres que te rajen el estómago? Se te quedará una cicatriz enorme. —Le quito los alfileres y se los clavo en la solapa de la chaqueta de flores—. La abeja reina quiere que busques los modelos Sandy y Nobel y que se los lleves pero ya.

—La abeja reina tendrá que esperar un minuto porque tengo algo que contarte. Anda, ven. Y tráete los cafés. —Tira de mí y nos escondemos detrás de unas bambalinas.

—Va a matarnos. Bueno, antes nos pone de patitas en la calle y después nos mata.

—Cállate. Tiffany no es nadie sin nosotros y lo sabe. —Me enseña un anillo. No sé cómo no lo he visto antes. Lo adorna un pedrusco enorme—. Anoche Dietrich se me declaró.

—¿Qué?!

—Que soy una señorita prometida y tú una futura dama de honor preciosa.

Saltamos de alegría y nos damos un abrazo.

—Tienes que contarme cómo fue. ¿Te llevó a tu restaurante favorito? ¿Te compró flores? ¿Te subió en helicóptero? ¿Te escribió una carta de amor? ¿Hubo fuegos artificiales?

—Eres muy romántica, Oke. —Me acaricia la mejilla con cariño—. En el almuerzo te lo cuento todo, ahora vamos a trabajar o a la abeja reina se le rompen las cuerdas vocales. —Reímos al escuchar a Tiffany gritar a lo lejos.

La mañana pasa volando. Fotos, ropa, maquillaje, chicas de metro noventa de altura y tallas diminutas, cafés, llamadas telefónicas, reestructuración de citas y reuniones... Caigo redonda sobre el sillón de Bleis, un restaurante cercano al que Vier y yo solemos ir a comer cuando andamos cerca.

—Odio mi trabajo —farfullo, saboreando una patata frita.

—Te encanta, cariño, pero debes aspirar a más. Abre esa carpeta que guardas a buen recaudo y enséñale tus diseños al mundo. Son geniales. —Me da un apretón de mano.

—Llevas razón en que no odio mi trabajo. Me encanta —apunto—. Mi carpeta está bien donde está. —Por cierto, guardada en uno de los cajones de mi cómoda, bajo un montón de ropa, porque nadie, absolutamente nadie excepto Ryan, la ha visto jamás—. Venga, no te hagas de rogar y cuéntame con pelos y señales y sin guardarte ningún detalle esa pedida de matrimonio por la que voy a odiarte un poco más.

—Fue en Barnys. Alquiló una limusina y me invitó a cenar. Se arrodilló junto a mi silla cuando trajeron el postre. Tenías que verlo, con los ojos llorosos y casi sin poder hablar. Cuando vi el anillo, ¡casi me da un infarto!

—Joder, nene, es que debe haberle costado un dineral. —Volví a echarle un vistazo.

—Nueve mil dólares.

—¿Qué? ¿Se lo has preguntado?

—Claro que no. Lo he buscado por internet.

—¡Eso no se hace! ¡Eres mala!

Nos reímos.

Salgo de allí soñando con el día de mi boda, aunque no aspiro a que ocurra pronto; solo tengo veintiséis años, pero siempre he querido enamorarme hasta perder la cordura y vivir un amor de cuento que dure toda la vida. Pobre de mí, lo sé; también soy consciente de que el setenta por ciento de los matrimonios no superan el tercer año de casados y que los engaños y las mentiras están a la orden del día. Pero esto no quita que me guste soñar despierta y que crea que el amor limpio y sincero no es una causa perdida. Existe, lo sé, en algún lugar del mundo hay un

hombre para mí que me hará inmensamente feliz.

Definitivamente tengo que hablar con Duncan y romper con él. No es mi hombre, está claro, y no es que ahora haya visto de repente la luz. Supongo que siempre lo he sabido y que hoy, un día como otro, me doy por vencida con él. No es mal chico, sin embargo, sé que no me hace feliz.

—¿Sí? —Contesto de manera informal porque llaman a mi teléfono privado. Estoy saliendo de la sesión de fotos y son más de las cinco de la tarde. Quiero tomar una cerveza y darme una ducha. En ese orden.

—¿Brooke? Soy Steve. Duncan no se ha presentado a la entrevista.

Mierda. Bufo. Me toco la frente y me acuerdo de toda los parientes de mi inminente exnovio. Steve es un íntimo amigo de mi padre con el que hablé y convencí de que dar trabajo a mi actual pareja en su empresa era una buena idea.

—Lo siento mucho, Steve. No está pasando por un buen momento.

—Yo también lo siento, Brooke. Necesitamos a gente comprometida, ya lo sabes. Cuídate.

—Gracias. Y... Lo siento mucho —vuelvo a disculparme mientras en mi mente ahogo al puto Duncan con mis propias manos.

—No es culpa tuya, Oke. Ya sabes... Ese chico no está a la altura.

Cuelgo con muy mal sabor de boca y un cabreo de narices. Cuando conocí a Duncan era un chico simpático que trabajaba para un despacho de abogados de prestigio. Él redactaba contratos que otros negociaban y le iba bien sin demasiada responsabilidad. Hasta que hace una semana se equivocó en una cláusula y la empresa perdió un millón y medio de dólares y lo mandaron a casita con el estigma de ser el «tío ese que perdió más de un millón de dólares por no saber escribir». Desde entonces no hay quien lo aguante, pero llevo seis meses notándolo muy raro. No sé. Cuando cenamos juntos es como si no estuviera y el sexo dejó de ser divertido cuando dejamos de hacerlo.

—¿Qué tal, Oke? ¿Uno doble? —me pregunta Flynn, el pastelero del mejor puesto ambulante de la Séptima Avenida.

—Por favor —suplico, con las palmas de las manos unidas y haciendo un puchero.

—¿Un mal día?

—No, que va. Mucho trabajo, un novio que no me coge el teléfono y un amigo que tampoco. ¿Por qué los hombres pasan de mí, Flynn? No lo entiendo. Soy una buena chica.

—Yo tampoco, preciosa. Son de esas cosas que no tienen explicación. Seguro que son de otro planeta. Aquí tienes. Esta noche invita la casa. Por tener esos ojos tan bonitos.

—De eso nada. El trabajo es el trabajo y te llevas aquí doce horas diarias para que tus hijos vayan a la universidad. —Le dejo ocho dólares en el mostrador y el sonrío de oreja a oreja—. Hasta la próxima, mientras... que te vaya bonito.

—Tú sí que eres bonita.

Me despido de él con la mano y caminando de espaldas unos pasos, hasta que me tropiezo con una farola y me doy un golpe en la cabeza. Joder. Flynn corre hasta mí y me pregunta si estoy bien.

—Sí, sí, no te preocupes —aseguro, masajeándome la nuca.

Llamo a Duncan y a Ryan de camino a casa del primero. Pienso sacarlo de la cama de una patada

y cantarle una serenata. Me va a escuchar. ¿Cómo se le ocurre dejarme con el culo al aire de esa manera? Di la cara por él. Le aseguré a Steve que no se arrepentiría de contratarlo y ¡ni siquiera se presenta a la entrevista! Pienso arrancarle los huevos y freírlos en una sartén. Me va a escuchar.

Y el jodido Ryan, con el que intento hablar para anular el plan de esta noche y que no me venga echándome en cara que he vuelto a dejarlo tirado, tampoco da señales de vida. ¿Habrán muerto? No me gustaría que falleciera ninguno de los dos, soy una buena persona, pero si me dan a elegir, que la palme Duncan, que se joda por joderme a mí esta mañana.

Subo hasta el piso de Duncan y abro con mi llave. Esa que me dio en nuestro cuarto “mesario”, como yo le llamo, el día que hacía cuatro meses de nuestra primera cita. Me llevó a la ópera y casi me duermo sobre su hombro, pero después supo arreglar la cita invitándome a bailar hasta altas horas de la madrugada.

—¿Duncan? ¿Duncan? —Cierro la puerta detrás de mí y voy hasta el salón. Como ya sabía, ayer debió cogerla muy gorda porque hay varias botellas de vodka vacías tiradas por el suelo—. ¿Duncan? Espero que estés muerto y esa sea la razón por la que no has acudido a la cita con Steve porque si no, seré yo quien te mate, y antes de terminar con tu vida voy a arrancarte la piel a tiras. —Empujo una hoja de la puerta del dormitorio, medio abierta, y... me encuentro con el culo blanco de Duncan empujando sobre el cuerpo de otra chica. Los jadeos rebotan en las paredes y entran en mi oído como flechas afiladas. Pero...

—¿Qué cojones?! —grito, y lo hago sobre todo por el hecho de que esa rubia parece gozar de lo lindo con el pene del que es hasta ahora mi chico y me sorprende, porque conmigo nunca ha empujado tan fuerte y con tanto ímpetu. Vale, también me sorprende pillarlo con otra en la cama, pero era de esperar, coño, ¿es que soy tonta? Si no lo hacía conmigo, es que lo hacía con otra u otras, porque a monje no se había metido.

Duncan mira hacia atrás con mi berrido, también grita, trata de taparse, se cae de espaldas hacia el otro lado de la cama y veo volar su pene envuelto en un preservativo. Mira, por lo menos ha tenido la decencia de tener precaución. A saber a cuántas tías se está tirando desde que dejó de hacerlo asiduamente conmigo. La chica grita también y se tapa con la sábana hasta la cabeza. Mi ya ex asoma la cabeza por encima del colchón y me pregunta qué coño hago yo aquí. ¿Como si le molestara la interrupción!

—¡¡Perdona, imbécil!! ¡¿Debería haberte llamado antes de presentarme así?! ¡¡Ah, sí!! ¡¡Llevo todo el día haciéndolo!! ¡¡Se te ve una teta, mona!! —Señalo a la chica que se tape bien porque una teta ha cobrado vida propia y quiere escapar por encima de las sábanas de seda. ¡¡De seda!!—. ¡¿Pones sábanas de seda para acostarte con otras y conmigo usabas las de algodón?! ¡¡Pero...!! ¡¿Se puede ser más cutre y fantasma?! ¡¡Fantasma!! ¡¡Que eres un fantasma!! —Salgo del dormitorio y cruzo el salón.

—¡¡Oke!! ¡Oke! ¡Espera! ¡No te vayas! —me pide, totalmente desnudo y con las manos escondiendo sus partes pudendas.

—¿Qué quieres?! ¡¿Vas a decirme que no es lo que parece?! ¡¿Que me quieres y que te perdone?! ¡¿Que ha sido un pequeño desliz porque estás en medio de una depresión y que podemos superarlo?! ¡¿Crees que soy idiota?! ¡¿Crees que podría perdonarte?!

—Eh... No. Solo quiero decirte que no te llesves las llaves de mi piso. Hemos terminado —comenta, como si nada.

¡Me sale humo por las orejas!

¡Lo mato! ¡Lo mato!!

Doy dos pasos hasta él dispuesta a darle una buena patada en los cojones, pero recapacito en el último momento y me detengo. Dejo las llaves sobre la mesa en la que tiene tres trofeos que

enseña a las visitas muy orgulloso de cuando participaba en torneos de baloncesto y que trata con mimo y mucho cuidado, y los tiro de un manotazo al suelo, donde se hacen añicos.

—¡Pedazo de zorra!

Dibujó en mi cara una sonrisa muy maquiavélica, me repongo y estiro el cuello y me voy sacándole el dedo y gritando que se joda.

Joder. Acabo de ver a mi novio follando con otra y en lo único que puedo pensar es en comer *bagels* con chocolate en el columpio del ático de los Scott. Ya no tengo ganas de cerveza ni de darme esa ducha, solo de ir al único lugar del mundo en el que me encuentro a gusto y protegida. Vuelvo a llamar al inútil de Ryan a sabiendas de que no cogerá el teléfono porque si hubiera visto mis llamadas, ya me habría devuelto alguna. Pero, ¿en qué pensaba? ¿Cómo no lo he visto venir? Yo preocupándome por su vida, por su futuro laboral, por nuestro futuro juntos y él tirándose a otra ¡en unas preciosas sábanas de seda! ¡Será cabrón! Pero, ¿por qué me importan más las sábanas que el engaño en sí? Está claro. No siento nada por él desde hace mucho y debería haberlo dejado desde que empecé a dudar. «Si dudas no es amor de verdad», dice siempre Selena, mi mejor amiga desde la universidad, después de Ryan, claro. Nadie puede ocupar el puesto de Ryan Scott aunque ¡no me coja el maldito teléfono desde que hablamos esta mañana y tuve que escuchar cómo hacía un trío con dos tías que había conocido en una fiesta en uno de sus hoteles. ¿No lo he dicho? El padre de Ryan es dueño de una cadena de hoteles de cinco estrellas diseminados por todo el país y dueño del edificio en el que vivíamos de pequeños. Por eso ellos tenían el ático desde el que se veía el Río East. Sus padres se separaron cuando yo tenía quince años y él diecisiete. Su madre se mudó a una casita en los Hamptons y él siguió siendo mi vecino hasta que se fue a la universidad de Harvard y me sentí más sola que nunca. Fueron unos años difíciles en los que nos veíamos cuando podíamos, algún que otro fin de semana que él venía o yo iba y durante las vacaciones.

—Joder —mascullo, bajando en el piso doce dispuesta a visitar a mis padres y llorar sobre el hombro de mi madre si mis lágrimas se animan a salir.

Pero cuando entro en casa y no hay ninguna luz encendida, recuerdo que mis padres están de viaje en Berlín y que no vuelven hasta dentro de dos semanas. Estoy tan agobiada con el trabajo que se me había olvidado. Voy hasta mi dormitorio, abro el cajón de mi mesita de noche y cojo las llaves del ático de los Scott y que tengo desde que su padre también se mudó a una casa en East Village con su nueva y joven mujer y su hijo, Bryan, un chico mimado de siete años al que no le puedes negar ningún capricho porque comienza a patear y a tirarlo todo.

El ático también está oscuro y vacío. Lo cruzo entero mientras me sigue sorprendiendo lo enorme de sus estancias y voy hasta el congelador, donde Ryan y yo guardamos *bagels* para emergencias y saco el tarro de Nutella. Me preparo un par en el horno y me dirijo a la terraza a comérmelos mientras cuento estrellas y me deleito con el reflejo de las luces sobre el río. No recuerdo en qué momento me quedo dormida ni cuánto tiempo estoy inconsciente, solo que me despierta la voz de una persona muy conocida.

—Oke, Oke, despierta. —Ryan me agarra de los hombros, toma asiento a mi lado en el balancín y me envuelve entre sus brazos.

Qué bien huele. Huele a recuerdos bonitos. A momentos inolvidables. A risas, a travesuras, a confidencias en la escalera de incendio cuando nos castigaban sin salir.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —ronroneo, acurrucándome en su pecho.

—No hay otro lugar mejor.

—Es mi preferido.

—Lo sé. —Nos quedamos unos minutos en silencio—. He hablado con Duncan. —Escuchar

su nombre me despierta de repente.

—Joder, ¡qué manera de estropear nuestro momento! —Me separo de él—. ¿Lo has llamado?

—Vi tus doscientas llamadas y te llamé. Después lo llamé a él. Creí que te había ocurrido algo. Estaba muy cabreado. Dijo algo como que habías entrado y habías roto sus tesoros. ¡Estaba fuera de sí!

—¡Jodido imbécil! ¡Se lo tiene merecido! ¡Es un gilipollas integral!

—¿Puedes decirme qué ha pasado?

Me levanto, suspiro y trato de tranquilizarme. Me conozco y no quiero pagar mi cabreo con mi mejor amigo.

—Fui a buscarlo. Quería hablar con él. Me dejó en evidencia con Steve y ¡lo encontré tirándose a otra!

—¿Qué?! —Él también se levanta.

—¡Lo que has escuchado! ¡Se estaba follando a otra en unas bonitas y delicadas sábanas de seda! ¿Te lo puedes creer? ¡En sábanas de seda!

—¿En sábanas de seda?! Pero, ¿cómo se atreve? —Abre mucho los ojos y trata de no reírse.

—¡Ryan Scott! ¡¿Eres imbécil?! ¡Te estoy diciendo que mi novio se estaba tirando a otra!

—¡¡En sábanas de seda!! —inquire, tratando de no reírse, pero, tras unos segundos, rompemos los dos en carcajadas.

—Vale, quería hablar con él para dejarlo. Ni siquiera me ha dolido el hecho de verlo con otra, pero, ¡me ha engañado! ¿Es que no hay ni un tío decente en toda la ciudad? ¿Con cuántos tengo que salir antes de encontrar al hombre de mis sueños? ¡Se me agotan las posibilidades!

—Venga, tranquilízate y cuéntame qué ha pasado.

Le hago un resumen de mi día y de mi salida triunfal del piso de Duncan y él se parte de la risa hasta casi no poder respirar.

—Se lo tiene merecido. Me alegro de que te dieras cuenta de que es un gilipollas.

—Un gilipollas con el culo increíblemente blanco. Nunca me había fijado.

—Te acostabas con él.

—En la postura del misionero me era muy difícil fijarme en su trasero. —Me tapo la cara con las manos y refunfuño—. Oh, Dios mío, voy a tener pesadillas con esa imagen el resto de mis días. ¿Qué tal tu día? ¿Por qué has pasado de mis llamadas?

—He tenido mucho trabajo. La apertura del nuevo hotel está siendo una auténtica locura. ¿Hemos terminado de hablar de tu ruptura? ¿Estás bien? Es que paso de que me eches la culpa de que no sé escuchar a una mujer y termines dándome una patada moral en los cojones.

Lo pienso durante unos segundos. Me incorporo, estiro el cuello, lo miro y le aseguro:

—Sí. Lo cierto es que me he quitado un peso de encima.

—Un peso de trasero blanco.

Nos reímos de nuevo.

Lleva sus dedos hasta mis labios y los acaricia.

—Tienes chocolate hasta en la nariz. —Me limpia también en la mejilla—. ¿Te apetece otro *bagels*? ¿Chocolate y trocitos de gominolas?

—Vale, pero los haces tú. Yo estoy tratando de superar una ruptura.

Nos levantamos.

—Sí, ya. No te veo yo muy depresiva.

—Claro que sí. Mira cómo lloro. —Trato de derramar algunas lágrimas pero... ¡imposible! ¿Tengo el corazón de acero? ¡Mi novio me engaña y yo no suelto ni una pequeña lagrimita!

—¿Crees que soy una persona insensible? —pregunto, sentada sobre una banqueta de la cocina, con los codos clavados en el mármol de la isla y soplándome el flequillo mientras él prepara la cena—. Quiero decir: tal vez desee tener un corazón de oro y amar hasta perder la cabeza, pero en realidad esto —me clavo un dedo en el pecho— esté hecho de piedra.

—Oke, no te fustigues. No lo querías. Sabías que era un imbécil, pero te negabas a reconocerlo porque yo te lo llevo diciendo desde el primer día y odias tener que darme la razón.

—¿Estás diciendo que llevo saliendo con ese gilipollas un año entero solo porque a ti no te gustaba? ¿Estás loco?

—¿Por qué tergiversas todo lo que digo?

Suspiro.

—Bah, déjalo. Duncan pasó a la historia. Voy a centrarme en mi nueva vida.

Me doy toquecitos en la cabeza.

—Y tu nueva vida va a ser...

Me agarra el dedo e impide que abra un agujero en la frente.

—Aún no lo sé, pero nada de tíos tóxicos e inservibles. Lo iré viendo sobre la marcha. Ahora lo primero es lo primero. Alimentarme como es debido. —Meto el dedo en el tarro de Nutella y lo chupo.

—Pues deberíamos cambiar el menú por uno mucho más saludable. —Alza una ceja y sonrío.

—¿Bagels y Nutella? ¿Hay algo más saludable?

—Mi nutricionista podría darte una lista interminable. —Abre el horno y los saca.

—¿Esa que te tiras? Natalia no conoce mundo más allá de las verduras.

—También come frutos secos y hortalizas.

—Y pollas como ollas. No me jodas la cena. Si vas a poner pegas, te vas a tu casa y me dejas disfrutarla sola. —Me como una gominola.

—Esta es mi casa. —Coge los dos platos que ha terminado de preparar y camina hasta la terraza.

—Digo a tu piso nuevo, o la habitación de hotel en la que duermes la mayoría de los días. No sé cómo puedes vivir en una habitación de hotel. Es... triste e impersonal.

Volvemos a sentarnos en el balcón.

Me tiro de espaldas y se mueve de atrás hacia delante.

—Créeme. Nada de lo que pasa allí es triste e impersonal. —Me guiña un ojo y toma asiento a mi lado.

Le doy un golpe en el hombro y pongo los ojos en blanco.

—Ya, ya. La utilizas para follar. Jamás llevarías a tus amantes a tu pisito, es una zona demasiado personal para ti.

—Exacto. —Me acerca un *bagels* para que le dé un mordisco. Tras hacerlo, da él otro—. Entonces... ¿Nada de chicos? ¿Te busco un buen convento? Conozco uno... He visto anuncios en la iglesia —bromea.

—¿Tú en una iglesia? Ve con el cuento a otra.

—Pasé por la puerta —asegura, con la boca llena.

—Nada de relaciones, eso seguro. ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Vier se ha prometido con Dietrich ¡y voy a ser la dama de honor! Cuento contigo para ser mi acompañante.

—Eso está hecho, Brooke Mackenzie. ¿Nos quedamos a dormir y vemos películas en la cama?

—Eso está hecho, Ryan Scott.

Continuará...

AGRADECIMIENTOS

Agradezco a todos enormemente que hayamos llegado hasta aquí de la mano. Está siendo un viaje asombroso. ¿Seguimos?

GRACIAS.

GRACIAS INFINITAS.

Os quiero.

Sed felices.

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, graduada en Derecho y Técnico Superior de Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde

sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. En 2016 autopublica su primer libro: Un gin-tonic, por favor; y a partir de ahí encuentra su verdadera vocación: escribir.

Libros publicados:

Un gin-tonic, por favor
Bésame, por favor
Quédate conmigo, por favor
Recuérdame, por favor

Nerea y las estrellas
La estrella de Nerea

Cualquiera menos tú
Todos menos tú

Anoche soñé mariposas

Tú y yo en la Gran Manzana
Amor en Manhattan

Puedes seguir a la autora en sus redes sociales:

Facebook: Estrella Correa, Estrella Correa Escritora y Un gin-tonic, por favor.

Instagram: @estrellacorreaescritora

Twitter: @EstrellaCorreaS